

REVISTA CHILENA

REVISTA CHILENA

DIRECTOR:
ENRIQUE MATTA VIAL

TOMO XII

SANTIAGO DE CHILE
1921

DISCURSO DE INCORPORACION A LA ACADEMIA CHILENA CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

SEÑORES ACADÉMICOS:

Séame lícito empezar mi discurso con una sincera declaración, que pondrá de manifiesto cuánto estimo el honor que me dispensáis al llamarme al seno de este ilustre Senado literario, y la gratitud que siento hacia cada uno de vosotros: he buscado afanosamente en mi modesta y ya dilatada labor de muchos años, alguna señal apreciable que me hiciese acreedor a este insigne testimonio, y al no hallarla sino apenas bosquejada en la empresa tesonera que ha cautivado por entero mis actividades, he debido atribuir, señores académicos, vuestra elección únicamente a generoso premio para el que sólo ha querido ser un cultor del ideal en la cátedra y en el libro, y alguna vez en la tribuna.

Por lo mismo, no me creo capaz de poder corresponder, en este instante solemne, como lo hubiera deseado. ¿Y qué cosa podría decir yo de hermosa novedad ante esta docta Academia, donde el saber y la elocuencia tienen su asiento más preclaro en honra y alteza de las letras chilenas?

Permitiréis, entonces, que en lenguaje llano y sencillo éntre a cumplir con el precepto que me manda hacer el elogio de mi antecesor, don Luis Rodríguez Velasco, poeta, político, utilísimo colaborador de esta Casa, amigo querido y respetado de todos sus contemporáneos, y que, si murió cargado de años, no fueron menos sus merecimientos y los bienes que derramara, merced a su sana y rica intelectualidad.

Señores: si hemos alternado el grave silencio de los estudios con el ruido bullicioso de la cosa pública, ¿acaso no es en la

apreciación de este conjunto, en el de nuestras meditaciones y actividades, donde ha de buscarse la armonía que debe existir entre el escritor y el hombre de acción?

En otras épocas, el literato parece excluir al político, y el hombre de ingenio prefiere retraerse de las algarabías de la plaza pública; pero en las sociedades modernas, con las exigencias de nuestras progresistas democracias, las fuerzas poderosas del espíritu necesitan aunar esas tendencias y buscar la trabazón de las vocaciones nativas con las cualidades adquiridas.

De este modo, nuestros poetas y grandes escritores aplican instintivamente sus nobles ingenios a la cosa pública, sin colgar la lira ni abandonar las disertaciones sabias.

De ello es un ejemplo elocuente mi ilustre antecesor, como quiera que las agitaciones de los negocios públicos no debilitan nunca la labor del escritor ni rompen una sola de las fibras sensibles de su numen. La cultura de su espíritu y la claridad de su inteligencia, se transparentan fácilmente en la delicadeza de los sentimientos del poeta y en la sinceridad de las convicciones del político. Y así como en sus cantos no encontramos la intensidad de los grandes dolores, tampoco en su vida pública le vemos sacudido por fuertes pasiones; sino que en todo momento es uno mismo, el noble señor de las letras, culto y fácil rimador, y el político honesto, de ecuaníme espíritu y sano consejo.

«LA SEMANA» Y EL
CÍRCULO DE AMIGOS
DE LAS LETRAS.

En Mayo de 1859, apenas extinguido el incendio revolucionario de 1858, aparece en Santiago «La Semana», publicación literaria y científica fundada por los hermanos Arteaga Alemparte, que viene a traer a los espíritus entristecidos por la discordia civil el consuelo que es capaz de dar el cultivo de las letras. Anhela el nuevo periódico «representar la vida palpitante de la sociedad y constituirse en el órgano del arte y de la ciencia que alborean en nuestro horizonte, y convertir sus columnas en los anales de su incremento y progreso». Los directores de «La Semana» logran

mantener la atención del público con interesantes artículos en que ponen de manifiesto esas nobles cualidades de escritores que los colocarán más tarde entre los primeros ingenios de nuestra literatura.

«La Semana» produce un verdadero movimiento literario, y es una hermosa revelación del desarrollo intelectual a que alcanza el país. En sus columnas ven la luz los primeros versos de don Luis Rodríguez Velasco, así como los de don Domingo Arteaga Alemparte, don Eduardo de la Barra, don Camilo Cobo. Ya anteriormente daban pruebas de brillante ingenio don Manuel Blanco Cuartín, don Hermógenes de Irisarri, don Guillermo Matta, don Martín José Lira, doña Mercedes Marín del Solar, don Eusebio Lillo, don Adolfo Valderrama, don Guillermo Blest Gana y algunos otros.

Don Manuel Blanco Cuartín publica entonces la primera entrega de sus versos. Poeta cultísimo, delicado y de fino espíritu satírico, el señor Blanco Cuartín es un devoto del buen gusto literario y de la pureza del idioma; y representa tendencias diversas de la escuela que tenía mayor número de prosélitos, formada a influencia o imitación de los poetas románticos franceses y españoles.

El «Círculo de Amigos de las Letras», fundado en Agosto de 1859, a iniciativas de don José Victorino Lastarria, el más esforzado campeón del cultivo de las letras, de la libertad política y del amor al derecho, da intenso desarrollo al movimiento literario-científico de la época, logrando agrupar a todos los hombres amantes del arte y del estudio.

La actividad de este importante centro intelectual se revela en no pocas obras de imaginación, con las que comienza a enriquecerse la literatura chilena. En certamen abierto para honrar la memoria del insigne repúblico e inspirado autor de «El Campanario», don Salvador Sanfuentes, obtienen las palmas del triunfo los jóvenes literatos don Manuel José Olavarrieta, don Adolfo Valderrama y don Eduardo de la Barra. Y en otros dos con cursos poéticos logran triunfar el correctísimo y galano don José Pardo y Aliaga, con su oda «A la Independencia de América», y don Eduardo de la Barra, ya brillante poeta.

El Círculo coopera a un notable progreso en el desarrollo de la poesía, la cual, abandonando poco a poco la escuela colorista de Zorrilla, señala una nueva tendencia en que se aunan las galas de la forma con la expresión de los nobles sentimientos, de los grandes ideales, de las aspiraciones legítimas del alma.

En estos nuevos rumbos, la inspiración busca sus fuentes en la historia patria, en la sociedad y en las costumbres contemporáneas, en la tradición y la realidad ambiente.

De esta manera no tarda en imponerse el buen gusto literario, sin afectados sentimentalismos ni oscuras abstracciones; pero con un concepto claro del arte poético que debe servir de norma a los cantores verdaderos de lo bueno y lo bello, del amor y la ciencia, del progreso y la libertad.

La primera composición poética de don Luis Rodríguez Velasco aparece en «La Semana» del 2 de Julio de 1859, y se intitula AMOR; y en la del 27 de Agosto siguiente, la conocida y hermosa composición A MI MADRE, modificada ventajosamente más tarde. El poeta tiene entonces veinte años, y como todos los jóvenes a esa edad, pulsa las cuerdas sentimentales, y ya revela, por la facilidad y soltura de su versificación, las cualidades que habrán de colocarlo, andando el tiempo, entre los primeros poetas chilenos. Su alma vibra a todos los grandes sentimientos, y su estro utiliza con donaire las formas métricas más variadas. Es poeta a los veinte años como lo es más tarde a los ochenta: con verdadero temperamento artístico, la cultura de su espíritu le permite desenvolverse constantemente en una rica y variada floración.

LA POESÍA ROMÁNTICA: En las manifestaciones de los distintos géneros literarios encontramos siempre una íntima concordancia entre los hombres y las obras de cada época, entre las costumbres y las artes.

El siglo de oro de la literatura francesa nos presenta, con la más exquisita corrección de la forma, la mayor nobleza y ele-

vación de los conceptos: es el reflejo de una sociedad de refinada cultura, que posee en alto grado el sentimiento de su dignidad y de sus tradiciones de honor.

Las transformaciones sociales del siglo siguiente, a la vez que modifican los sentimientos y las aspiraciones de los pueblos, ejercen una influencia decisiva en las ideas y en el espíritu de la nueva sociedad. El desarrollo de la instrucción pública y el progreso de las ciencias positivas abren a todas las inteligencias ancho campo para sus especulaciones y despiertan los sentimientos más vivos del alma hácia un porvenir mejor: surgen las iniciativas, se imponen las capacidades, y el cultivo de las letras pasa a ser patrimonio universal.

Pero la influencia poderosa del industrialismo levanta aspiraciones incesantes a un bienestar mayor y establece una hirierte desproporción entre los beneficios que se adquieren y las ambiciones soñadas. «La enfermedad del siglo» nos da el tipo social de la época, falto de toda disciplina intelectual, rebelde a toda regla, eterno soñador, de corazón inquieto, insaciable, desengañado de la vida antes de vivirla y siempre desgraciado.

Ese estado del espíritu trae consigo el desenvolvimiento de la tendencia filosófica y melancólica en la poesía lírica, produce nuevos géneros literarios e imprime otros rumbos en el carácter de los escritores de la primera mitad del siglo XIX.

Abandonados los antiguos métodos, entra triunfante el romanticismo con la prosa inimitable de Chateaubriand, y a impulsos de Mad. de Stael, «la gran sacerdotiza del ideal», y en alas del lirismo del poeta más verdadero de aquel período, de Lamartine, que hace soñar a todos el sueño de la belleza y del amor, y que al revelar las borrascas del corazón y las ansias de lo infinito, no es una alma ulcerada y escéptica lo que exhibe, sino hondos sentimientos humanos y delicadas armonías de una poderosa inspiración. Lamartine da a la lira poética nuevas cuerdas y le arranca sonos jamás oídos.

Corresponde también a esa época Alfredo de Vigny, pensador ante todo, poeta el menos comprendido por la multitud y cuyos poemas pueden señalarse entre las obras más hermosas de la literatura francesa.

SEGUNDA ÉPOCA DEL ROMANTICISMO: MUSSET Y VÍCTOR HUGO.

A Lamartine le sucede, en su rápida y profunda influencia, Musset, sincero en la expresión de sus sentimientos, humano e intenso en el dolor. Por el vigor de su inspiración, penetra en lo más vivo del corazón; pasa por la vida como un fulgor; sacude los espíritus, y deja lacerada el alma de la juventud, apartándola de la realidad y de los fines honestos y graves a que la llaman sus deberes.

El jefe de la escuela no tarda en elevar los ideales con el sello de su genio. Es Víctor Hugo, que arrebató por la grandiosidad y perfección de sus composiciones: un aliento de vida sana, de espíritu varonil emana a torrentes de la mente poderosa del titán del pensamiento.

Pero el romanticismo, si bien alcanza a un alto grado en la poesía lírica, y la inspiración no ha podido llegar más allá de la cima a que llegan Lamartine, Musset y Víctor Hugo, en el teatro nada crea perdurable; sus obras son efímeras e hijas del movimiento transitorio que las hace nacer. No logran darle vida duradera ni el estro magnífico de Hugo ni el arte de Dumas, bien que las estrofas de aquel vivirán como el modelo más acabado de la perfección lírica en la escena.

RODRÍGUEZ VELASCO,
POETA ROMÁNTICO.

Don Luis Rodríguez Velasco, que fué poeta a los 20 años, imitando a Espronceda en sus gritos de desengaño, se sentía, ya a los 30,

«en esa edad triste y funesta
«en que se hieló el corazón cansado,
«y el alma sin aliento se recuesta
«como sobre una tumba en el pasado.

Cual viajero fatigado va

«Marchando siempre solo, vagabundo,
«con el alma sin brío,
«por todas partes encontrando el mundo
«como está el corazón, seco y vacío.

Ha caminado

«por el sendero a la esperanza abierto,
«el término he buscado,
«y al fin de la jornada sólo he hallado
«la inmensidad horrible del desierto.

El siglo en que ha nacido

«este que llaman siglo de las luces,
«de gloria, de virtud, de libertades,
 «no ofrece al alma nada
«más que la hiel de amargo escepticismo.

Sin embargo, a esa misma edad en que escribe nuestro poeta esas estrofas de hondo escepticismo, la lira de Lamartine nos daba las delicadas y hermosas entonaciones de su más pura poesía. Son sus MEDITACIONES, aquellos poemas íntimos en que hace sentir en forma inimitable el culto del amor ideal y divinizado, y en que esparce a torrentes el perfume de la más intensa y delicada emoción.

Pero la moda impone ser poeta como Espronceda, expresar las decepciones de una vida que no se ha vivido, lanzar los lamentos del alma solitaria, exhibir al desnudo todos los sentimientos y llevar por doquiera los dolores y las pasiones.

Al igual de los poetas románticos franceses y españoles que le sirven de modelo, el señor Rodríguez Velasco se muestra desesperado, escéptico, con la amargura en el alma y suspirando siempre por una felicidad en vano perseguida. Es la época en que todo poeta joven se convierte, durante algunos meses a lo menos, en un pequeño Hamlet, disgustado de todo, sin saber qué desear, creer o hacer.

Felizmente es fugaz en nuestro poeta ese sentimiento de escepticismo: sobrepónese al pasajero mal por la influencia de su temperamento idealista y del ambiente social que le rodea, y queda dominando en su estro cierta dulce melancolía, que es la característica de sus concepciones, y esa nota apacible de su espíritu sereno, cultísimo y galano. Hay en sus versos verda-

dera delicadeza de sentimientos, facilidad de expresión, intensidad de colorido; tiene sentidas estrofas en que se reflejan los más puros afectos del alma y en que palpita siempre vivo el recuerdo del hogar.

Estos sentimientos aparecen delicadamente expresados en aquella hermosa composición ya citada, A MI MADRE:

«En la primera orilla de la vida
«Me abandonaste, madre, cuando apenas
«Aparecían para mí serenas
«Las horas de la cándida niñez;
«Cuando empezaba en mi inocente pecho
«A nacer para tí mi amor de niño
«Puro, sublime, celestial cariño
«Que no alcanzaba a comprender tal vez.

«No sé si alguna lágrima de duelo
«Por tu muerte mis ojos derramaron,
«O si mis voces tristes te llamaron...
«Porque entonces no sé lo que sentí!
«Ni sé si tuve algún dolor al verme
«De las caricias de tu amor privado;
«Después en cambio, madre, he derramado
«A torrentes las lágrimas por tí!

«No tengo ni un recuerdo de mi infancia
«Mientras viviste tú, madre querida;
«Sólo he sabido que al concluir tu vida
«Otra muy triste para mí empezó.

Y también en esa melancólica VISITA A LA CASA PATERNA:

«Es un panteón de memorias,
«Recuerdo de otras historias
«De santa felicidad;

«De perdidas alegrías
«De otros venturosos días,
«De paz y tranquilidad.

Al recorrer la mansión sagrada «que era un santuario de amor», agrega:

«Todo está del mismo modo,
«Pero parece que a todo
«Cubre un velo funeral.
«A veces creo que suena
«La voz de ternura llena
«De mi madre angelical.

Pinta, en seguida, «el jardín mustio y triste».

«El cuarto en que yo dormía,
«El sitio donde solía
«Con mis hermanos jugar,
«Ese otro que respetaba,
«Lugar donde acostumbraba
«Arrodillarme a rezar.

«Los pilares denegridos
«Llenos de nombres queridos
«Que son memorias de amor.

Y evocando lastimeramente a los suyos exclama con dolorido acento:

«Padres, hermanos queridos,
«En estos sitios perdidos
«Hoy os quisiera encontrar.
«Los que no estais en el cielo
«Venid, en mi desconsuelo
«Acompañadme a llorar.
«Todo calla y muere en torno;
«No hay otro eco en el contorno
«Más que el eco que hay en mí!

«¡Ay! las plantas y las flores
«Son los solos moradores
«Que viven fieles aquí!

ROMÁNTICOS ESPAÑO-
LES: ESPRONCEDA Y
ZORRILLA.

Hay dos almas que parecen cernirse casi siempre muy cercanas a la de nuestro poeta: la de Espronceda y la de Zorrilla. Tal se nota fácilmente en muchas de sus poesías, como por ejemplo en la LEYENDA DE AMOR EN EL HOSPITAL, la de aquel lírico altísimo, y en el BESO DEL PARAÍSO, la del gran romántico del reinado de Isabel II.

Espronceda, poeta de alta inspiración, retrata la naturaleza con admirable verdad; pero en sus cantos predomina el pesimismo tenebroso y melancólico. Poeta del amor, tiene también los más inspirados acentos por la libertad y por la patria; es el genuino representante de la revolución literaria española de aquella época.

En la lira de Zorrilla, la más melodiosa que pulsaran manos españolas, se reflejan los sentimientos caballerescos, la amarga duda y la pasión ardiente y fatal. La magnificencia del lenguaje es insuperable en la obra de este poeta descriptivo, colorista supersticioso, eternamente inspirado en las fuentes legendarias de la España heroica y cristiana.

La influencia de Espronceda y de Zorrilla, en España y en los demás pueblos de habla castellana, es notable; y por su arte magnífico, ambos poetas son dignos de haber tenido tantos discípulos e imitadores entre sus contemporáneos españoles e iberoamericanos.

En todas las épocas hay grandes crisis
MISIÓN DEL POETA de desesperación y de tristeza, reveladoras del desengaño de la vida y de la suprema ironía del destino. Mas, en oposición a la teoría ingrata del dolor universal irremediable, que parece ser la triste herencia de toda sociedad decrepita, se alza esa energía varonil de que

dan siempre muestras las grandes razas que se imponen a la humanidad y modelan sus destinos.

En vez del decaimiento espiritual, postrador de la voluntad, dominan a las sociedades sanas la pasión por las grandes acciones y la confianza en la energía moral, que dan a los pueblos, con la conciencia de sus fuerzas para el trabajo, la noción clara del deber y la esperanza de un porvenir mejor.

El pesimismo de los poetas románticos se halla, sin embargo, muy distante de la filosofía moderna del pesimismo: mientras aquel sólo pretende crear una casta de desesperados, este otro no hace del dolor un privilegio, sino una ley.

El pesimismo de los románticos procede de una concentración idólatra del poeta, de una especie de éxtasis doloroso de embriaguez, en que se llega, como en el Moisés de Vigny, a dar gracias a Dios por «haberle hecho fuerte y solitario», oponiendo su sufrimiento y su aislamiento a los goces de la multitud grosera.

Otra es, empero, la misión del poeta. La imaginación, con su facultad creadora, da nueva y más amplia forma a las ideas y a los sentimientos, y correspondiendo a las exigencias y necesidades de su época, debe iluminar con luz poderosa los senderos de la humanidad.

Mas, aquella poesía del sentimiento y de la pasión, del escepticismo y del hastío, es pasajera como la época de transición en que nace. Uno de sus más grandes generadores, Lamartine, verdadero cantor de almas y maestro soberano de la melodía, pierde poco a poco su mágica influencia; apenas si se oye hoy su nombre, y son contados los que se esfuerzan por conocer su obra, ni aún sus MEDITACIONES, que en 1820, al ver la luz, producen un verdadero arrobamiento, sacudiendo las almas de modo extraordinario. «Los que no fueron testigos—dice Sainte Beuve—nunca podrán imaginarse la impresión intensa, imborrable, con que los contemporáneos recibieron esas poesías».

El poeta está llamado a realizar una tarea hermosa y fecunda en la obra de progreso y mejoramiento social, como mi-

sionero de ideas, predicador de la verdad y cantor de la patria y sus virtudes cívicas; llamado a elevar el espíritu de la juventud y señalarle como ideal del alma el dominio de los bienes intelectuales y morales; llamado a entonar himnos al progreso y a las industrias, señalando el mejoramiento material como redención de los malestares físicos y como signo de un bien permanente. Y con verdadera noción de los deberes del ciudadano, también está llamado a ser, en todo momento, el defensor del derecho, el apóstol de la libertad, el cantor de las glorias de la patria.

Tales son las tareas del verdadero poeta y las que habrán de permitirle vivir en medio de las conquistas de la civilización, sano el espíritu, varonil el alma, sin modulaciones decadentes y sin esos desengaños ficticios de una vida interna que a nadie interesan. Para ello se requiere estudio, conocimiento de las ciencias y de las artes, y convicciones sólidas sobre los destinos del hombre y de la sociedad.

Sólo así dará sus frutos la meditación, y el ingenio poético será capaz de realizar su magnífico papel.

EVOLUCIÓN EN LA POESÍA DE RODRÍGUEZ VELASCO.

Don Luis Rodríguez Velasco evoluciona con facilidad en este sentido y logra realizar cumplidamente la elevada misión del poeta. Canta los ideales de la humanidad, el sentimiento de la patria y los principios de libertad en que se forman y crecen los pueblos de América. Es pintor verdadero de la naturaleza; describe con real colorido, y en sus versos alienta el ambiente nacional.

En LA NUEVA JERUSALEM, señalando la misión que debe realizar el mundo en su marcha de sacrificios hacia su progreso y mejoramiento, exclama:

«El mundo va adelante; su carrera
«siguen lento los siglos trabajando,
«o van ruinas sin fin amontonando
«en cada giro de su inmensa esfera.

«La humanidad trabaja
«con tesón incansable, y al pasado
«va haciéndole el presente su mortaja.
«Edades y naciones han rodado,
«mas los mundos que así se desmoronan,
«son las cunas eternas
«donde el germen latente de los siglos
«por la propia virtud se perfeccionan.
«Y los hombres también así rodando
«bajo la ley eterna y soberana,
«van lentos caminando
«a la infinita perfección humana».

La melancolía y la eterna tristeza de sus primeros años, se van alejando a medida que la mente del poeta se inspira en los verdaderos sentimientos del alma. Así lo dice en el OASIS:

«El alma que gemía lastimera,
«esclava de un amor desesperado,
«hoy sonríe tranquila y placentera
«No iré más arrastrando mi existencia
«como el genio doliente del suspiro,
«devorando continua penitencia.
«Ya no busco la sombra en el retiro,
«hoy dejo en risas esparcirse el alma
«y en cristalina atmósfera respiro.
«A la tristeza sucedió el contento,
«y en adelante con la fe que abrigo
«tendré para la patria un pensamiento
«y un recuerdo más fiel para el amigo.

La concepción de una América libre, grande y unida, arranca sonoros cantos a su lira. Llamando a los pueblos a esa unión, que en aquella época es un grito de guerra y que ha de ser sólo un himno a la paz, al concierto de todas las naciones del mundo de Colón, se expresa así:

«El grito de progreso los pueblos han lanzado
«y entonan himnos puros de amor y libertad,
«los mártires que fueron nos gritan: adelante!
«su sangre fué el bautismo de santa redención:
«que formen nuestros pueblos un pueblo americano,
«eterno por las leyes, robusto por la unión.

Este acento varonil, que agitará más tarde todas las fibras del sentimiento nacional con sus cantos a los héroes de la guerra del Pacífico, repercute en toda la América con el episodio de Puebla.

«¿Qué nuevo grito es ese que a América horroriza,
«las almas pusilánimes llenando de pavor?
«Es Méjico que lucha, es Puebla que agoniza,
«al hambre y la miseria rindiéndose el valor!
¡América, despierta! Más fuerte ahora retumbe
«un nuevo, inmenso grito de unión y libertad!
«Si Méjico no triunfa la América sucumbe
«y asentará en su suelo su trono la maldad.
«América, no tiembles! ¿No hay sangre ya en tus venas?
¿Tus fibras no estremecen las ansias de pelear?
¿No ves a los tiranos forjándote cadenas
«y que con ellas vienen tu aliento a sofocar?
«¡Atrás los que profanan de América la tierra!
«¡Atrás hordas inicuas del déspota imperial!
«¡América, levanta tu cántico de guerra
«y sea a los tiranos el canto sepulcral!
«A perecer por ella la patria nos exhorta,
«a la conquista siguen mil crímenes en pos.
«¿No hay armas? ¡A las manos! ¿No hay pólvora? ¡No importa!
«¡Hay patria y hay derecho! ¡Con ellos está Dios!

De esa misma época es su hermosa composición UN VIEJO SOLDADO DE LA PATRIA, al pie de la estatua de San Martín; en que el eco de pasadas glorias, dejándose sentir en el alma de un veterano de la Independencia, le hace renovar sus juramentos a la patria:

«Soy yo, mi general! Viejo soldado,
«iba a dormir mi sueño postrimero,
«cuando de nuevo al mundo me han llamado
«los nobles ecos del clarín guerrero.
«Soy un recuerdo oscurecido apenas
«de aquellos triunfos de combate y gloria,
«cuando el triste crugir de las cadenas
«se apagó entre los cantos de victoria.
«Pero al llegar al pié del monumento
«que tiene mucha gloria eternizada,
«viejo y enfermo, general, yo siento
«en mis venas hervir la sangre helada.
«Cuando tome en las filas de los buenos
«su puesto de combate cada cual,
«si ya no sé batirme, sabré al menos
«dar mi sangre a la patria, general!

Y poseído su espíritu del ideal americano, que cautiva el alma generosa de la juventud de aquella época y que, sin duda, habrá de abrirse camino definitivo en un futuro cercano, cuando se impongan la comunidad de intereses y la solidaridad de aspiraciones y de responsabilidades, exclama el poeta:

«No cobijan aquí nuestras banderas
«más que pueblos que crecen a la par,
«grandes como sus vastas cordilleras,
«libres como las olas de su mar.

La misma entonación patriótica y guerrera inspira sus composiciones a CHILE Y ANTE LA ESTATUA DE BOLÍVAR, y diversas otras escritas en la época de la conflagración con España.

La guerra del Pacífico le convierte en el vocero de nuestra epopeya nacional. El héroe de Iquique y sus compañeros de gloria inmortal, arrancan al poeta los acentos más vibrantes de su estro.

En su canto A LOS HÉROES DE IQUIQUE describe con pinceladas maestras el glorioso combate, pinta con naturalidad y exactitud la escena heroica, y exclama, con toda la entonación

del bardo nacional que se siente identificado al espíritu de la patria y dominado por el sublime martirio de los héroes:

- «Espíritu grandioso de patriotismo ardiente,
- «de bíblico heroísmo sublime exaltación,
- «visión generadora del genio omnipotente,
- «de santa apoteosis profética intuición.
- «¿Qué sed tuvo aquella alma de glorias inmortales?
- «¿Qué siglos alumbrarse vió de su muerte en pos?
- «Qué amor de patria crea las fuerzas colosales
- «que hacen que un hombre martir se vuelva un semidios?

Con motivo de la traslación de los restos del héroe de Iquique a la cripta del monumento elevado en Valparaíso, se alza su lira a grandísima altura:

- «¿Y esto no más? ¿Tan pobre monumento,
- «ara tan pobre para tanta gloria?
- «No está aquí el sentimiento
- «con que guarda la patria su memoria;
- «no está aquí la grandeza
- «de la inmortal hazaña portentosa,
- «ni el espíritu inmenso y la riqueza
- «de aquella alma tan noble y generosa!

Y el poeta nos pinta, en seguida, la única mansión digna de recibir aquellos restos venerandos y el único monumento capaz de conmemorar tanta gloria:

- «Si queréis el grandioso monumento
- «digno del hombre y digno de su hazaña,
- «arrebata al cielo el pensamiento
- y forjadle su cuerpo y sus facciones
- «en mole agigantada,
- «fundida en el metal de sus cañones;
- «dadle por pedestal la cordillera,

«por solo emblema su invencible espada,
 «por regio manto su inmortal bandera,
 esa bandera que en el mar de Iquique
 al tope de su mástil
 por él se fué con su Esmeralda a pique.
 «Que la alumbre la luz de los volcanes
 «y de los mares el concierto rudo
 «le lleven a sus pies los huracanes
 «como un himno de triunfo y de saludo.
 «Y para darle vida, en ese bronce
 «palparía al menos,
 «en eterno y unísono latido,
 «el corazón de todos los chilenos!»

Por su elocución y elevación, por la viveza y el colorido de sus imágenes, el talento del poeta se muestra en esa oda al igual del más agudo y elocuente orador.

Porque, verdaderamente, el poeta con sus facultades de imaginación y sentimiento es capaz de elevarse sobre la elocuencia oratoria y sobre las artes magníficas de la pintura y de la música; como quiera que sólo la poesía abarca la verdad y la ficción, y sólo ella puede penetrar al fondo del alma, graduar sus sentimientos, desarrollar las pasiones y dar vida a los cuerpos; sólo ella sigue al pensamiento en todos sus pliegues y matices, extiende el límite de las cosas y crea seres y mundos nuevos.

Otra de las formas artísticas en que
 RODRÍGUEZ VELASCO, labora el señor Rodríguez Velasco es
 POETA DRAMÁTICO. el teatro. Escribe una hermosa y ori-
 ginal comedia de costumbres, y tra-
 duce acertadamente dos proverbios y cuatro comedias de Musset
 y el Ruy Blas de Víctor Hugo.

«Por Amor y por Dinero», que da a la escena en 1869, es un verdadero acontecimiento literario y merece al poeta los laureles del triunfo.

El reputado y conocido escritor don Justo Arteaga Alemparte, relatando en «La Libertad» la representación de esta pieza dice que «nunca había presenciado nuestro teatro un suceso más incontestable ni más merecido. No ha habido nada en él de convencional. La risa franca e inmensa, el aplauso sostenido y estrepitoso, el entusiasmo universal, han sido conquistados en buena guerra, a golpe de ingenio y de chispa inagotable. Aquello es un estudio delicioso de los tipos más vivientes de nuestra comedia social».

Después de analizar con fino ingenio todo el enredo de la comedia, agrega el señor Arteaga Alemparte: «es la vida real llevada a la escena de nuestro teatro por la linterna mágica de un hombre de talento». «El señor Rodríguez Velasco, concluye, «tiene el secreto del arte y tendrá su gloria».

De aquellas traducciones con que enriquece nuestra literatura y procura animar a la juventud en el gusto por el género dramático, logra las mayores alabanzas la del Ruy Blas.

«Este poema fantástico, dialogado, en que el argumento es lo menos y el verso es lo más, sólo puede ser traducido convenientemente por una persona que hable ese lenguaje divino», dice con mucha exactitud el ilustre crítico e historiador don Miguel Luis Amunátegui, al examinar la hermosa traducción, y declara que es excelente y que honra a las letras chilenas. No podría emitirse, en realidad, un juicio más certero respecto al aventajado intérprete de la poesía de Víctor Hugo, en la que todo es visión, color, melodía y arte insuperable, que el juicio del maestro cultísimo que acabo de citar.

Y para poder hacer cumplida justicia al señor Rodríguez Velasco, no olvidemos que a la época en que el poeta comienza a laborar, vive nuestro país muy apartado del mundo del arte, por la carencia de comunicaciones fáciles y regulares; las letras no tienen estímulo; no hay maestros ni guías permanentes, y los hombres que se entregan resueitos a escribir, lo hacen sin mayores luces que las de su inspiración y sin más anhelo que legar un nombre a la historia literaria, y con él, un ejemplo que poder seguir y mejorar en el esfuerzo continuado.

El señor Rodríguez Velasco, que empieza en aquellos días tan precarios y consigue, empero, asentar su reputación de

poeta, no podía menos de ser aplaudido sin reservas al escribir más tarde y entregar al público una obra de mayor aliento, de empresa más seria y más difícil. POR AMOR Y POR DINERO obtiene el triunfo ambicionado; se la considera entonces como valioso tributo literario; se la recibe con entusiasmo, y se la juzga digna de su autor por la emulación que logra despertar.

En este momento es grato recordar aquel suceso literario de hace más de medio siglo y enaltecer la memoria del poeta.

LOS ROMÁNTICOS EN EL TEATRO. El arte dramático, con las dificultades inherentes al movimiento escénico, a la viveza de la acción, a la verdad de las pasiones en juego, a la naturalidad de la invención, requiere condiciones y cualidades que no se avienen con la índole de los poetas románticos. La preponderancia de la imaginación y de la sensibilidad sobre la razón y la observación, arrastra instintivamente a los poetas líricos a las meditaciones filosóficas y a las entonaciones de la epopeya.

La expresión libre de los sentimientos personales, que es la originalidad del romanticismo, sólo ha podido acomodarse a un género poético, el lirismo.

«El mismo Víctor Hugo, dice Zola en sus Estudios Críticos, «es exclusivamente un poeta lírico; ese es su genio, su título «de eterna gloria».

Por eso no ha sido Hugo en el teatro un creador de almas. Sus personajes son líricos por excelencia y, como tales, no pueden ser dramáticos. Sólo el estilo maravilloso ha podido salvar del olvido el teatro del insigne autor del prefacio de CRONWELL, manifiesto ruidoso de la nueva escuela dramática, en que el maestro define su arte como «la resurrección de la vida integral».

Musset sufre crueles decepciones en el teatro. LA NOCHE VENECIANA, única pieza que lleva a la escena, es silbada, y al componer nuevas piezas dramáticas, lo hace solamente por dar vuelo a su rica fantasía.

Vigny quiere también tomar su puesto entre los poetas dramáticos. La más notable de sus obras, CHATTERTON, alcanza señaladas simpatías en su época; pero en nuestros días es glacial la acogida que obtiene en La Comedia Francesa.

En todo caso, aunque el romanticismo en el teatro logra éxitos ruidosos, éstos son pasajeros. Apasiona momentáneamente y no consigue subsistir, porque al abandonar las normas consagradas del arte poético, también se aparta de la realidad de la vida.

OTRAS ACTIVIDADES DE
RODRÍGUEZ VELASCO:
LA PRENSA Y LA
POLÍTICA.

Don Luis Rodríguez Velasco también descuella en otras actividades. Escribe en los periódicos y en las principales revistas, con bastante asiduidad; su estilo es llano, correcto, fluido.

La conflagración internacional de 1865 le encuentra en el Perú, y en uno de los periódicos de Lima sostiene, con el fervor de su alma idealista, la política de unión americana y de alianza de todos los pueblos de nuestro continente.

Al volver a Chile, sigue colaborando en los diarios políticos liberales, y en ocasiones llama la atención por sus escritos de fina ironía o por sus poesías de viva sátira política. No se aviene, sin embargo, esta nota a su mentalidad ni a la tendencia moderada de su espíritu.

La política, que le llama a su servicio, como correspondía a sus merecimientos y aptitudes, no le atrae ni consigue despertar los entusiasmos de su alma.

¿Acañó aquella decepción originaria de su temperamento poético revive al conocer a los hombres en las luchas cívicas? ¿O es que el embate de los partidos y los movimientos de la opinión le hacen comprender que las exigencias y los compromisos de los hombres no siempre se armonizan con las nociones del deber y con la conciencia independiente del ciudadano?

No rehusa, empero, los cargos a que le llaman. Es Senador y Ministro de Estado, y cuando actúa en el Gobierno en horas amargas y difíciles, es siempre respetado por su hombría de bien y por la rectitud de sus procedimientos. El mismo lo dice

al retirarse del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, en Marzo de 1890:

.....
«La tarea fué ruda y muy austera,
«más la llevé cual noble partidario,
«sabiendo respetar al adversario
«y conservando intacta mi bandera.
«Hoy consigo bajar cual lo he querido,
«de burlas y rencores salgo ajeno,
«y a mi santo ideal sigo rendido».

La vida política le recuerda, seguramente, las vicisitudes y los sufrimientos, las injusticias y persecuciones que habían afligido el hogar de sus padres.

¿No se había mecido su cuna en los sentimientos de lealtad y adhesión inquebrantables al ciudadano eminente, fundador de la República, y a quien el destino le depara soportar el ostracismo como término de una vida consagrada por entero al servicio de la patria y a la causa de la libertad americana? El nombre y la memoria de su padre, ¿no están estrechamente unidos a los años más duros de la administración de O'Higgins? La fidelidad que el Ministro Rodríguez Aldea guarda en todo momento al Director Supremo, ¿no contribuye a excitar las pasiones políticas de la época y a presentarle a él como causante de la impopularidad lapidaria que cae sobre los hombros de O'Higgins?

Y a la vez, ¿no aparece siempre imponente la fisonomía moral del Ministro Rodríguez Aldea, endurecida por la lucha más ruda de la vida y fortalecida por el concepto severo del deber?

Al bosquejar hoy la obra realizada por el hijo en nuestro desarrollo intelectual, creo que es corresponder a los mejores sentimientos de su alma el recordar los importantes servicios prestados por el padre en los momentos más difíciles del país.

Don José Antonio Rodríguez Aldea soporta en el Gobierno y fuera de él los más rudos ataques; purga en el destierro su fidelidad al Director Supremo; se conserva por mucho tiempo un recuerdo ingrato de su nombre y de su actuación política;

sus contemporáneos le hacen responsable de las causas que motivaron la caída de aquel Gobierno, y encarnan en su nombre todas las odiosidades acumuladas contra O'Higgins.

No obstante, debe estimarse que su memoria se halla vindicada y exenta de las faltas que, en gran parte, se le atribuyen por los excesos de la pasión política.

Sin pretender estudiar su vida en este momento, para lo cual necesitaría mucho mayor tiempo y porque acaso lo pueda hacer con motivo de otro trabajo de más aliento, me propongo únicamente recordar ahora algunos rasgos de la fisonomía moral de este ciudadano, a quien la suerte obligó a actuar en las horas más tristes de la patria vieja y en los difíciles momentos de la organización política de la Nación.

NOTICIA SOBRE DON JOSE ANTONIO RODRÍGUEZ ALDEA.

Don José Antonio Rodríguez Aldea, graduado de Doctor en cánones y leyes de la Universidad de San Marcos de Lima, había nacido en la ciudad de Chillán el año 1779.

Gobernaba en esa época la Capitanía General de Chile el Mariscal de Campo don Agustín de Jáuregui, que debía ser promovido en breve al Virreinato del Perú.

En su niñez, Rodríguez Aldea sólo había conocido las apartadas e ignorantes poblaciones del sur de Chile, y los años de su juventud y de su educación superior habían corrido en la capital del Virreinato, en aquel ambiente de absoluto respeto e incondicional obediencia a la autoridad real.

Lima era entonces el centro de ese imperio colonial que se extendía desde el Ecuador hasta el Cabo de Hornos y que en época anterior había comprendido casi todo el territorio de la América meridional sujeto a la corona de España. Durante la lucha de la independencia fué el foco de donde partían las fuerzas llamadas a dominar la insurrección, haciendo de su territorio el último baluarte del poder colonial en Sud América.

Esta situación hubo de prolongarse todavía más allá de la fecha en que los demás países de la América española asegura-

ran su independencia y se organizaran como naciones libres.

Fué menester que el Ejército de Chile llevase sus armas victoriosas a la capital misma del Virreinato para que se hiciera sentir el espíritu de la propia nacionalidad y se realizara la obra de redención que llegaba del exterior.

Rodríguez Aldea se educó en aquel medio social y coronó su carrera con el título de Abogado de la Real Audiencia de Lima. Consagróse, en seguida, a la enseñanza y al ejercicio de su profesión, no tardando en adquirir una sólida reputación por sus conocimientos jurídicos.

Sus recuerdos de Chile se referían a las ciudades del sur, únicas que había conocido en su primera edad; y alejado, como se halló, de todo contacto con el país, no había estado en situación de apreciar el movimiento de las ideas que se había operado en Chile, ni el desarrollo que la sociedad pudiente e ilustrada esta colonia había alcanzado.

AUDITOR DEL EJÉRCITO
REALISTA.

Rodríguez Aldea regresó al país el año 1814 con el general Gaínza, que había sido designado por el Virrey del Perú para tomar el mando del ejército realista de Chile. Gaínza, como su antecesor, el brigadier Pareja, sólo trajo del Perú unos pocos soldados veteranos, debiendo constituirse el ejército expedicionario con los batallones de Chiloé y de Valdivia, anteriormente reclutados, y con los nuevos elementos que diversos agentes del Virrey habían estado organizando en esas mismas provincias.

En las instrucciones que el Virrey diera al general Gaínza, le recomendaba procurar un avenimiento que le permitiese hacer cesar el estado de anarquía en que se encontraba el reino y terminar la guerra civil, para lo cual podía ofrecer el olvido de todo lo pasado, siempre que previamente se reconociese y jurase la nueva constitución de la monarquía española. Rodríguez Aldea venía investido con el cargo de Auditor de Guerra.

Este carácter de lucha civil o intestina apareció muy de relieve en la primera época de la guerra de Chile. En efecto, eran chilenos los soldados de uno y otro ejército. Contra los batallones patriotas que mandaban Carrera y O'Higgins, operaron a las órdenes de Pareja y Gaínza batallones chilenos reclutados en las provincias de Chiloé y Valdivia, completados con los auxilios que suministraban las demás comarcas que se mantenían fieles a la causa del rey.

Esta situación la pintaba con perfecta exactitud el Director Supremo don Francisco A. de la Lastra en los siguientes términos del manifiesto publicado en esa época para explicar el Tratado de Lircay: «Esa guerra desoladora devoraba una parte « de la población de Chile por las víctimas de la otra parte. « Los chilenos eran al mismo tiempo los vencedores y los vencidos. Ellos eran los que en un mismo instante cantaban las « victorias y lloraban las desgracias de la guerra».

Pareja sólo trajo del Perú cincuenta soldados veteranos para que sirviesen de instructores, y Gainza embarcó únicamente doscientos soldados del regimiento de infantería de línea de Lima.

Estas circunstancias explican la denominación de «Ejército Nacional» que se da en el Tratado de Lircay a las tropas de Gainza, y «Ejército de Chile» a las tropas de O'Higgins.

El General Gaínza, llegó a Chile el 31 de Enero de 1814, y en seguida asumió el mando de las fuerzas, a fin de realizar su misión de pacificador del reino y restaurador de la dominación española.

ASESOR DE GAINZA EN
LAS CONFERENCIAS
DE LIRCAY.

Rodríguez Aldea, que venía investido además con el cargo de Asesor del nuevo Jefe, no tardó en trasladarse a Chillán, su ciudad natal, que había sido el centro de la tenaz resistencia española durante el invierno de 1813 y donde se conservaba un núcleo poderoso de partidarios de la casa real. Allí permaneció mientras el General Gaínza, al emprender sus operaciones al norte, se encerraba en la ciudad de Talca, detenido en su avance hacia la

capital por las tropas victoriosas del general O'Higgins. El ejército realista quedaba ahí a merced del vencedor, teniendo a su espalda al río Maule y sin la esperanza de una posible retirada.

Pero el ajuste del Tratado de Lircay, el 3 de Mayo de 1814, salvó a ese ejército, y fué causa de embarazos y complicaciones sin provecho alguno; mejor dicho, con perjuicio cierto para la causa de la revolución.

A fin de que asistiese a las conferencias que debían tener lugar en presencia del Comodoro británico Mr. James Hillyar, fué llamado a toda prisa el asesor Rodríguez Aldea, a quien consideraba el General en Jefe, según sus propias expresiones, «como un santo padre en materias de derecho y en la inteligencia del valor de las expresiones y palabras».

Los preliminares de la negociación habían sido acordados en Santiago entre el mediador británico y el Gobierno patriota, y una vez aprobadas las bases que debían proponerse al General Gainza, partía para Talca el Comodoro Hillyar el 22 de Abril.

En los días que precedieron al 3 de Mayo, fecha señalada para la conferencia de los negociadores, en el campamento patriota se dió forma de convención o tratado a las instrucciones dictadas por el Senado con fecha 19 de Abril. Su redacción no podía presentar dificultades y corrió a cargo del doctor Jaime Zudáñez, asesor de los generales chilenos O'Higgins y Mackenna, que debían concurrir a la entrevista.

Mas, en el campamento realista la situación fué diversa. El asesor Rodríguez Aldea llegó a Talca el 1.º de Mayo, y al imponerse de las bases propuestas, declaró que eran contrarias a las instrucciones del General en Jefe y que, por lo tanto, excedían de sus facultades; y con el propósito de conciliar las ideas, redactó unas apuntaciones que, si bien modificaban sólo en algunos detalles las bases acordadas por el Senado, alteraban, sin embargo, su fondo y su espíritu.

En estas condiciones se reunieron a orillas del río Lircay —y no en balsa imperial como los negociadores de Tilsit, sino en pobre rancho— los plenipotenciarios de Chile y de España

y el Alto Mediador británico, para poner término a la guerra que asolaba al país.

La conferencia duró desde las diez de la mañana hasta cerca de las once de la noche, y la firmeza de los negociadores chilenos, que se negaron a tratar sobre otras bases que las acordadas por el Senado, permitió al doctor Zudáñez imponer en definitiva su redacción, sin que fuese aceptada ninguna de las modificaciones propuestas por Rodríguez Aldea, quien se mantuvo inflexible en su opinión de que en esa forma el Tratado contrariaba las instrucciones del General, y se negó a firmarlo.

No obstante, el general español lo subscribió, declarando, para tranquilidad de los negociadores chilenos, que una vez firmado el convenio se retiraría de Chile con sus tropas.

Este curioso desacuerdo oficial del Plenipotenciario con su asesor letrado y la declaración de éste a los propios negociadores contrarios, de no ajustarse el pacto a las instrucciones con que obraba el General, constituyen unos de los tantos accidentes extraños de aquella desgraciada negociación.

Como es sabido, el Convenio no satisfizo a ninguna de las dos partes contratantes. Los plenipotenciarios chilenos que lo subscribieron conforme a las instrucciones del Senado, se comprometían a reconocer, «por su monarca, al señor don Fernando VII y a respetar la autoridad de la Regencia española, «ofreciéndose a enviar, como parte integrante de la monarquía «española, diputados de Chile que pudiesen sancionar en las «Cortes la Constitución que éstas habían dictado».

El general Gaínza reconocía, por su parte y mientras tanto, «el Gobierno interior (de Chile) con todo su poder y facultades, y el libre comercio con las naciones aliadas y neutrales, y «especialmente con la Gran Bretaña, a la que debe la España, «después del favor de Dios y su valor y constancia, su existencia «política». El general Gaínza se comprometía a evacuar en treinta horas la ciudad de Talca, y en un mes, el resto del país ocupado por sus tropas.

Si bien este Convenio salvaba al ejército de España, sitiado en Talca por las tropas de O'Higgins y cortado en su retirada por el Maule, comprendía muy bien Gaínza que las condicio-

nes aceptadas se apartaban de las instrucciones que había recibido del Virrey; pues por éstas se le autorizaba para tratar con los revolucionarios de Chile, siempre que se sometiesen incondicionalmente a las autoridades españolas y conviniesen en retrotraer las cosas al estado en que se hallaban antes del movimiento político de 1810.

Y sabido es que a pesar de todas las facilidades que le dió O'Higgins, el general español repasaba el Maule sólo el 9 de Mayo, y que en vez de abandonar con sus tropas el territorio, permaneció en Chile hasta que llegó el nuevo ejército expedicionario del general Osorio.

El auditor Rodríguez Aldea se mantuvo estrictamente en aquellas instrucciones, y expresó con toda energía al general Gaínza su opinión contraria al Tratado y el peligro cierto en que se colocaba de ser desautorizado y sometido a Consejo de Guerra.

Cuando el Virrey se negó a ratificar ese Tratado y ordenó la formación de un proceso a Gaínza, se inculpó a éste de desleal por los patriotas chilenos, por haber firmado dicho Convenio de mala fe, sin el propósito de cumplirlo.

LA ACTITUD DE RODRÍ-
GUEZ ALDEA LE
ATRAE LA AMISTAD
DE LOS JEFES PA-
TRIOTAS.

El rechazo del Tratado de Lircay, seguido de la expedición del General Osorio, trajo en breve la restauración del poder español en todo el país. Entonces vino por primera vez a Santiago Rodríguez Aldea, y entró a desempeñar las funciones de Fiscal de la Real Audiencia; se le vió prestar amparo a los caídos, y constituirse en consejero de la paz y de la amnistía, procurando, en todo momento, atenuar las medidas de rigor dictadas por la autoridad militar. Esta actitud suya comenzó a enfriar sus relaciones con Osorio, y llegó más tarde, durante el gobierno de Marcó del Pont, a suscitarle el disfavor y aun la persecución en su contra; los peninsulares comenzaron a tratarle de insurgente y de venal.

Hablando de ese triste período de nuestra historia, dice el eminente historiador don Miguel Luis Amunátegui, en su brillante obra «La Dictadura de O'Higgins», que Rodríguez Aldea «en su empleo de Fiscal se mostró clemente y bondadoso».

El conocimiento verdadero de la situación de su patria y de los hombres que encabezaban el movimiento revolucionario, permitió comprender a Rodríguez Aldea la importancia y significación que dicho movimiento tenía para el progreso y bienestar de Chile, al cual concluyó por sumarse, sublevada su alma por la política de represión implantada durante la reconquista.

Así se explica que los libertadores, cuando lograron afianzar la causa de la emancipación, se mostrasen no sólo benévolo sino francamente amigos del magistrado que había sido clemente y humano en las horas del infortunio, y que, en seguida abrazara la causa de la patria.

Por estas circunstancias el General O'Higgins le prestó su resuelto amparo desde el primer momento, e hizo exceptuarle de todas las medidas adoptadas contra los que habían constituido el Gobierno español; y aun le autorizó para permanecer en el país cuando Rodríguez se veía obligado a retirarse a Mendoza, a causa de la agitación que produjo en los ánimos el anuncio de la segunda expedición de Osorio que se preparaba en Lima a fines de 1817. O'Higgins dirigió entonces, el 23 de Enero de 1818, desde Talca, donde se hallaba, al Director Delegado en Santiago, la siguiente comunicación, que es la mejor prueba del aprecio que Rodríguez Aldea le merecía: «Es-
« tando muy cerciorado de los sentimientos de adhesión a nuestra
« causa del Dr. don José Antonio Rodríguez Aldea, Ministro que
« fué del Tribunal de la Real Audiencia, como así mismo de los
« reservados y particulares servicios que sste sujeto ha hecho
« en favor del sistema, y de los que en lo sucesivo puede pres-
« trarnos, he tenido a bien prevenir VS. que luego que reciba
« ésta le haga regresar a esa capital del punto en que se halle,
« y que se le permita permanecer en ella, haciendo que su per-
« sona sea tratada con toda aquella consideración a que lo ha
« hecho acreedor su juiciosa compostación».

Alejado de los negocios públicos, dedicóse por entero al ejercicio de su profesion de abogado, hasta que un asunto de gran resonancia vino a sacarle de sus tareas cotidianas.

EL SENADO CONSULTA
A RODRÍGUEZ.

El Gobierno en 1819 había resuelto anexar el Seminario al Instituto Nacional, con el fin de proveer al mejor desarrollo de este establecimiento. El Rector del Seminario protestó enérgicamente y acudió en recurso de queja ante el Senado, reclamando por los fueros debidos a la Iglesia. El Gobierno, que no pretendía inferior agravio al sentimiento religioso, sometió, por su parte, la medida a la misma elevada Corporación, y ésta, para resolverla, pidió informe, entre otros, al Dr. Rodríguez Aldea, en mérito de su reputación de canonista y jurisconsulto. El informe de Rodríguez fué favorable a la medida gubernativa; el Senado lo acogió en todas sus partes, y al transmitir su resolución dijo al Director Supremo «que para asegurar más su dictamen « y dar al público una nueva satisfacción de sus providencias, « había querido oír el parecer de algunos teólogos y canonistas, y que el dictamen que se acompaña a V. S., del Dr. don « José Antonio Rodríguez Aldea, no deja el menor motivo de « dudas de la legitimidad de aquella reunión: es de conformidad el Senado y, siendo de V. S., será muy útil se manden imprimir muchos ejemplares que sirvan de instrucción, poniendo silencio a las injustas declamaciones de los *inmunistas preocupados*». Y envió la siguiente honrosa comunicación al informante: «Ha visto el Excmo. Senado con el mayor placer « el erudito y bien fundado dictámen de usted en apoyo y defensa de la unión del Seminario al Instituto Nacional. No ha « podido dar mayor prueba del aprecio que le ha merecido que « uniformar con él todos sus votos para su ejecución y cumplimiento». «Viva usted satisfecho de que la primera Magistratura del Estado distinguirá siempre la benemérita persona « de usted, que ha sabido preferir la libertad de su país a los « premios y empleos serviles de la tiranía».

El informe fué publicado por la imprenta de gobierno, en un folleto de 61 páginas, y es una pieza característica de la época.

Un año más tarde el Senado y el Director Supremo, reclamaban nuevamente la cooperación de Rodríguez Aldea.

El Gobierno de la naciente República se hallaba comprometido en la preparación de la magna empresa libertadora que había de dar a Chile el imperio del mar y deshacer el virreinato del Perú. El país estaba agotado por la guerra, pobre y sin recursos, y así debía adquirir naves, equipar el ejército y preparar todos los gastos de la expedición al Perú.

En circunstancias tan difíciles, el Director Supremo pidió al Senado que le ayudase a buscar un hombre enérgico y competente a quien encomendar la gestión de las finanzas públicas. El Senado, en nota reservada de 24 de Abril de 1820, contestaba que «cabalmente el arreglo del tesoro público es el objeto « de la primera atención del Supremo Gobierno, y si el Ministro de Hacienda es el principal resorte que debe dar movimiento a esta alma del Estado, es preciso que se halle adornado de las cualidades conducentes y de aquellos conocimientos que abraza la inmensa variedad de ramas y las « grandes materias que tiene que tocar». Y concluía recomendando una terna de importantes personalidades, y en primer lugar, al Doctor Rodríguez Aldea.

Rodríguez aceptó el cargo de Ministro de Hacienda, cediendo a las instancias de O'Higgins y no sin haberse excusado reiteradamente al principio por su carencia de conocimientos especiales. Y cuando más tarde contestaba a los ataques de sus adversarios políticos, hacía esta pintura gráfica de esos momentos de penuria y de angustias del Tesoro: «Yo no quisiera « dar al que me ataca otro castigo, que hacerlo Ministro de « Hacienda del modo que yo lo fuí. Viérase entrando el 2 de « Mayo de 1820 a un Ministerio agotado de dineros y de arbitrios, y lo que es peor todavía, con poco o ningún crédito

« para suplir estas faltas; sin un real en la Tesorería, gastadas
« con anticipación sus mejores rentas, y que, al sentarse en
« aquella mesa terrible, como la de Tiestes, se le presenten
« las listas militar y civil para ser pagadas, los presupuestos
« costosísimos para hacer la expedición al Perú, etc.»

Era aquella, en realidad, una empresa sobrehumana, y se necesitaba del más acendrado patriotismo y de un gran carácter para asumir tan enormes e ingratas responsabilidades.

Pocos meses después zarpaba de Valparaíso la expedición que libertaría al Perú y afianzaría definitivamente la emancipación americana.

Chile habia encontrado recursos para equipar y embarcar en sus naves un ejército de 4.500 hombres, con armamento para 15.000, con víveres para seis meses y con dinero en sus cajas para poder pagar al contado todos sus gastos, sin acudir a cupos de guerra ni a extorsiones de ningún género en las poblaciones que debía ocupar.

Al anunciar O'Higgins desde Valparaíso, a su Ministro Rodríguez Aldea, la partida de la expedición, le decía, con fecha 21 de Agosto de 1820: «La expedición comenzó a salir ayer, « día de mi santo, y ahora, como a las 2 de la tarde, me he « despedido ya del General, del Almirante y de todos mis compañeros de armas, quienes navegan ya a dar libertad al Perú, « obra grande del genio chileno, en que Ud. tiene también « bastante parte».

En efecto, la realización de esa empresa, cuidadosamente preparada por el Gobierno de O'Higgins, constituye uno de los timbres más gloriosos de su administración, señala un título imperecedero al reconocimiento de la nación para con los hombres que, en medio de las mayores penurias del Estado y del agotamiento del país por ocho años de guerra, supieron alistar soldados y acopiar recursos para llevarla a cabo, y envuelve una manifestación inequívoca de la energía y de la pujanza del pueblo chileno.

Para transportar el ejército expedicionario, los pertrechos, caballos, el forraje y toda la carga consiguiente, había sido necesario organizar una verdadera flota; la que llegó a constar de siete naves de guerra y dieciséis transportes, tripulados por más

de 2,500 hombres, de los cuales 1,928 pertenecían a la marina de guerra.

La América española no había visto un ejército mejor ni una expedición más cuidadosamente organizada y provista.

La magna empresa fué realizada por el Gobierno de Chile a sus expensas y estuvo en todo momento bajo su inmediata y exclusiva dirección.

Cupo al Ministro Zenteno la honra de haber sido el cooperador más activo y constante de O'Higgins en esa magna obra, realizada por el esfuerzo y la energía moral de hombres que tuvieron el más elevado concepto de sus deberes para con la patria y un espíritu amplio y generoso de solidaridad americana.

Tocóle a Rodríguez Aldea servir el Ministerio de Hacienda por espacio de dos años ocho meses, y asumir asimismo, desde Octubre de 1821, el Ministerio de Guerra y Marina.

La penosa y larga campaña que era necesario sostener en las provincias del sur, los preparativos de la expedición a Chiloé y las necesidades apremiantes de toda la administración pública caían en ese momento, de una manera aplastadora, sobre las escuetas cajas del erario.

El Ministro de Hacienda puso al servicio de su Departamento una perseverante energía y un espíritu de trabajo y de estudio que le permitieron dominar por completo los asuntos financieros y en especial los de comercio y de aduanas.

Con verdadero concepto económico afirmaba entonces Rodríguez Aldea que «no hay mejor plan de rentas que gastar poco, ni mejor impuesto que el más pequeño»; y así lo practicó, disminuyendo en lo posible los gastos y suprimiendo las contribuciones personales. Organizó las oficinas de Hacienda; estableció en Huasco un Banco de rescate de minerales y pastas metálicas; y para el fomento de la agricultura, la industria y el comercio, proyectó la fundación de otro Banco, formado con fondos nacionales y con fondos de accionistas, lo que no logró realizar por falta de capitalistas entre el público.

Fiel a sus principios económicos y a pesar de la extrema penuria del erario, no vaciló en declarar libre de derechos el comercio transandino, proveyendo así al bienestar de las clases

menesterosas y, a la vez, por la reciprocidad de la medida, a los intereses de nuestro comercio. De este modo, el laborioso Ministro acometía reformas que se consideraban demasiado avanzadas, como quiera que alteraban por completo el restrictivo régimen colonial.

Pero los azares y las preocupaciones económicas, con ser muy graves, no eran sino la consecuencia obligada de la situación por que atravezaba el país, que sólo podría hallar remedio en la sistematización de los impuestos, en la buena organización de los servicios públicos y en el trabajo y la producción que habrían de comenzar a manifestarse con los años de paz y de tranquilidad.

Desgraciadamente, el horizonte político se presentaba oscuro; y ni el prestigio del Director Supremo O'Higgins, ni sus grandes merecimientos fueron bastantes para detener la ola revolucionaria que traería al país días de angustias y dolores.

Al movimiento de franca rebelión en que luego se colocaron las provincias del sur y del norte de la República, siguió el descontento y la oposición tranquila, mesurada pero firme, de los principales vecinos de Santiago, los que en todo momento habían sabido asumir, digna y patrióticamente, las responsabilidades del poder y de los intereses de la nación.

El Gobierno de O'Higgins se había indispuesto con esta opinión sensata y preponderante de los hombres que le habían acompañado en sus grandes empresas y que aparecían, en seguida, eliminados de toda participación en los negocios del Estado.

Esa misma opinión señalaba como responsable de este divorcio al Ministro Rodríguez Aldea, y hacia él dirigía sus ataques y más duros reproches.

No sería este el momento de establecer lo que había de apasionamiento político y de verdad en esos juicios; pero es el hecho que la ola de impopularidad que envolvió al Ministro

Rodríguez Aldea en su caída, no tardó en arrastrar también al propio Director Supremo O'Higgins. El 7 de Enero de 1823 dimitía el Ministro Rodríguez Aldea; y el 28 del mismo mes abdicaba el Director Supremo en la memorable sesión que ha enaltecido el nombre de O'Higgins con esa aureola inmarcesible que da el sacrificio personal en aras de la tranquilidad pública y en interés de la nación.

Si hubo errores en aquella Administración, hijos fueron de las circunstancias más que de la culpa de los hombres; fueron, como lo dijo el mismo Director Supremo en el momento de su abdicación, «el efecto preciso de la época en que me ha tocado ejercer la suma del poder»; pero, en cambio, había correspondido al insigne Mandatario «dejar a Chile independiente «de toda dominación extranjera, respetado en el exterior y cubierto de gloria por sus hechos de armas».

EN EL DESTIERRO.

El Ministro Rodríguez Aldea siguió, como otros distinguidos patriotas, en el destierro la suerte del Director Supremo O'Higgins; pero ni las penalidades del ostracismo, ni las persecuciones de que fué víctima y que afrontó energicamente y con la altivez del hombre consciente de sus deberes y responsabilidades, abatieron su ánimo ni la firmeza de su carácter. Mantúvose fiel en su adhesión a O'Higgins, por cuyo regreso al seno de la patria luchó tenazmente.

ACTUACIÓN POSTERIOR

Desde que Rodríguez Aldea volvió a Chile, a principios de 1827, después de dos años de expatriación, fué activamente solicitado por los partidos políticos en que se hallaba dividida la opinión y que venían alternándose en el ejercicio del poder.

Porque en ese período, sobre ensayos de gobierno y gobiernos provisorios debatió el país estérilmente por espacio de siete

años, hasta que el movimiento político triunfante en 1830 logró cimentar el Gobierno sobre bases estables y aseguró una era de tranquilidad y de progreso.

Rodríguez Aldea, que había sido elegido senador por Concepción el año 1829, formó parte del Congreso de Plenipotenciarios en 1830, del cual fué nombrado Vicepresidente; durante el Gobierno del general Prieto tuvo una situación espectable y de influencia positiva en los Consejos de esa Administración, si bien se mantuvo, en la última época de su vida, alejado de la política y sólo consagrado al ejercicio de su profesión de abogado.

De ingenio pronto y fecundo, de carácter enérgico, de consumada habilidad y de gran poder de trabajo, se labró su camino en la vida por su propio valer, por sus esfuerzos y por su ilustración.

JUICIOS SOBRE RODRÍ- Dice el señor Amunátegui en su
GUEZ ALDEA. obra *La Dictadura de O'Higgins* que
«Rodríguez Aldea era un hombre de
« alta capacidad, uno de los primeros
« abogados de América».

El señor Barros Arana, al apreciar la actuación del Ministro Rodríguez Aldea, declara que «desplegó mayor actividad e inteligencia que los otros Ministros de ese ramo; y si alguna de sus medidas financieras se resentían del imperfecto conocimiento de los negocios públicos y del apego a las antiguas prácticas administrativas, etc., es lo cierto que ese Ministro consiguió regularizar en lo posible las oficinas de Hacienda e introducir útiles reformas».

Después de observar algunas de sus primeras disposiciones, agrega: «pero otras medidas de más alto alcance vinieron en breve a demostrar que en la dirección de la hacienda pública, como en las demás ramas de la Administración, se abrió un período de útiles reformas»; entre las cuales cita el proyecto de ley presentado por el Gobierno y sancionado por el Senado, sobre la erección de Valparaíso como entrepuerto general del Pacífico, y la creación de almacenes francos. «Este proyecto,

dice el mismo historiador, «fué el germen de un gran progreso
« comercial y del inmenso desarrollo que había de tomar Val-
« paraíso, convirtiéndose de miserable villorrio que era enton-
« ces, en la primera plaza mercantil de estos mares». Estas
medidas progresistas y liberales merecieron con justicia el
aplausos del comercio. Y agrega, por último: «Ese senado con-
« sulto es una de las muestras más honrosas del espíritu libe-
« ral e ilustrado del nuevo Gobierno».

Fué de este modo Rodríguez Aldea el precursor de la verdadera organización del Ministerio de Hacienda y de las importantes reformas que habrían de realizarse más tarde en esa rama de nuestros servicios públicos.

Cuando falleció, el 3 de Junio de 1841, escribió para su tumba este epitafio don Mariano Egaña:

«Don José Rodríguez Aldea, sabio profundo, filósofo modesto, jurisconsulto y literato eminente», palabras que encierran un testimonio doblemente autorizado:

Primero, por ser la opinión de uno de los hombres más respetables de ese tiempo por su honradez acrisolada y porque reunía las más excelsas virtudes del hombre público; y, en seguida, por proceder esos honrosos conceptos del hijo de don Juan Egaña, aquel varón eminente que purgó durante más de tres años en el presidio de Juan Fernández, junto con otros patriotas y con el mismo don Mariano, el delito de fidelidad a la patria y a la causa de la emancipación.

Por estas circunstancias y por haber sido además contemporáneo de los sucesos en que actuó Rodríguez Aldea, se hallaba don Mariano Egaña especialmente calificado para juzgar al Asesor del ejército realista y Fiscal de la Real Audiencia de Chile.

SEÑORES ACADÉMICOS:

He procurado bosquejar la vida de un hombre ilustre, relacionándola, hasta donde me lo permitían las circunstancias y mis múltiples afanes, con escuelas y con hombres que han profeso el culto de la poesía, y relacionándola también con una

breve historia de su progenitor, cuya actuación fué sagaz y valiente en graves días de la patria.

No reclamo, señores, vuestra indulgencia por mi escaso trabajo, porque ya me la anticipásteis al llamarme a ocupar este sitio que tanto honrara el señor Rodríguez Velasco, literato prestigioso a la vez que político distinguido, de respetable tradición, de nobles ideales y acendrado patriotismo.

LUIS BARROS BORGOÑO.

DISCURSO EN RESPUESTA AL ANTERIOR

Profunda satisfacción experimenta esta Academia al recibir en su seno a don Luis Barros Borgoño, nombrado para suceder a don Luis Rodríguez Velasco.

Uno y otro son genuinos representantes de las letras chilenas: éste con la fluidez y galanura de sus versos; y aquél con la sabiduría de sus lecciones históricas.

Con Rodríguez Velasco murió entre nosotros la poesía romántica, que alegró las veladas de medio siglo, y despertó en muchas generaciones los sentimientos nobles y generosos de la eterna juventud.

Barros Borgoño es uno de los cultores más hábiles y distinguidos de la historia, género sin duda predilecto en la literatura de nuestro país, desde don Alonso de Ercilla, que cantó en inspiradas octavas las campañas de Arauco, hasta don José Toribio Medina, que ha dado remate provisional a una labor de cincuenta años con la más minuciosa y exacta investigación conocida de las hazañas de Fernando de Magallanes.

El nuevo y querido colega que va a ocupar un asiento entre nosotros nació a la vida en el mismo año en que su antecesor daba a la prensa las primeras composiciones de su fecunda lira. De esta suerte va eslabonando el destino los múltiples anillos de la gran cadena humana, y vá preparando el éxito, próspero o adverso, de las variadas agrupaciones, o pueblos, que constituyen la más preciada joya de nuestro planeta.

Educado don Luis Barros Borgoño en el Instituto Nacional durante el rectorado de Barros Arana, formó su espíritu bajo la dirección de este eximio maestro; e influido por él, adquirió irresistible afición a los estudios del pasado. Pocas carreras más brillantes y más llenas que la del nuevo académico: político activo en graves situaciones de la vida nacional; abogado y relator en las Cortes de Justicia; profesor, puede decirse, desde su niñez; Ministro de Estado muchas veces; y jefe de la principal institución de crédito del país, nunca olvidó sus primeros amores. Siempre que las circunstancias le han dado tiempo para hacerlo, ha vuelto a estudiar con entusiasmo y con afecto, los períodos interesantes de la historia patria.

Su obra de mayor valor, por la concienzuda investigación que revela, es *La misión del vicario apostólico don Juan Muzi*, que publicó cuando sólo había llegado a la mayor edad.

El gobierno de don Domingo Santa María acababa de romper negociaciones con la Santa Sede a causa de la provisión del Arzobispado de Santiago. El delegado apostólico Monseñor Del Frate había recibido con sus pasaportes del Ministro de Relaciones Exteriores la perentoria indicación de que debía salir del país. La atmósfera política había llegado a una temperatura muy alta. El clero se presentaba unido i amenazante; el Gobierno, armado de sus facultades legales, pronto a defenderse; la sociedad, dividida y agitada.

En estas circunstancias, don Luis Barros Borgoño, jefe de sección entonces en el Ministerio de Relaciones Exteriores, dió a luz su importante libro, en el cual mostró cualidades propias de un hombre maduro antes que la impetuosidad y ardimiento naturales a la juventud.

El plan de la obra estaba bien concebido; y en ella aprovechaba su autor todos los documentos oficiales.

Ahora que, gracias al espíritu liberal de la Santidad de León XIII, es permitido consultar los archivos del Vaticano, el señor Barros Borgoño podría publicar una segunda edición mucho más completa que la primera.

A pesar de sus deficiencias, ese trabajo nos reveló un historiador de verdad. Si las necesidades de la vida, y graves labores políticas y administrativas no le hubieran estorbado, el se-

ñor Barros Borgoño habría escrito numerosos capítulos de la historia patria semejantes al que le dió renombre en los albores de su carrera pública.

La historia de la Misión Muzi no sólo constituye un episodio interesante de las relaciones entre el gobierno de Chile y la iglesia romana sino también uno de los cuadros más sugestivos de la revolución de la independencia de América.

La Santa Sede estaba estrechamente ligada, en el orden religioso y en el orden político, con Su Majestad Católica, o sea, el Rey de España, desde la gloriosa fecha del descubrimiento de América, ocurrido en el mismo año de la conquista de Granada. Alejandro VI, de nacionalidad española, concedió a Fernando y a Isabel, reyes de Aragón y de Castilla, el dominio de las tierras descubiertas por Colón. Años más tarde, Adriano VI reconoció al Emperador Carlos V, de quien había sido preceptor, los privilegios del real patronato, entre los cuales iba incluido el derecho de presentar personas idóneas para los obispados de España y de sus colonias americanas.

La acendrada fe de los españoles, robustecida en el ardiente crisol de la lucha ocho veces secular contra los musulmanes, había constituido a la monarquía de Carlos V y de Felipe II en la más poderosa defensa de la autoridad pontificia.

Esta última, a su vez, servía a menudo de inexpugnable baluarte en pro de la regia e imperial corona.

La norma política que debía de observar el supremo jefe de la iglesia católica en la contienda emprendida contra España por sus colonias del Nuevo Mundo, se hallaba de antemano trazada por los acontecimientos de once siglos.

Durante veinticinco años, desde la invasión de la Península por el ejército de Napoleón hasta la muerte del rey Fernando VII, la Santa Sede apoyó tenazmente la causa de Su Majestad Católica, y se negó a reconocer, aún después del triunfo de Ayacucho, la independencia de las nuevas nacionalidades.

Para comprender bien la importancia de los sacrificios que exigió a la Santa Sede esta lealtad inquebrantable, es preciso recordar cuál era el estado calamitoso de las iglesias hispano-americanas a los pocos años de iniciarse aquella sangrienta lucha. No sólo el clero de cada uno de estos países se mostraba

dividido en dos bandos irreconciliables, con grave daño para sus greyes, sino que muchas iglesias carecían de obispos y pastores.

Millones de fieles, desde Méjico hasta Buenos Aires, clamaban al sucesor de San Pedro, por conducto de sus gobiernos, para que fueran reemplazados los obispos fallecidos o ausentes.

Por su parte, el Sumo Pontífice sufría angustias de muerte cuando atravesaba su imaginación la posibilidad de que los disidentes de Norte América aprovecharan este desamparo de los católicos para introducir sus opiniones heréticas en los virreynatos y capitanías generales (1).

Fijada la línea de conducta que se había impuesto a sí mismo, el Pontífice Romano, en el período transcurrido entre 1808 y 1820, no pensó siquiera en proveer los obispados de América sin la intervención de Fernando VII.

Por lo demás, en ese último año, a pesar de la sublevación de Riego, Pío VII se encontró cohibido para hacerlo por la resistencia tenaz del Rey de España, quien no cesaba de reclamar las regalías inherentes a su real patronato.

Algún tiempo mas tarde, el Embajador español en Roma propuso a la Santa Sede un singular procedimiento, que, en su criterio, dejaba a salvo los derechos de Su Majestad Católica, y permitía que la Curia Romana satisficiera las necesidades de la iglesia en América, sin desahuciar públicamente las pretensiones de los revolucionarios.

En cada caso, el Rey ofrecía enviar secretamente al Papa una lista de candidatos, entre los cuales Su Santidad podría elegir a los que juzgara idóneos para obispos.

León XII, que había sucedido a Pío VII, se negó a aceptar este procedimiento clandestino.

Corría entonces el año de 1827, en el cual el Papa, por pri-

(1) Lucas Ayarragaray, *La iglesia en América y la dominación española, Buenos Aires, 1920*. He aprovechado muchas de las noticias reunidas en esta obra, que el autor, Ministro Plenipotenciario de la República Argentina en Roma, recogió en el archivo secreto del Vaticano, en el de la «Propaganda Fide» y en el de la Embajada de España ante la Santa Sede. La segunda parte del libro del señor Ayarragaray ofrece un cuadro de gran interés sobre los conflictos diplomáticos entre el Papa y Fernando VII.

mera vez, después de quince años de constante negativa, preconizó obispos propietarios para Colombia.

Desde mucho antes, sin embargo, los nuevos gobiernos americanos habían sostenido con altivez que en el Nuevo Mundo les correspondía a ellos, por derecho propio, el ejercicio del patronato, y nó a la Corona de España.

Numerosos ministros y agentes habían sido enviados con tal objeto a Roma desde 1820, sin que hubieran conseguido su reconocimiento por la Curia Pontificia.

En estas circunstancias, llegó a Italia el arcediano de la catedral de Santiago de Chile, don José Ignacio Cienfuegos, acreditado por nuestro gobierno.

La ocasion no podía ser más propicia. El rey de España se hallaba encerrado en el puerto de Cádiz, en manos de sus adversarios políticos, quienes le mantenían prisionero.

Aún cuando Pío VII no admitió al arcediano Cienfuegos en su carácter diplomático, y expresamente le hizo saber desde el primer día que no reconocía «otra cabeza suprema de las Provincias de Chile» que el rey Fernando VII, accedió a nombrar un vicario apostólico para que pusiera remedio a los males producidos en nuestro país por la lucha religiosa.

Tales son el origen y la explicación de la venida a América del arzobispo Muzi, único legado pontificio enviado a estas repúblicas en aquellos años críticos.

El vicario apostólico fracasó por completo, no sólo a causa de la desconfianza que despertó entre los patriotas, sino principalmente por la ardorosa pasión con que procedían unos contra otros los miembros más conspicuos del clero chileno.

Cuando Monseñor Muzi se alejó de América, a principios de 1825, Fernando VII había recuperado la libertad, gracias a la intervención del ejército francés, y establecido nuevamente el régimen absoluto.

Tan luego como el rey volvió a adquirir la plenitud de sus atribuciones, a principios de 1824, solicitó del Papa que ejercitara su poderosa influencia en la contienda americana.

En 30 de Enero de 1816, Pío VII había expedido un esforzado breve a los obispos y demás eclesiásticos del Nuevo Mun-

do a fin de que aconsejaran a sus fieles la obediencia a las autoridades españolas.

«Fácilmente, les decía, lograréis tan santo objeto, si cada uno de vosotros demuestra a sus ovejas, con todo el celo que pueda, los terribles y gravísimos perjuicios de la rebelion; si presenta las singulares virtudes de nuestro carísimo hijo en Jesucristo, Fernando, vuestro rey católico para quien nada hay más precioso que la religion y la felicidad de sus súbditos; y, finalmente, si les ponéis a la vista los sublimes e inmortales ejemplos que han dado a la Europa los españoles que despreciaron vidas y bienes para demostrar su invencible adhesion a la fe, y su lealtad hacia el Soberano».

El Embajador español en Roma recibió de su gobierno, en el recordado año de 1824, instrucciones precisas para que tratara de conseguir de León XII un breve parecido al de su antecesor Pío VII.

En dos puntos insistió porfiadamente el representante oficial del Rey Católico: el breve debía ser dirigido a todos los obispos americanos y debía repetir en toda su integridad el párrafo transcrito en elogio del rey Fernando.

Con profunda sorpresa, algún tiempo después, se impuso el Embajador de que el breve solicitado, el cual llevaba por fecha la de 24 de Septiembre de 1824 (1), se dirigía únicamente a los arzobispos y obispos de la América Meridional, y no contenía el párrafo aludido sobre las virtudes de Fernando VII.

Evidentemente, León XII había juzgado inútil y talvez peligroso exhortar a los obispos de la República de Méjico, cuya independendencia se hallaba asegurada desde mediados del mismo año; y, de igual modo, no había creído oportuna la repetición de las alabanzas estampadas por su antecesor en favor de la persona del rei Fernando.

No hay duda de que el Pontífice había cambiado de criterio sobre la conducta política de aquel monarca. Y ¡con sobrada razón para ello!

¡De qué censuras no debía hacerse muy luego acreedor el rey Fernando VII, quién, a pesar de las terminantes comuni-

(1) El texto fidedigno de este breve puede leerse en la obra de Ayarza-garay, en la página 186.

caciones de su Ministro en Roma, publicó, como auténtico, en la *Gaceta de Madrid*, el breve de 24 de Septiembre con agregaciones expresamente rechazadas por el Papa!

«La Gaceta» de 10 de Febrero de 1825 encabezaba el mencionado documento con estas palabras: *A los venerables hermanos los arzobispos y obispos de América*; e insertaba en el texto el entusiasta elogio del Rey de España hecho en 1816 por la Santidad de Pío VII. En todo lo demás, correspondía exactamente al breve expedido por León XII.

El Gobierno de Chile se alarmó de un modo extraordinario cuando tuvo conocimiento por don Mariano Egaña, nuestro Ministro en Londres, del breve publicado en la Península; y manifestó al obispo de Santiago, Rodríguez Zorrilla, por nota del Ministro de Estado don Juan de Dios Vial del Río, la conveniencia de que, para evitar agitaciones públicas, instruyera al pueblo sobre sus deberes cívicos.

El señor Barros Borgoño, en su obra sobre la *Misión Muzi*, refiere que el obispo anunció a su grey una pastoral sobre el asunto; pero que no cumplió esta formal promesa.

El breve auténtico de León XII no obtuvo el *exequatur* de Fernando, VII y, por tanto, no fué oficialmente comunicado a los obispos de la América del Sur; pero el breve con añadiduras de la *Gaceta de Madrid* divulgóse pronto en todo el orbe cristiano y dió origen a violentas censuras de parte de los amigos de la independencia americana.

En Colombia provocó algunas agitaciones de importancia; y en Londres, amargos comentarios en los periódicos redactados por escritores nacidos en América, o por españoles que simpatizaban con la causa de la libertad (1).

El momento era crítico para las nacientes repúblicas del Nuevo Mundo.

Cuando se tuvo noticia en la capital de Inglaterra del breve pontificio, el gobierno de S. M. Británica acababa de reconocer la independencia de Méjico, de Colombia y de las provincias del Río de la Plata.

(1) *Encíclica del Papa León XII contra la independencia de la América Española*, por don Miguel Luis Amunátegui. Santiago, 1874.

Se comprende, pues, perfectamente la excitación causada por el mencionado documento en el ánimo de los publicistas españoles o americanos que entónces residían en la Corte de Londres.

Entretanto, Fernando VII conservaba la serenidad propia de un diestro político; y, haciéndose desentendido del fraude ideado por él en la *Gaceta de Madrid*, rogó a Su Santidad, por medio del Embajador en Roma, que expidiera un nuevo breve, dirigido esta vez a todos los obispos americanos, con el mismo fin de que predicaran a sus fieles la obediencia a la autoridad del rey.

León XII, que, o no conocía los últimos enredos del monarca español, o no les daba importancia, firmó en 30 de Agosto de 1825 el breve que tanto deseaba Fernando VII (1).

El Pontífice habló en esta ocasión «a los arzobispos y obispos, y a los demás ordinarios que existían en los dominios de España».

La alocución del Santo Padre se inspiró, por cierto, en los mismos sentimientos adversos expresados en el año anterior acerca de la revolución americana.

Justo es advertir, sin embargo, que no elogió las virtudes personales del Rey según la fórmula de Pío VII.

Este breve, como el de 1824 y el de 1816, no obtuvo los resultados que esperaba la Corte Española. El triunfo de Ayacucho había sido el golpe de gracia para la monarquía en América.

La muerte de Fernando VII, por otra parte, puso feliz término al conflicto religioso entre la Santa Sede y las nuevas naciones. El sucesor de San Pedro reconoció la independencia de ellas; y el patronato real se transformó en republicano.

Su Majestad Católica no podía exigir más del Sumo Pontífice, quién, por espacio de veinticinco años, en defensa de la monarquía, llegó a exponer a grandes peligros los sagrados intereses de la fé, y comprometió ciertamente a los ojos de los católicos del Nuevo Mundo su alto prestigio político.

(1) Este breve se halla *in extenso* en el tomo 2.º de los *Discursos Parlamentarios*, de don Miguel Luis Amunátegui, página 136.

Fué sin duda desgraciadísimo este período para la Santa Sede en lo que tocaba a sus relaciones con los Nuevos Estados de Hispano-América.

Obedeciendo a la rijidez de un criterio secular, el Pontífice Romano no atendió como era debido a las necesidades espirituales de los fieles de Nuestro Continente. Es verdad que ésta conducta inflexible no les hizo perder la fé, como el propio Papa llegó a temerlo; pero también es cierto que si el Jefe de la Iglesia hubiera procedido en otra forma, de seguro conquistara en las antiguas colonias de España una influencia incontrastable e hiciera desaparecer graves causas de futuros conflictos.

Y, para ello, no habría sido necesario el reconocimiento de la independencia americana. Bastaba que el Sumo Pontífice hubiera dado la institución canónica, como lo hizo en 1827, a los obispos propuestos por los nuevos gobiernos.

Manteniéndose ageno a aquella gran contienda, el Jefe de la Iglesia Católica no habría visto disminuído en estos países el legítimo prestigio que le correspondía.

Desgraciadamente, sólo en nuestro tiempo, desde el pontificado de León XIII, domina en el Vaticano una franca política de prescindencia en las luchas civiles.

Grato es para los individuos de esta Academia dejar testimonio en tan señalada ocasión de que el ilustre prelado que gobierna la arquidiócesis de Santiago, y preside nuestras sesiones, ajusta estrictamente sus actos a los principios fijados por aquel egregio Pontífice.

El feliz éxito de la nueva política romana ha sido manifiesto en las naciones europeas. «La mas antigua y la mas alta de las grandes personalidades morales en el campo internacional, el Papa, escribe un notable publicista francés (1), permanece después de la guerra como la autoridad más respetable y atendida». «Diplomáticos, agrega, hasta hoy desconocidos, o desde hace mucho tiempo ausentes, forman imponente cortejo alrededor de la Santa Sede: Polonia, Checo-Eslovaquia, el Reino Servio-Croata-Eslovaco, Rumania, Austria, Hungría, Ukrania,

(1) Artículo de M. René Pinon en la *Revista de Ambos Mundos* de 15 Marzo de este año.

sin contar a los más pequeños, mantienen allí sus representantes. La Suiza acaba de enviar el suyo, y Alemania, por fin, ha acreditado un embajador».

La misión Muzi del señor Barros Borgoño forma un conjunto hábilmente dispuesto, de interesantísimas noticias sobre el triste estado de la Iglesia en Chile durante la última época de la guerra de la independencia; y presenta uno de los capítulos más animados de la historia eclesiástica de América.

El nuevo Académico ha escrito varias otras obras históricas de importancia, entre las cuales sobresale su *Curso de Historia General*, destinado a los estudiantes de humanidades.

Las condiciones didácticas de este libro lo recomiendan en modo extraordinario para instruir a los alumnos de las Escuelas y Liceos.

El estilo de su autor es claro, sencillo y lleno de vida.

Dueño de una vasta ilustración, y de un conocimiento completo en la historia europea y americana, el señor Barros Borgoño agrupa los acontecimientos principales en forma de cuadros, que narran el desarrollo de los sucesos sin aparato alguno de pesada erudición ni de fechas indigestas.

Digna de especial elogio es la parte del *Curso* consagrada a las campañas de la independencia en la América Latina.

En los diez capítulos que componen esta sección de la obra, don Luis Barros Borgoño hace una pintura exactísima de las luchas políticas y militares que tuvieron por resultado la libertad de nuestro Continente.

Dedica todo un capítulo a los dos imperios establecidos en los principios del siglo XIX: el de Iturbide en México, derribado a los pocos meses de nacer, y el de don Pedro I en el Brasil, cuya existencia no duró lo que alcanza a menudo la vida de un hombre.

Describe con entusiasmo las campañas de Miranda, el precursor, y los triunfos de Bolívar, el libertador; anota con exactitud las derrotas inglesas en el Río de la Plata, y los combates heroicos de don Manuel Belgrano, en el Paraguay, en Montevideo y en Charcas; y se detiene con cariño cuando explica la génesis de la revolución chilena, y contrapone las sombras trá-

gicas de la Patria Vieja a las rápidas victorias de la Patria Nueva.

Las hazañas de O'Higgins y Carrera prepararon el campo al genio de San Martín; y, después de haber conquistado el dominio del mar, gracias al valor e intrepidez de O'Brien, de Blanco Encalada y de Cochrane, nuestra República lanzó al Perú sus huestes vencedoras bajo el mando del héroe argentino, con el orgulloso plan de libertar el caduco virreinato.

La independencia del Perú sólo se obtuvo gracias al concurso de Chile, de Colombia y de Argentina. Era el último baluarte del Rey de España.

Las austeras páginas de la historia presentan estrechamente unidas las banderas sud-americanas en la llanura de Ayacucho. ¡Hagamos votos por que en el primer aniversario secular de este inmenso triunfo no haya reyertas entre los hermanos, y puedan ellos volver a abrazarse como en aquel glorioso día!

La imparcialidad y el espíritu liberal que animan la pluma del señor Barros Borgoño avaloran su obra de tal suerte que merecería ser adoptada en todas las escuelas de América.

El nuevo académico se halla lejos de haber puesto fin a su carrera de escritor. Albacea fiduciario de Barros Arana, guarda los papeles y documentos del grande historiógrafo; su correspondencia oficial y privada; y las preciosas copias de las obras inéditas que él recogió en infatigable rebusca.

En este magnífico arsenal, don Luis Barros Borgoño encontrará sin duda interesantes temas para nuevos libros. El sabe demasiado bien que el cultivo de las letras produce nobles goces y no miserables decepciones. La recompensa que ellas ofrecen siempre son laureles dignos del talento y de la virtud.

DOMINGO AMUNÁTEGUI SOLAR

EL CENTENARIO DE LA MUERTE DE NAPOLEÓN

¡Napoleón! Ningún otro nombre hay en la historia tan poderosamente evocador y que tanto diga con el solo mágico ruido de sus sílabas a la imaginación y a la inteligencia. Ninguna otra vida excita como la de este hombre el deseo de conocerla, de investigarla, de entrar en sus secretos. Ninguna otra alma de cuantas han animado cuerpos humanos despierta como esta una ardiente curiosidad de familiarizarnos con ella, de entenderla, de sorprenderle sus resortes maravillosos. Ninguna otra muerte ni de héroe, ni de sabio, ni de apóstol, ni de reformador, ni de artista, ni de soberano, parece tan trágica y solemne como la agonía que un pequeño grupo de fieles servidores presencié, aterrado y dolorido, como ante una catástrofe universal, en la tarde del 5 de Mayo de 1821.

La tragedia de Santa Elena ha sido cien veces escrita y abundan sobre ella los documentos de los que fueron actores o espectadores en los últimos años y las horas postreras del Emperador. Todos los que acompañaban a Napoleón en su destierro y gran parte de sus carceleros han escrito memorias, llevaban diarios, hacían anotaciones, recogían los actos y las palabras del personaje extraordinario a quién tenían el privilegio tan envidiado de ver todos los días en relativa intimidad unos, en intimidad perfecta unos pocos. Todos han escrito, Las Cases, Gourgaud y Montholon, como el médico Antonmarchi, como O'Meara, como los ingleses Maitland, Glover y Cockburn, como una serie de damas británicas, a algunas de las cuales se deben los desatinos más curiosos que se hayan publicado sobre ese período.

Hay una biblioteca enorme sobre Santa Elena y solo una crítica severa y muy cuidadosa puede deslindar en ella lo que es sincero y preciso y reflejo exacto de la realidad, de lo que

es, o fruto de la imaginación de los que escribían o de la vanidad con que deseaban mostrarse ante el mundo como íntimos del Emperador. No todos escribían para hacer historia. Hay muchos de esos libros en que se advierte simplemente un propósito comercial de satisfacer la inmensa curiosidad que en el mundo despertaba Santa Elena con su prisionero. Hay otros cuyas memorias han sido revisadas, corregidas y truncadas para servir fines políticos.

El único que nada ha escrito es el Mariscal Bertrand, el soldado admirable, el amigo, acaso el único amigo, que con su mujer dieron a Napoleón en sus años de martirio y en su agonía el único afecto hondo, sincero, incondicional que tuvo después de la caída y entibiaron con su abnegación absoluta esos días en que su cuerpo se iba helando y su alma prisionera se agitaba en la desesperación impotente. Bertrand y su esposa nada escribieron, porque no estaban allí para hacer literatura, ni para saciar curiosidades, sino para amarlo, para servirlo, para ofrecerle en cada instante el sacrificio de su vida misma si fuera necesario.

De entre todo ese fárrago de Memorias, algunas de las cuales han sido definitivamente desacreditadas por la crítica, el 5 de Mayo de 1821 se desprende como el terrible final de una tragedia larga y angustiosa. El Emperador, enfermo desde muchos meses, agotado por el clima y la falta de ejercicio, atormentado por el mezquino tratamiento que recibe y que será un perpetuo baldón para las autoridades inglesas, lucha con la muerte, desplegando las últimas energías de una voluntad que no ha sido igualada por la de otro hombre. Es como una ave enorme de la altura que ha vivido sobre las cumbres, que ha volado por el espacio inmenso, que ha sido señora del mundo, que ha tenido un campo ilimitado para las actividades de su cuerpo infatigable y de su inteligencia sobre-humana, y que encerrada en una jaula se estrella contra los hierros, se revuelve contra sus enemigos, y por último se hunde lentamente en una melancolía amarga. Rehusa someterse al destino porque está habituado a dominarlo y hacerlo servir a sus propósitos.

Lo roe un mal que la ciencia médica no entiende bien y que solo la psicología puede explicar.

Así se comprende que los médicos no se dieran cuenta de la gravedad del Emperador sino cuando ya iba a morir, y Arnott, el más verídico de ellos, que comienza a atenderlo el 1.º de Abril, revela en sus informes que no tiene conciencia cabal de que se halla delante de un hombre a quien solo quedan pocos días de vida.

Es cierto que el Emperador se ha quejado por largo tiempo de perturbaciones al hígado y ha escrito a su hermana Paulina que el clima de Santa Elena lo mata, que hay allí una enfermedad endémica, una especie de paludismo; pero flota siempre sobre las quejas de Napoleón la duda de que sean inspiradas por su deseo de cambiar de prisión, de inspirar simpatías para su causa, de crear dificultades a sus carceleros, de hacer pesar sobre los ingleses y ante el tribunal del mundo la culpa de haberlo asesinado a pausas.

Desde los últimos días de Abril el Emperador ha tenido horas de delirio. Su razón comienza a nublarse. Su prodigiosa imaginación le presenta visiones del pasado que lo exaltan y exasperan. Todo revela que esos días han debido ser de tortura infinita. La más grande energía humana que hayamos conocido se bate fieramente con la destrucción inevitable, la mayor de las inteligencias rechaza las sombras que la invaden. El cerebro más poderoso que abrigó jamás un cráneo humano parece reclamar en esas horas el derecho a una inmortalidad de alma y cuerpo y negar a la naturaleza el de aplicarle sus leyes.

El médico Arnott sólo se ha dado cuenta ocho días antes de la muerte de que su enfermo se moría. Ni las autoridades de la isla ni el Gobierno inglés han tenido una noción clara de que el fin se acercaba y debemos pensar, para no ofender a la humanidad, que si la hubieran tenido habrían suspendido algunas de las ridículas y mezquinas reglas a que tenían sometido al prisionero y con las cuales tan inútilmente lo atormentaron durante seis años, mostrando lo que lo temían y dejando en desnudez vergonzosa su incomprensión.

El 5 de Mayo Napoleón estaba ya sin conocimiento. Su agonía había comenzado mucho antes y sólo vivía sostenido por su formidable voluntad que la muerte debía vencer después de una lucha como acaso no le ha ofrecido ningún otro organismo humano. De los testigos de Longwood que refieren los incidentes de ese día, Antonmarchí es el más prolijo, pero hoy se sabe que este mercader de recuerdos napoleónicos ni siquiera ha estado en la alcoba del Emperador en las horas en que le atribuye expresiones y actos. El más digno de fé es Montholon y su versión debe ser aceptada como la que más se acerca a la verdad.

En la madrugada del 5, Montholon oyó que el Emperador pronunciaba en su delirio algunas frases confusas y de entre ellas pudo distinguir estas palabras: «¡France!... ¡armée!... *tête d'armée!*». Son las últimas ideas que cruzando su cerebro alcanzan a formularse en palabras. Es la postrera vez que oídos humanos han escuchado la voz que había dictado órdenes a millones de hombres, sugestionado a las multitudes, dado leyes a los soberanos, llenado el mundo con su eco imperecedero. Y esas palabras y esos pensamientos encerraban como el resumen de su vida. Francia, la nación que había amado con el más grande y talvez el único verdadero amor de su alma. El ejército que había sido el gigantesco, dócil y genial instrumento con que forjara sus glorias y cambiara el rumbo de los sucesos humanos. *Tête d'armée*, cabeza de ejército, caudillo, jefe, porque toda la humanidad había sido para él un ejército incontable a la cabeza del cual marchaba en una carrera cuyo súbito fin le parecía incomprensible como una injusticia del destino que lo había traicionado y contra el cual hasta su última hora se revuelve enfurecido.

Al pronunciar esas palabras sus ojos se abrieron irritados, dominadores, terribles, como en los días en que sus iras derribaban tronos y humillaban naciones, y en un esfuerzo supremo saltó del lecho agitando los brazos. Montholon y Archambault lo recibieron en los suyos en el instante en que, agotado este último resto de energía, caía al suelo. La violencia del movimiento fué tal que arrastró a Montholon en la caída, y sus convulsiones y su resistencia eran todavía de tal fuerza que entre los dos fieles ser-

vidores tuvieron dificultad para volverlo al lecho. Después no da más señales de vivir que la respiración y los latidos del pulso. A las seis de la tarde se duerme para siempre en el sueño de que no debía despertar. El Emperador ha muerto, y su rostro finalmente sereno, afinado por el dolor, adelgazado por la enfermedad, muy pálido, con algo del mármol de una estatua antigua, cobra de nuevo la belleza singular de su juventud y, muerto, el Emperador se parece al joven general de las campañas de Italia, al hombre del puente de Arcola.

Todos los testigos de la escena final están acordes en un detalle que hiere la imaginación. La isla estaba esa tarde sacudida por una tempestad de las que son frecuentes en aquel clima tropical. Un huracan había arrancado los árboles que el Emperador plantara cuando con unos jardineros chinos quiso matar con esfuerzos físicos la monotonía devoradora de sus días y la exaltación de sus recuerdos torturantes, y el sauce bajo el cual tantas veces le habían visto sentarse meditabundo, con la frente y los ojos cargados de desesperación, había caído al embate furioso del viento. Y mientras la naturaleza parecía estremecerse, como si aquella muerte de un hombre fuera el tránsito de un dios, Bertrand ponía piadosamente sobre el cuerpo inmóvil el manto de Marengo.

Podemos imaginar sin esfuerzo la sensación producida en el mundo por la caída final del hombre del Destino. Después de Waterloo las potencias europeas, tras de aherrar a Napoleón en una isla, en medio del océano, habían comenzado la tarea de destruir su obra y de reconstruir el viejo mundo caído a los golpes de su genio. Pero aun después de haber desnecho su ejército, de haber restaurado a los Borbones, de haber borrado donde era posible la inicial de su nombre y las abejas de su manto, temblaban en París, en Londres y en Viena ante la posibilidad de que el preso escapara, de que sus amigos conspiraran, de que apareciera un día de nuevo como después de Elba.

Su muerte produjo en las Potencias una sensación de alivio. Un problema desaparecía. Aun muerto lo temían y debían oponerse a la traslación de sus restos a Francia, que sólo 16 años

después entrarían bajo la cúpula de los Inválidos para que se cumpliera su voluntad suprema: «Quiero que mis cenizas descansen a orillas del Sena, en medio de ese pueblo francés que tanto he amado».

La leyenda napoleónica existe antes de la muerte del héroe; la imaginación popular se ha apoderado de su figura, de sus hechos, de sus palabras y los ha agrandado, sublimado, adaptado a su interpretación de la personalidad extraordinaria. Pero la muerte eleva la leyenda a la categoría de uno de esos episodios que no son muchos en la historia y que pertenecen en parte a la relación exacta de los sucesos y en mucha mayor parte aun a la obra de la admiración, del asombro y del amor de las multitudes.

La poesía contribuye desde el primer instante a ajigantar la leyenda que apenas si necesitaba más que los hechos mismos sin comentarios para llegar a ser un tesoro de la imaginación de todos los hombres de todas las razas. El gran poeta italiano Alejandro Manzoni recoge en una oda maravillosa el pensamiento de los contemporáneos. Sus imágenes, impregnadas del misticismo heroico del temperamento del poeta, son gigantes como el asunto. La tierra ha quedado muda al anuncio de la muerte del héroe y no sabe cuando volverá a herir su polvo una planta semejante de pié mortal. ¿Fué verdadera su gloria? se pregunta el poeta, acosado ya por el pensamiento que mas tarde y hoy mismo discuten los historiadores. Que la posteridad responda; al borde de su tumba sólo cabe inclinar la frente ante el Supremo Hacedor que quiso dejar en él una huella mas vasta de su espíritu creador. Y lo canta en sus glorias militares, en los días de su poder sin límites, en los de su caída, en el destierro, cuando tantas veces con los brazos cruzados sobre el pecho, inclinados hacia la tierra los fulmineos rayos de sus miradas, en el silencio de una tarde ociosa, se quedó pensando en el pasado y volvió a las visiones de sus horas ardientes. Y Manzoni, espíritu religioso hasta el misticismo, apostrofa a la Iglesia Católica y exclama al recordar que Napoleón ha muerto confesando la fé Católica: «Alegrate, ¡oh fé, habituada a los triunfos! porque nunca se inclinó una cabeza mas alta ante el suplicio del Gólgota».

Mientras los pueblos crean paralelamente a la historia y confundida con ella la leyenda de Napoleón, sabios, gobiernos, amigos y adversarios inician el culto napoleónico guardando como sagrados todos los objetos que tocó su mano. Sus ropas, sus utensilios, sus armas, todo se acumula en el fondo de los arcones, esperando la hora en que los museos los reclamaran. Lo que ha dicho y lo que se creyó oírle, la mezcla singular y poética de sus frases reales y de las que sus adoradores le atribuyen, todo se almacena en la memoria de sus contemporáneos y será transmitido hasta nosotros. Cada generación agregará desde entónces algo al enorme mito, a la historia maravillosa que ya parece todo un sistema mitológico, un símbolo más que una realidad.

En vano los políticos enconados y temerosos a quienes aún la silueta del sombrero y el redingote hacen temblar, intentan borrar sus huellas. Es tarea superior a las fuerzas de unos cuantos ministros, superior a la débil voluntad de los Reyes vacilantes. Toda la Francia está marcada para siempre con la letra N envuelta en la corona de laureles. Cien monumentos magníficos llevan esa firma y en el viejo Louvre ella ha ido a inscribirse junto a la L del gran Luis. La columna de la Plaza Vendome lleva su efígie vestida como un Emperador de Roma. El arco del Carroussel tiene la cuadriga de su carro victorioso, el de la Estrella se alza como un portento de la tierra, testimonio perenne de las glorias francesas, y el agua que pasa como los días y los años y los siglos bajo los puentes del Sena salpica la letra inmortal gravada en la clave de sus arcos.

Desde la Normandia y la Bretaña hasta los montes del Delfinado y la Savoya, desde Calais hasta Marsella, todo el territorio es suyo, en todas partes ha escrito su paso, sus hazañas, sus obras, sus construcciones, sus caminos militares, sus fortalezas, sus palacios, sus restauraciones. Y es imposible recorrer la Alemania o el Austria sin sentir que su sombra vaga por los campos de batalla, entra en los palacios de Reyes que venció, se sienta en las conferencias donde discute con embajadores temblorosos la suerte del mundo. La Italia lo ha visto pasar fulmíneo, glorioso, segundo Cesar, y ha reconocido en él la resurrección de su propio genio. La España ha sentido su mano

posada con gesto de dominación sobre uno de los leones de la escalera del Palacio Real de Madrid. El Oriente lo ha recibido como a un nuevo Mesías, las Pirámides de Egipto han escuchado el ruido de sus legiones. La Tierra Santa ha despertado de su sueño para verlo pasar como un profeta anunciado en las visiones de los iluminados. La India misma ha sabido que se acercaba como Alejandro en busca del camino por donde viene el sol cada mañana.

No es posible borrar sus huellas. Son demasiado profundas en el alma del pueblo francés que se ha visto interpretado por él y que nunca más dejará de mirarlo como la encarnación más alta y pura de su genio y no consentirá en desprenderse de su recuerdo porque ha de servirle de guía en las luchas, de confortadora esperanza en el desastre, de orgullo en la victoria.

Viven dispersos, pobres y desencantados miles de hombres que han llorado al saber la muerte de Napoleón: son los *grog-nards*, son los hijos de aquella generación «ardiente, pálida y nerviosa» concebida entre dos batallas, de que habla Musset, son esos que al decir de François Copée, en los días de las derrotas finales, en las marchas penosas bajo el agua y la nieve, recorriendo los caminos de la Europa hostil, «mascullaban juramentos sordos bajo sus mostachos grises y lo seguían siempre». Son los *grog-nards* que se reúnen en pequeños cafés de París y avivados sus recuerdos por la noticia de la muerte del Emperador, construyen con ellos la leyenda titánica en que se mezclan memorias, amores, admiraciones, vanidades, jactancias y heroismos reales. El arte los ha fijado para siempre con el largo levitón, su alto corbatín, que tocan las puntas de los bigotes de galos antiguos y el sombrero de copa de fieltro peludo. Parecen vivir desde Waterloo con el aire misterioso de conspiradores. Se diría que como el granadero de Heine aún después de la muerte de su héroe esperan la resurrección y sueñan con el día en que saldrán de nuevo armados para seguir al Emperador.

La literatura y todas las artes se apoderan de la figura de Napoleón. Víctor Hugo, el más grande y el más profundo de los que han cantado su gloria, le consagra algunas de sus concepciones más admirables. El romanticismo ha encontrado un

héroe sin ir a buscarlo en la antigüedad, ha encontrado un héroe que es de ayer, que los poetas conocieron cuando eran niños, y que al día siguiente de su muerte ya tiene las proporciones de un mito.

Las litografías de Raffet y las canciones de Beranger representan las formas más bellas y nobles que la leyenda napoleónica ha tomado en el arte. Las primeras han traducido el sentir popular, los dichos de los soldados, el aspecto pintoresco, heroico y romántico de las campañas. Algunas han determinado para siempre en la iconografía napoleónica actitudes, gestos, movimientos del Emperador. Las canciones de Beranger son una vibración genuina del pensamiento y del pueblo francés y los más grandes poetas nunca las superarán en el arte de decir bellamente lo que en aquellos días que siguieron a la muerte del héroe sentía la nación, que lo había reconocido como su guía supremo, su intérprete y su producto.

Nunca hubo dinero más mal gastado que el que un Gabinete inglés invirtió en pagar a Walter Scott, entonces arruinado, su libro sobre Napoleón, libelo que ha hecho mayor daño al poeta que al vencido de Waterloo. Más tarde, fué preciso hacer esfuerzos para olvidar el libelo a fin de dejar pura la gloria del incomparable escritor. Pero frente a Walter Scott se alzaba el alemán Enrique Heine que fustigaba con su ingenio ático, que perseguía con sus tenacidades de judío, que asaeteaba con todo el furor de su sátira inmortal a cuantos pretendían negar la gloria de Napoleón. Lo había visto una vez en su vida cuando era muy niño y lo admiraba con fanatismo digno de uno de sus soldados. Napoleón entraba en Dusseldorf, la ciudad natal poeta y el pequeño Heine corría a ver en la gran plaza de la Corte a los graves consejeros y el solemne y panzudo burgomaestre inclinarse servíles ante el vencedor. Se había trepado en la estatua del Gran Elector y allí agarrado a la cola del caballo de bronce había visto al hombre pequeñito acariciar con su mano de mármol, bella como la de una estatua griega, el cuello de su caballo blanco. «Y aún que yo hubiera sido príncipe de la casa real de Prusia, dice, habría envidiado la suerte de ese caballo».

El segundo Imperio más bien perjudica que robustece la leyenda napoleónica porque hace un culto oficial de lo que era la espontánea afección de un pueblo y porque la comparación entre Napoleón el grande y Napoleón el pequeño es desgraciada. Pero el prestigio crece siempre y la leyenda se enriquece con las memorias de la época, con los relatos de Santa Elena que continúan apareciendo, con los recuerdos que van brotando como flores magníficas de gloria en torno del sepulcro de los Inválidos.

Y más tarde, cuando la Francia no sólo está viuda del César, sino viuda de la victoria con la cual él había creído desposarla para siempre, cuando llegan los días siniestros y otro Napoleon se hunde en el desastre sin la majestad de Waterloo, maldecido por la nación que lo culpa de su desgracia, la Francia se vuelve hacia su pasado y el Gran Recuerdo reverdece porque el pueblo necesita calentarse en las glorias napoleónicas para no morir de frío, tiene que refugiarse en lo que hicieron sus padres para sentir renacer poco a poco la esperanza de que sus hijos pasarán por donde aquellos pasaron y llevarán de nuevo el tricolor triunfante a las capitales de Europa.

En el último cuarto del siglo XIX el positivismo aplicado a la investigación histórica produce la escuela de los que anuncian su propósito de reducir la figura de Napoleón a sus proporciones humanas. Necesitan eliminar la leyenda, juzgar por fin con frialdad, con una crítica rigurosa, explicando a Napoleón y su tiempo en vez de endiosarlo.

M. Taine, el más ilustre de todos, encabeza un grupo de historiadores y filósofos que aún trabajan. Han puesto al héroe sobre la mesa de disección, han separado todas las partes de su personalidad, han desmenuzado sus actos y están inclinados con el microscopio sobre cada uno de esos fragmentos. Mucho tiempo antes alguien comparó a los enemigos de Napoleon caído con los habitantes de Lilliput que pretendían retener en tierra a Gulliver dormido, atándolo con cuerdas del grueso de un cabello a estacas grandes como una pajuela. Estos investi-

gadores, geniales como Taine, como Vandal, como tantos otros, se pasean también sobre el enorme cuerpo inanimado, se enredan en la vegetación legendaria que lo invade, desaparecen en cualquiera de los pliegues de su personalidad; pero son valientes, tenaces, tienen la cabeza fría y lo examinan todo y lo juzgan todo y todo lo comparan y lo miden con sus propias unidades de medida. Hacen descubrimientos prodigiosos: uno encuentra en Napoleón pasiones, y muchas de ellas malas y nocivas; otro prueba que era frío, egoísta, ambicioso, iracundo, mezquino; el que viene en seguida demuestra que el 18 Brumario tenía miedo de ejercer una acción rápida y sólo la energía de su hermano Luciano y la presión de las circunstancias lo decidieron al golpe de Estado; y luego otros y otros escarban para probar que el Código Civil es la obra de jurisconsultos ilustres en la cual el Emperador no tuvo parte alguna, y que el decreto de Moscow, que fijó los estatutos del Teatro Francés, no es más que un rasgo de teatralidad para impresionar a sus adversarios y producir efecto escénico en el mundo. Se le critica lo que hizo y lo que dejó de hacer. Se le disminuye y se trabaja con ardor para destruir la leyenda que lo ha divinizado. Una escuela especial de escritores de otro orden, brillantes, pero menos fecundos, se echa sobre la vida privada de Napoleón y divierte a los lectores con las historias de sus aventuras amorosas, de su divorcio, de sus relaciones de familia, de sus escándalos ciertos o soñados. Y entonces se llega a una conclusión: era un hombre, era como todos, con pasiones, con pequeñeces, con odios y amores.

Toda esta labor de investigación, que probablemente no ha dejado ya nada en las sombras de cuanto jamás será posible averiguar sobre Napoleón y su tiempo, no ha tocado la leyenda, no ha movido un punto la imagen que el pueblo francés se había hecho de Napoleón, la que todos los pueblos de la tierra tienen hoy delante de sus ojos al evocar su muerte cien años después del fin de la tragedia de Santa Elena.

El empeño de los investigadores es muy humano: nos atrae todo lo que nos ofrece dificultad, aspiramos a entender lo que está fuera de nuestro alcance ordinario. Napoleón ha seducido a cerebros poderosos, como han atraído el espacio, el seno de

los mares, la idea de la vida en otros mundos, lo grande, lo extraordinario, lo que la mentalidad del término medio no puede entender ni explicarse. El fenómeno Napoleón debía suscitar teorías explicativas y buscándolas era lógico que se comenzara por esa afirmación que lo reducía, que rebajaba las proporciones legendarias: era un hombre. Pero la misma necesidad de que hombres dotados de un altísimo ingenio y un poderoso espíritu crítico consagren su vida a explicar a este hombre, es la más luminosa prueba que se pudiera exhibir de la excelsitud de su estirpe, de su sitio aparte en la especie humana. Era un hombre, pero no era como todos los hombres, se parecía a muy pocos hombres; en él hay, como en Julio César y en uno que otro más, el indicio de una humanidad superior.

El instinto popular así lo entiende y no busca explicaciones positivas como demostraciones matemáticas, sino que prefiere ir tejiendo la leyenda que hermosea, pero que no falsifica, bajo cuyo manto transparente el espíritu observador vé mejor a veces que en las disecciones críticas, porque la leyenda es vida, es calor, es humanidad.

Por eso el pueblo francés siguió y sigue abrazado estrechamente al recuerdo napoleónico, nó como los grandes historiadores querían modificarlo, sino como lo habían dejado los *grogards*, Víctor Hugo, las memorias de la época. Nunca dejó la tumba de los Inválidos de ser un sitio de peregrinación para franceses y extranjeros, y cuando de nuevo en 1914 se puso a prueba a la Francia, los jóvenes guerreros que iban con licencia a París se inclinaban a la luz dorada de las vidrieras sobre la balaustrada de mármol, para mirar el oscuro sarcófago rodeado de haces de banderas amarillentas como manojos de flores secas, sintiendo vagamente en el instinto profundo y secreto de la raza que de allí debían salir las esperanzas de la victoria final, de allí las energías para vencer.

Esos jóvenes eran los *grogards* resucitados. Se llamaban *poilus*, pero eran los mismos hombres, brotados de la misma tierra generosa con el genio militar de su raza que el desastre no había podido vencer, que el peligro enderezaba de nuevo terrible y dominador como en los días del Emperador. Ese soldado, valeroso como un mariscal del Imperio y sabio como un

pensador moderno, que conduce finalmente a los *poilus* a la victoria y salva a la Europa y al mundo, Ferdinand Foch, es el discípulo del vencedor de Austerlitz y de Marengo, aplica sus doctrinas, emplea sus métodos y llega a la victoria porque tiene como el maestro fé en su pueblo, fé en la Francia.

El Napoleón de la leyenda es más invencible que el de la historia. El otro tuvo derrotas, y su vida y su persona pueden ser escarvados por la investigación implacable que las disminuye. El de la leyenda está adherido a la imaginación de los pueblos y nunca la soltará. Hasta el fondo de la América llegó su nombre rodeado de una vaga aureola, nimbo indeciso de gloria en que no se sabe si fué un hombre real o un personaje de heroico poema. Un día entre las breñas de los Andes, en torno de una fogata de campamento de vaqueros, uno que había atrapado en la escuela algunas nociones confusas, resumía su admiración sobre los héroes de otros pueblos diciendo: «Alejandro fué bien gallo; César también era harto gallo; pero el más gallo de todos fué Napoleón». Todo había desaparecido en la distancia geográfica y en la distancia de la cultura a lo primitivo, pero quedaba la admiración por la virilidad y el espíritu de combate, simbolizados en el gallo, en el ave alegórica de la antigua Galia y de la Francia democrática.

Hay todavía otra tentativa para disminuir a Napoleón y es la de los pacifistas, los que condenan la guerra en cualquiera de sus formas que no sea la obligación y necesidad de defenderse. Militarismo, cesarismo, son palabras que van unidas al nombre de Napoleón y nadie dirá, si tiene el sentido moderno de la vida internacional, que aprueba las guerras de conquista o que siquiera las justifica. Es cierto que el que por una ambición ha hecho morir a otros hombres no puede quedar libre de culpa cualquiera que haya sido su genio. No hay duda que al Emperador se le vé como ya en su tiempo lo veía el escritor que dice: «La Francia pagaba entonces al César un tributo anual de 200,000 jóvenes; era la escolta que necesitaba para atravesar triunfante toda la Europa e ir a morir en una isla solitaria en medio del océano». No faltó a la verdad el que dijo que «nunca se vió como en tiempos de este hombre apoyarse sobre los muros de las ciudades tal muchedumbre de madres y

esposas desoladas, nunca hubo soles más puros que los que se-
caron tanta sangre: se les llamaba sus soles de Austerlitz y se
creía que Dios los había hecho para él».

• Pero después de reconocer todo eso y mucho más, y de ren-
dir homenaje a las investigaciones y aun de aceptarlas como
la expresión de la definitiva verdad sobre Napoleón dismi-
nuido, reducido a proporciones históricas, rebajado del pe-
destal de la leyenda, después de todo, queda todavía una figu-
ra gigante que cubre con su sombra un siglo y que como una
montaña parece más grande mientras más nos alejamos de su
base.

Lo que queda de Napoleón tras de la crítica severa a que ha
sido sometido es suficiente para explicar la leyenda, para justi-
ficarla, casi diríamos para mantenerla y acrecentarla en la ima-
ginación de los pueblos.

Es el hijo de la Revolución, su producto, su resultado. Al
aparecer en la vida atormentada de la Francia de esos días, la
revolución que había hecho posible su aparición como miem-
bro de una democracia turbulenta en que todas las barreras
habían sido derribadas, se hundía rápidamente en la sangre del
Terror y en el cieno del Directorio. Y de entre ese lodo y esa
sangre él crea un orden nuevo, construye un sistema que nace
de su cabeza completo y perfecto, da a la Francia una columna
vertebral para ponerla de pie y haciéndola olvidar su miseria
presente, despertando en ella su viejo genio de raza, infun-
diéndole de nuevo la disciplina social que había perdido, la
conduce a destinos maravillosos y la arrastra por caminos que
van a todas las capitales de la Europa.

Napoleón es el continuador de las campañas de la primera
República, sacudimiento inicial del instinto nacional amena-
zado por los enemigos exteriores que pretenden destruir a la
Francia para ahogar la revolución. Así comienza su carrera y
esos son sus primeros triunfos rápidos, fulmíneos, inconteni-
bles, teatrales en su prodigioso efecto sobre sus compatriotas y
sobre el mundo. Pero la primera República tiene como hoy los
Soviets de Rusia la ambición de difundir sobre la Europa su

doctrina, de suprimir tronos, y Napoleón realiza esa ambición. Sus legiones barren monarquías vacilantes e imponen desde Gibraltar hasta la Escandinavia regímenes constitucionales. Es la guerra; es la fiebre imperial que vá despertándose en él a medida que el mundo parece sometersele; pero el movimiento inicial ha sido la continuación del espíritu revolucionario encauzado, moderado, sometido a disciplina, reducido de utopías sangrientas a posibilidades y realidades.

Un soplo de liberalismo ha pasado por el mundo entero al empuje de las águilas napoleónicas y nosotros mismos en el remoto país donde hoy honramos su memoria, le debemos que su invasión de España hiciera posible nuestra independencia, como le debemos las ideas constitucionales despojadas de la violencia revolucionaria, como le debemos, por fin, el auxilio que nos prestaron tantos soldados que al día siguiente de Waterloo vinieron a ayudarnos en la lucha de emancipación.

La reacción anti-revolucionaria se encarnaba en los enemigos de Napoleón, en las intrigas de Metternich y las deslealtades de Talleyrand, en la Santa Alianza de los monarcas aterrados que habían sentido en el vientre la punta de su bota y todavía, después de la caída, creían oír sus pasos en los corredores de los alcázares. Son ellos los que se han coaligado para derribar al corso hijo de la Revolución, continuador de la Revolución no obstante su corona imperial, salvador de la Revolución porque ha hecho de sus despojos siniestros un orden y un sistema. La reacción son la Alemania y el Austria que la representan entonces como cien años más tarde por razones políticas y dinásticas y por la necesidad de mantener las autocracias. La Inglaterra pudo ser el peor enemigo, porque era el más fuerte dominando los mares, pero sus móviles eran económicos. Los gabinetes tories que combatían a Napoleón no usaban sino por espíritu de imitación y necesidad de la lucha el lenguaje de la Santa Alianza.

Pero aunque no quedara de Napoleón esa obra enorme de haber dado a la Francia una disciplina cuando se disgregaba y disolvía, de haber encontrado la corona de Francia en el arroyo y haberla recogido con la punta de su espada, como él mismo dijo, quedarían monumentos que han tenido un influjo per-

manente y lo tienen todavía en la marcha de la humanidad. No hemos de detenernos en sus admirables esfuerzos personales para la renovación de las letras y las artes a las que dá un esplendor largo tiempo olvidado, no hemos de aludir a los templos que restaura, a los palacios que termina, a los prodigios de arte que siembra en Europa por su estímulo y protección, a las investigaciones científicas que empuja y premia. Nos basta uno sólo de los monumentos que erigió: el Código Civil. Antes de esa construcción enorme de derechos y deberes, de reglas para organizar la sociedad civil, de garantías para dejar libre paso a la civilización, todo parece obscuro y confuso en el orden jurídico. El Código napoleónico aclara los abismos, aplica la facultad de ordenar y medir que distingue al genio francés a las relaciones de los hombres entre sí, y desde entonces y ya por más de un siglo, sus principios son los fundamentos de todas las sociedades. Su parte en el Código se sabe hoy que fué directa, activa, muchas veces persistente y genialmente adivinadora, aún en presencia de los más grandes juriscultos de la época. ¿Y acaso la sola iniciativa y el haber escogido para realizarla a hombres de genio no bastarían para hacer del Código Civil la más pura, más noble y más universalmente útil de las huellas que el águila dejó mientras puso sus garras poderosas sobre el mundo?

Los iconoclastas derribadores de la imagen legendaria de Napoleón tienen razón cuando descuentan de su gloria, tal como el pueblo la vé, deslumbradora y sin manchas, todo lo que en su acción es producto de su época y de su raza. Ningún hombre que algo haya penetrado en la filosofía de la historia acepta hoy la teoría de los hombres providenciales suscitados sin antecedentes ni determinaciones para resolver un conflicto, enviados del Omnipotente, que caen de lo alto sobre la tierra afligida. Napoleón es hijo de su tiempo y producto como todos los hombres del medio físico, social, doméstico en que había nacido y vivido. Nada hay en él de milagroso. Pero aún después de convenir en ello, tiene uno que volver a repetirse con la

multitud de los que ciegamente lo admiran que es producto extraordinario, único, sin par, diverso de todos los de su época por la potencia extraordinaria de su inteligencia y la fuerza titánica de su voluntad. Su época lo produjo, pero como una planta que de ordinario da flores pequeñas y de colores vulgares, estalla un día bajo el mismo cielo y sobre el mismo suelo en una flor enorme y de colores vivísimos.

Menester es también descontar en su obra todo lo que no pertenece exclusivamente a su genio porque es la obra de la cooperación de su pueblo. El lo supo conducir, supo inspirarle fé, supo penetrar hasta el fondo de su alma y apoderarse para siempre de su lealtad y su espíritu de sacrificio y su amor a la gloria y su instinto guerrero. Pero el pueblo francés que lo entendió, que lo reconoció, que lo sirvió, que con él se sacrificó, que con él ganó las batallas y construyó los monumentos y dominó a la Europa, es tan grande como Napoleón mismo porque es lo único que explica y hace posible a Napoleón.

Imaginemos al joven Bonaparte nacido en cualquier otro país de la tierra en condiciones análogas a las que halló en Francia; imaginemos que no tiene a su servicio, en contacto íntimo con su genio, a ese pueblo nervioso, vibrante, imaginativo, educado en siglos de glorias militares, culto y refinado, con una tradición que viene sin interrupción alguna del fondo del Lacio y de la mayor grandeza romana. Y veremos que Napoleón llega a ser un general ilustre, acaso un sabio eminente, talvez un poderoso creador de riqueza, seguramente un político de autoridad indiscutida. Pero su gloria de dominador, de reformador, de transformador de la historia humana, casi de profeta y enviado del cielo como lo vé la leyenda, esa no se concibe sino con la cooperación del pueblo francés amante de la libertad y con un instinto invencible del orden que ni aún la revolución había podido destruir, enamorado de la gloria, pero con un claro sentido de la realidad, consciente de su tradición militar, pero que jamás dejó de ser humano y generoso en la victoria como fué siempre resignado y noble en la derrota.

Y así, al llegar a estos cien años del día de su muerte, el recuerdo de su gloria se convierte en la glorificación del pueblo

francés, y lo que de él nos queda, apagadas ya las pasiones que suscitó, modificadas las ideas, transformadas todas las nociones en una evolución secular que ha sido mucho más profunda que la de cualquier otro período de la historia humana, lo que de él nos queda es tan grande y tan imperecedero que el ánimo se conturba al contemplarlo.

Hijo de la Gran Revolución que dió nacimiento al mundo moderno y cuya obra sólo hoy se completa y perfecciona, encarnación maravillosa del genio latino que a todos los que lo reconocemos como nuestra inspiración ancestral nos toca de cerca y nos pertenece, conductor del pueblo francés que entonces como ahora había de ser el instrumento para la realización de grandes ideales, Napoleón es de la humanidad y el 5 de Mayo tiene hoy como en el pasado un poder de evocación trágica que nada puede disminuir, que a cien años de distancia parece aún mayor que en 1821.

C. SILVA VILDÓSOLA.

Santiago, 5 de Mayo de 1921.

EL MAXIMALISMO JUZGADO POR UN REFORMADOR CHECO-ESLOVACO

Mientras en Ginebra, la Asamblea de la Sociedad de las Naciones celebraba sus primeras sesiones, echaba las bases de un nuevo edificio, acogía en su seno a nuevos Estados adherentes, el socialismo errante saltaba de ciudad en ciudad, buscando su vía entre la Segunda Internacional que no goza ya de unánime confianza y la Tercera Internacional que asusta aún a los extremistas.

A medida que el antiguo partido socialista aparece más y más dividido en todas partes, los grupos sindicalistas empiezan a afirmarse, mediante numerosas reuniones profesionales que procuran, aquí y allá, resolver las difícilísimas cuestiones referentes al salario, a la duración del trabajo diario y demás problemas que afectan a las relaciones del capital y el trabajo.

El maximalismo ruso prosigue, por su lado, en medio de la miseria y del desconcierto, una ruta fatal que pocos saben aquilatar en sus verdaderos aspectos con criterio bien informado e independiente. En Chile, donde las dificultades obreras, más ficticias que reales, agitan y revuelven la conciencia popular, sin saberse a qué despeñaderos se las encamina, es menester que nuestros dirigentes sepan distinguir la verdad en ese caos, traerla a plena luz y adoptar, en oportuno momento, líneas de conducta sabias, sobrias y enérgicas capaces de enderezar el movimiento y de trazarle los límites en que pueda ejercitarse sin amenazas ni transtornos. Tenemos la desgracia, casi siempre, de sentir en carne viva la repercusión de las grandes transformaciones mundiales sólo cuando empiezan a declinar en las comarcas donde han tenido su raíz y sus primeras manifestaciones.

La previsión tiene su hora ineludible y la prudencia no debe ir más allá de los confines en que impera la razón y la salud del pueblo.

Es tal la obscuridad en que yace nuestro país con respecto al carácter verdadero que asumen, fuera de nuestro medio, el pensamiento socialista, la organización sindicalista, el régimen comunal soviético, las fases sucesivas de esos diversos movimientos en el sentido de su avance, fracaso o retroceso, que parece de la mayor oportunidad combatir ciertos inconcebibles prejuicios, ciertas cegueras desconcertantes que obsesionan a quienes, por su elevada posición política, deberían estar mejor informados y tener una norma justa y bien ponderada de conducta a fin de salvar a Chile de estériles sacudimientos y de miserias extrañas, en gran parte, a las tradiciones y particularidades de nuestra raza.

Entre los escritos más ilustrativos de sociólogos y estadistas, que registran las Revistas europeas, disipan algunos de ellos confusiones y errores entronizados entre nosotros,—y en otras partes también,—acerca de los principios que rigen al maximalismo actual, conturbándolo con absurdas utopías y alejándolo del doctrinarismo histórico.

Un vívido y vigoroso estudio del soviétismo escrito por un gran apóstol del pensamiento checo-eslovaco, M. Masaryk, nos coloca en aptitud de aquilatar la esencia ideológica del maximalismo ruso y su mecanismo, y de ver si en realidad, como lo creen muchos, está ese régimen o nó en relación o empalme con la escuela del socialismo clásico.

M. Masaryk fué testigo presencial de la tragedia bolchevista desde sus comienzos; conoce las interioridades del sangriento e implacable régimen; ha seguido con observación profunda, compasiva, filosófica y hasta piadosa sus pasos regresivos hacia la descomposición y la ruina. La visión y el juicio de ese calificado actor tienen un valor positivo para quienes,—y son legión,—tienen solamente una idea vaga, lejana y a veces absolutamente falsa de aquellas doctrinas que de la utopía mística han ido cayendo en el abismo en que se retuerce y contorsiona el pueblo ruso a la espera de su liberación. Y no serán los ejércitos blancos de un Denekine o de un Wrangel, con sus absurdos conatos de

reacción imperialista, los redentores en aquel caos. El condenado régimen comunista, de imposible realización sobre todo en ese retrasado medio, habrá de convertirse gradualmente, por el camino de la razón democrática, en algo más justo, más equilibrado, dentro de la doctrina evolucionista del pensamiento moderno. Así se constituirá el régimen que habrá de venir a la Rusia, en armonía con sus necesidades reales y la mentalidad de su pueblo.

El bolchevismo exige la revolución a todo trance; el socialismo occidental y principalmente el socialismo democrático resisten los métodos violentos y violatorios. Estas teorías son inconciliables. Los maximalistas reprochan a los socialistas democráticos que no reconozcan ni la necesidad ni la legitimidad de un transtorno por obra de la fuerza. Lenine, Radek y otros alimentan rencorosa enemistad contra Kautsky, Bernstein y casi todos los jefes socialistas del mundo, tanto alemanes como franceses, americanos, ingleses, italianos; su odio abarca al mundo entero, por haber falsificado, según pretende Lenine, las doctrinas de Marx y transformado los principios revolucionarios en un reformismo burgués, y le reprocha también su miedo, su cobardía personal, aún a aquellos que, con peligro de su vida, combatieron al zarismo y pasaron años en las prisiones de Siberia.

Recuerda Masaryk a este propósito que Marx y Engels creyeron efectivamente en la inminencia de la revolución final y en la caída del capitalismo, declarando, en su manifiesto comunista, que Alemania se hallaba a la víspera de una revolución burguesa seguida casi inmediatamente de una revolución proletaria. Pero, Marx y Engels reconocieron, más tarde, que sus predicciones sobre la situación mundial eran falsas y aplazaron varias veces la revolución hasta abandonar, finalmente, y en absoluto, esta idea. Engels, poco antes de su muerte, aconsejaba, en su testamento político al proletariado alemán, que renunciase, conforme al espíritu de Marx, a los medios violentos, y, en cambio, que luchase siempre con mayor ardor en el terreno electoral hasta realizar, por medio de una mayoría popular y parlamentaria, la dictadura del proletariado.

Antes de 1848, Engels fué radical, y estuvo animado de espíritu revolucionario contra el absolutismo prusiano, austriaco y ruso; más, su ideal, muy abstracto, reclamaba la libertad política bajo la forma republicana. Hablaba entonces de la revolución de manera bastante obscura, sin haber todavía analizado científicamente esta idea.

Dice al respecto Masaryk: «Conocemos, por ejemplo, la carta dirigida por Engels a Marx en 1851, en la que considera a la revolución como un *«fenómeno natural»* que sigue las leyes de la física; emplea expresiones como, entre otras, *«la fuerza material de la necesidad»*.

Estas expresiones traicionan sin duda en él la ausencia de crítica sociológica.

Más adelante, Marx y Engels se ocuparon del problema con mayor profundidad. La Comuna de París dió nueva impulsión al estudio de las diferentes revoluciones. Organizado una vez el partido social-democrático, ambos pensadores procuraron definir gradualmente el socialismo científico, dentro de la noción evolucionista. Engels enseñaba, en 1891, que en los países donde el pueblo está representado y posee una mayoría parlamentaria, es posible pasar, sin violencia, del antiguo régimen al nuevo; consideraba a la república democrática una forma social favorable a la dictadura del proletariado, y hacía el encomio de la táctica parlamentaria.

Marx empezó, en 1848, y durante la época reaccionaria que sucedió a la revolución, por ser un revolucionario romántico. Cuando arribó a sentar la doctrina del socialismo científico, tuvo una concepción muy distinta de la revolución de 1848.

Los comunistas rusos, observa Masaryk, obran sin honestidad científica al referirse al Marx de la primera época. Durante el período de su mayor lucidez política, Marx consideró que, al menos en países tales como la Inglaterra, los Estados Unidos o la Holanda, se podría realizar la revolución social sin recurrir a golpes de fuerza. En cuanto a Engels, sabido es que no ocultó su sentir de que, aún en Alemania, la revolución era innecesaria.

La irreflexión política de los comunistas rusos queda al descubierto con las citas de Marx y de Engels que hace Masaryk

para demostrar que los dos reformadores alemanes sabían, más que en la violencia, en el avance de las reformas económicas como medio de completar y coronar la disolución del régimen capitalista.

La revolución interior provocada por la evolución económica era para ellos una verdad inconcusa, principal y decisiva. Fuera de ahí, no veían otro factor de cambio profundo en el orden social que el de la educación de los obreros.

Lenine, por la inversa, juzga la revolución en armas como el medio capital y constructivo que, aún en una Rusia analfabeta y mísera, afirmará el sistema comunista definitivo.

Marx y Engels se colocaban en un punto de vista científico y evolucionista; los rusos se quedan en un punto de mira absolutista que nada tiene de científico. Para ellos, la revolución a título de protesta, de castigo, de advertencia no basta; ella debe ser creadora, debe reemplazar la antigua administración del Estado por una administración enteramente nueva. La escuela clásica del socialismo concebía ya el ideal de la transformación moderna; los bolchevistas se extasían con la revolución de tipo antiguo, bárbaro, aquella de las épocas despóticas habituadas a la violencia.

El ecuaníme criterio de Masaryk ha visto de cerca el error en que están Lenine y sus secuaces cuando hablan del derumbe del capitalismo en el mundo. La noción del soviétismo acerca de la evolución de la humanidad en general y de cada nación en particular, y su filosofía de la historia aparecen falsos. Su anuncio de la catástrofe final en Europa y el mundo, ha resultado absurdo y vano. Se ha equivocado en sus negros pronósticos de bancarrota universal.

«Es cierto, previene Masaryk, que Lenine habla a veces en términos más conformes a la verdad. En sus polémicas desaconseja a los comunistas ampararse del poder mientras el proletariado no haya alcanzado, merced a la lucha, el grado de educación política necesario y que no es el mismo para todos los países y circunstancias.»

Los bolchevistas son víctimas, a todas luces, de un misticismo engañoso; la revolución tiene para ellos el encanto de una revelación que se aviene con sus concepciones intelectuales y

morales todavía embrionarias. Es el bien supremo en cuya contemplacion se deleita. Ineptos como son para toda tarea administrativa, sueñan con pretendidas hazañas o, sencillamente, con grandes gestos y huecas palabras. Los bolchivistas son, en una palabra, rusos, e incapaces, como tales, de trabajar como se trabaja en los pueblos occidentales. Masaryk ha señalado el viejo prejuicio del ruso contra el trabajo perseverante y rudo, prejuicio que lo coloca en un nivel inferior de incultura donde la brutalidad reina soberana. La realidad maximalista difiere en esto radicalmente del programa científico de Marx y Engels.

El comunismo ruso se ha formado en el destierro, fuera de la ley, con el método de las sociedades secretas; creció en el terrorismo y la anarquía. Ese punto de partida explica los defectos de la administracion sovietista, su falta de plan de conjunto, de continuidad y de deducción. Los socialistas occidentales son más prácticos; saben trabajar y crear, y el problema de la democratización es una de las miras cardinales de su programa, sin mezcla de romanticismos semi místicos. La importancia de ese ideal democrático queda en evidencia en el nombre de «social-democrático» que han adoptado, en algunos países, los partidos colectivistas.

Los maximalistas rusos procuran hoy oscurecer el problema invocando las declaraciones de Marx y de Engels a favor de la «dictadura del proletariado», y olvidan o callan que al afirmar la necesidad de una legislación revolucionaria, los reformadores alemanes no abandonaron jamás el postulado de la democracia. Al encomiar la Comuna de París, aseveraba Marx que ella implica «la forma política verdadera, bajo cuyo imperio es posible realizar la emancipación del trabajo». La Comuna, lejos de ser una organización anti-democrática, fué, al revés, la obra de una mayoría emanada del sufragio universal. Hasta la aparición del maximalismo ruso, todos los socialistas lo han comprendido así. Fieles al gran principio de la Revolución, inscrito, en 1793, en la Declaración de los Derechos del Hombre, —que proclamó la igualdad de los derechos de todos los ciudadanos en la formación de las leyes y en la elección de sus mandatarios,—los socialistas de todos los países han esculpido

a la cabeza de sus programas políticos el sufragio universal, es decir, la democracia.

El bolchivismo es anti-democrático, es el enemigo jurado del parlamentarismo y del sufragio universal; reemplaza la democracia integral por la representación profesional de los soviets y la igualdad ante la ley con la sujeción de una clase por otra. El abismo que separa al socialismo del bolchivismo no puede ser franqueado sin despedazar las tradiciones democráticas de los fundadores de la doctrina colectivista.

Desde el criterio de comprensión occidental, se ve la inutilidad de la revolución maximalista. Vencido el zarismo y constituido con gran mayoría el gobierno liberal-socialista, los maximalistas, regimentados en partido político predominante, habrían podido realizar, en libertad, su programa administrativo y educacional. La Asamblea Constituyente tuvo una enorme mayoría socialista, 639 miembros entre 703. No cabe duda de que el Gobierno provisorio de Kerensky cometió muchos errores, como pudo comprobarlo Masaryk; pero esos errores no justifican la ceguera sistemática de Lenine.

El sovietismo no ha sabido trabajar; en cambio, sabe forzar a los demás, imponiendo la servidumbre a la burguesía y también a los obreros; sabe además combatir, matar y morir sin mirar hacia atrás. Lo que ignora es la continuidad en el trabajo, en la disciplina y en la aplicación. Es por esto que la revolución rusa, apoyada en la soldadesca, ha asumido y continúa asumiendo carácter político y no carácter económico y social. La derrota del ejército imperial, favoreció enormemente el movimiento revolucionario. Los soldados fatigados y desmoralizados que habían visto durante tres años los horrores de una guerra desgraciada, y los reclutas del nuevo ejército indisciplinado creyeron en el ultra-pacifismo de Lenine y lo aclamaron. Gracias a las crueldades del ejército rojo, Lenine ha podido mantenerse en el poder sin jamás comprender la doctrina marxista del capitalismo y del socialismo y sin darse cuenta de la verdadera situación mundial de la hora actual.

Un solo jefe o unos cuantos jefes bastan para determinar la necesidad de cada revolución. La «ultima ratio» no fluye úni-

camente de consideraciones históricas, sino de la conciencia. La cuestión está en ver claramente si el momento ha sido bien escogido. Porque desencadenar una revolución significa la vida o la muerte de muchos hombres. Es imposible resolverse a tamaño sacrificio a menos que no quede otra salida ni otro medio de defender la libertad y de asegurar un porvenir mejor.

Antes de la guerra, y durante largos años, Masaryk se ocupó teóricamente de la revolución; varias veces se le hizo la objeción de que así sólo estudiaba un tema académico. Ello no era exacto, porque se trataba de un problema a la orden del día, como lo prueba el giro de los acontecimientos. Las ideas de Masaryk sobre la revolución del punto de vista moral, —expuestas últimamente en su libro sobre la Rusia,—prueban que había apreciado con exactitud la situación mundial. Presentía profundas y violentas transformaciones en su país y veía venir el papel de árbitro y de actor que iba a asumir en ellas, al decidir acerca de la necesidad y la legitimidad del golpe de fuerza. El destino ha respondido a su previsión y le correspondió, con el concenso de sus correligionarios, organizar el movimiento nacionalista y dirigir la revolución checo-eslovaca.

En renovadas declaraciones se deja ver cuán hondo y pesada le pareció la responsabilidad. Sus sufrimientos morales fueron grandes, porque se trataba de juzgar si aquella revolución, en presencia de las circunstancias, triunfaría, y si la victoria valdría el sacrificio de vidas humanas.

Por un singular azar, se encontró M. Masaryk en los centros mismos del levantamiento bolchevista, en Petrograd, en Moscow, en Kiew, bajo la lluvia de los proyectiles. En Moscow permaneció diez días consecutivos en inminente peligro de perder la vida. Es así como puede hablar de la revolución no tan sólo como teórico, sino como hombre que conoce la tremenda realidad.

Al relatar ese período de su vida, hace, en su citado libro, interesantes reflexiones. El revolucionario desaparece ante el filósofo, el apóstol y el filántropo.

«La vida de los demás, dice, debe ser sagrada para nosotros; «el hombre está obligado a respetar la personalidad de su pró-

«jimo. Este principio es el fundamento de la existencia de los individuos y de la sociedad, y determina las reglas de la revolución y de la guerra. La revolución debe ser una empresa defensiva y no una agresión usurpadora. Está en la obligación de evitar la destrucción de vidas, en lo posible. En esto se diferencia una vez más la cultura primitiva de los rusos y la nuestra, occidental: ellos sacrifican las vidas sin contarlas en sus guerras y en sus revoluciones.»

Manifiesta M. Masaryk haber presenciado crímenes bolchivistas que acusaban una brutalidad absolutamente bárbara, con frecuencia bestial, y expresa el horror que le causaba la inutilidad evidente de esas matanzas.

En una polémica contra Kautsky, le increpa Lenine,—como lo hace con todos los adversarios de la revolución bolchivista,—el tener miedo y pretende que el miedo es la causa determinante de su aversión por los métodos del nuevo régimen.

M. Masaryk comparte la opinión de Kautsky, no por temor a nadie, sino porque conoce la situación de la Rusia y de la Europa. Afirma, con pleno conocimiento de causa, y después de detenidas reflexiones, que los maximalistas están en un error fatal. No comprenden, en primer lugar, que el progreso de las naciones europeas y su ética rechazan ya la violencia y, de consiguiente, las guerras y las revoluciones agresivas; el sentir humanitario europeo no admite sino las guerras y las revoluciones cuyo carácter defensivo sea evidente. En segundo lugar, los bolchivistas no comprenden que su país, en su retrasada fase de civilización, no está hecho para el régimen comunista, y que no está tampoco preparado para realizar la revolución.

«En la Europa occidental, concluye M. Masaryk, estamos listos para operar pacíficamente las transformaciones sociales necesarias. No es necesario apelar a la violencia y aún menos al terrorismo de método ruso.»

Con este último concepto, que viene de molde a nuestro Chile en el actual momento de su evolución, pondremos término a este análisis del pensamiento de M. Masaryk, exteriorizado en presencia de los horrores del bolchevismo. Cualquier comenta-

rio, aplicado a nuestro país, nos llevaría demasiado lejos. Esperemos confiadamente los acontecimientos. Nadie negará que, al amparo de nuestras libres instituciones, son posibles todas las reformas sociales a que la opinión aspira con creciente ansiedad.

MARCIAL A. MARTÍNEZ DE F.

UNA EXCURSION A LA SIERRA

Todo el departamento es una sucesión interminable de cerros: tierras rojas y amarillas, pobres y amargas. Tras un cordón otro y otro: una serranía monótona y uniforme. Por entre riscos y peñascales serpentean los senderos, ásperos y duros. En las verdes hondonadas corren hilos de agua cristalina que los pobladores aprovechan avaramente.

Por aquí y por allá una aldehuela se asienta en la falda de un cerro o en el fondo de una hondonada. Todas llevan una vida miserable y monótona, pobladas por gentes sórdidas y explotadas por rábulas que sirven los más bajos intereses.

A pesar de la dureza de las tierras, la propiedad está muy subdividida y no hay poblador que no posea su reducida parcela, que cuida con esmero. Las diminutas casitas se asientan en lo alto de una loma, o a la sombra de una quebrada, y sus verdes huertos ponen una nota de suavidad y dulzura en la áspera desolación de la sierra.

Los pobladores de la sierra llevan una vida sórdida y miserable. La tierra apenas si les dá para vivir oscuramente. De los frutos de sus huertos y sus reducidas siembras obtienen el triste sustento para todo el año. La crianza de corderos y cabros es muy reducida a causa de la inseguridad de los campos. Los más seguros ingresos provienen de la crianza de aves y de la venta de huevos, que realizan en los pueblos cercanos. Algunas familias se dedican al más triste y amargo menester: la crianza de párvulos de las casas de huérfanos. Por diez o doce pesos mensuales se encargan de la manutención y crianza de esos desamparados a quienes las instituciones de beneficencia no pueden atender por el criminal abandono en que se encuentran. La mayoría de ellos van a dar con sus huesitos al cemen-

terio, pero es tan grande la miseria de estas gentes que miran en aquella ocupación un lucrativo negocio.

La inseguridad en los campos, la impunidad en que quedan los delitos comunes y la frecuencia de los salteos y robos, han hecho a los pobladores suspicaces y desconfiados. La crianza de ganado se haya por este capítulo en el más definitivo abandono. La miseria los ha envilecido y arrastrado a la sordidez. Una madre se niega a facilitar al hijo una cabalgadura para una trilla, y un vecino se niega a prestar a otro su cooperación por bien tristes razones.

Algunos pobladores facilitan a otros trigos para sus siembras, cobrando un interés de un 50% en la misma especie. Unos se roban a otros, se enzarzan en pleitos interminables y se amargan la vida con mil pequeñeces.

Después de recorrer leguas de leguas ninguna alegre visión refresca el espíritu: las mismas tierras estériles, las mismas serranías sañudas, los mismos peñascales escarpados. Hay, sí, un espectáculo que provoca una honda satisfacción: perdida entre los breñales, oculta entre los árboles, alza sus muros una humilde escuelita, centro donde van a desbastarse las almitas campesinas. Las más de las veces los maestros tienen vínculos familiares en las tierras y reducidas parcelas, con las cuales comparten sus menesteres pedagógicos. Es verdad que en la mayoría de los casos su labor deja mucho que desear, pero imperdonable injusticia sería desconocer el verdadero apostolado que la misión de muchos maestros y maestras significa en estas infecundas sierras.

Pero estas desamparadas sierras son víctimas del más terrible de los azotes: los jueces desvergonzados y politiqueros, y los rábulas y tinterillos que se prestan para las más infames explotaciones.

El clima es bueno, las tierras son pobres, es cierto, pero las autoridades son inaguantables. Claman a gritos estas sierras por la designación de autoridades respetables, por el nombramiento de jueces honrados y dignos, por la instalación de funcionarios que sean garantía de tranquilidad y justicia. Pero, pasan los años, las administraciones se suceden a las administraciones, la Alianza sucede a la Coalición... Nada. Siempre los

mismos prefectos bandoleros, los mismos gobernadores amparadores de cuatrerros, los mismos jueces traficantes y ladrones. Con razón un incurable escepticismo domina a las gentes: ya nadie se queja, nadie reclama, nadie formula la más insignificante petición. Porque todos saben que el funcionario tal, que el juez cual, es protegido por el senador o diputado de la región, que sirve sus intereses políticos. La gente pobre y miserable, que apenas si arranca a la tierra lo necesario para no morir de hambre, ¿a quién clamará para ser oída? De cuando una ardiente campaña política suele encender el fuego del entusiasmo y de la esperanza en los espíritus. Pero, pasan los días, los meses se suceden a los meses, y las cosas siguen lo mismo que antes. Por eso, ¿a qué creer en una mutación de las cosas? Todo seguirá como antes. Y el más amargo y triste escepticismo domina a los pobladores.

Jueces ha habido que en poco más de un lustro se han formado respetables fortunas, a costa de los bienes de los mismos miserables y desamparados litigantes. Todavía se recuerda a quien llevó la desvergüenza y la vileza a los límites de la abyección humana. Uno de ellos se alió con un poderoso cuatrerro de la región, y juntos sembraron la desolación y la miseria por los campos. Y la desvergüenza ha llegado a tales extremos que en días pasados, en pleno día, y a vista y paciencia de su propietario, robaron a un humilde hombre una decena de ovejas: ante sus gritos y amenazas respondió el elocuente lenguaje de las carabinas..

La justicia criminal corre pareja con la civil, ya que ambas han estado siempre en las mismas manos. Todavía se conserva el recuerdo de algunos procesos cuya sola relación pone los pelos de punta, y la más santa indignación enciende los espíritus. A un pobre viejito lo arrastraron a la cárcel, acusado de asesinato y lo mantuvieron en las mazmorras cuatro largos e interminables años, mientras los verdaderos asesinos, conocidos de todos, hacían de las suyas por los campos. El pobre anciano salió de la prisión medio paralítico y con una sordera incurable.

La flagelación es recurso común en los juzgados. A un pobre lo tuvieron cuarenta y dos días con grillos, a otro lo colga-

ron de un roble, a un tercero lo azotaron... En fin, todas las más inconcebibles ignominias.

La relación de todas las miserias y amarguras que encierra la vida de estas cerranías podría llenar muchas carillas. Muchas de ellas parecerían increíbles: es tan intensa la trágica baja que ellas entrañan.

Una de las más visibles consecuencias de este estado de cosas es la despoblación del departamento: las gentes huyen, liquidan sus bienes, acaban con sus negocios, deshacen sus heredades. Van en busca de tierras más benignas, más tranquilas, más fecundas y más humanas.

RICARDO DONOSO.

Infiernillo, Febrero de 1921.

FATUM

A la orilla del mar, sentado a solas
sumido en monacal recogimiento,
trajo a mi oído el apagado viento
ecos de moribundas barcarolas.

Las estrellas abrían sus corolas
en el profundo azul del firmamento.
Calló el mar, y en mi propio pensamiento
se despertaron las dormidas olas.

Y fué la tempestad. Túrbido oleaje
fué sacando a la playa los despojos
de tanta nave que encalló en el viaje.

Ví un cielo funeral, un agua inerte
y una sirena de volubles ojos
en la negra escollera de la Muerte.

J. RAFAEL MAYA.

LA ESTANCIA DE MITRE EN CHILE

De todos los argentinos venidos entonces a Chile en el curso de los diez años comprendidos entre 1840 y 1850, ninguno iba a alcanzar en su patria tan altísima celebridad como Bartolomé Mitre. Su estancia en Chile fué breve. No tuvo como la de Sarmiento esos vivos y luminosos caracteres que ponen de relieve el espíritu de lucha, de fuego, de pasión desenfrenada, en suma, que palpita en el alma tormentosa de aquel adoctrinador infatigable. Ni como el intenso prosista del *Facundo*, ese temperamento rebosante de salud, viril por todo extremo, que surge espléndidamente de sus obras, en sus caldeadas polémicas, en su cotidiana labor de periodista, que lo torna contradictorio a veces, excesivo otras, agresivo siempre, y, en todo momento, fuerte irreductible e indomable. Menos audacia e impulso más inferior había en Mitre. Mientras Sarmiento lucha en el exilio levantando en la arena del combate la crueldad de su franqueza, procede siempre con un cálculo severo. Sabe muy bien que su nombre sonará en la patria extraña que lo alberga y que algún día él será codiciado por los dos bandos políticos que debaten sus ideales.

Así, el que venía de combatir con tesonero empuje la tiranía de Rosas, que no era otra cosa que un gobierno autoritario y fuerte, vincula en Chile su nombre, precisamente, al partido de gobierno que levanta la candidatura presidencial del personalísimo Montt, que mejor que nadie entraña el concepto autoritario, inflexible y absorbente del poder, afianzado, aquí como allá, en los congresos de su amaño y en las facultades extraordinarias. Pero Sarmiento también sabe que junto con plegar el acervo avasallador de su talento a las filas oficiales, a

las esferas de gobierno, cantará alegre la Fortuna asegurándole un mediano bien pasar.

No así Mitre. Su espíritu parece conservarse inmóvil ante las risueñas expectativas que puede brindarle una adhesión incondicional al gobierno. Su talento y su pluma podían encontrar allí un salario y hasta una honesta protección. No obstante, consecuente con sus ideales, que se traducían en el odio a Rosas, no buscó la falange gobiernista que levantaba el nombre de Montt, aun cuando la pobreza, con su carro interminable de amarguras, golpeará los umbrales de su puerta. Se echó en brazos de la oposición, como Sarmiento en los muy fuertes del gobierno. Si con Sarmiento, empero, no mide lo abundoso de la labor y la intensidad de su fuerza como hombre de acción, su nombre alcanza mayor irradiación que el de Alberdi, que en el ostracismo se contenta en el ingrato claro-oscuro de una labor anónima al servicio del gobierno, sin dejar entrever todavía su sagaz mirada de estadista y su clara visión de economista. Supera a Vicente Fidel López, quien, en su retrainimiento de las luchas que se suceden en el país, no muestra interés y ni siquiera se abanderiza. Independiente, huraño con sus mismos compatriotas, las cosas literarias absorben su espíritu y distraen sus quehaceres. Hace la apología del romanticismo y se enardece de entusiasmo ante los arrestos de libertad de la nueva escuela; compone el primer compendio de historia nacional, al que comunica el atractivo indiscutible de su estilo; forja ya el plan de una vasta historia general argentina, que debía ser el fruto de su madurez y el más plausible encanto de los días de su ancianidad, historia única en que los hombres y las cosas se suceden con una perentoria rapidez, y en donde el escritor derrocha a manos llenas su talento con sus retratos admirables, con sus juicios empapados de pasión, con su criterio especialísimo y con su estilo que es un nervio que palpita, que siente y traduce las emociones fuertes de una alma apasionada, plena de luz. Mitre, entonces, también estrecha sus relaciones con Juan María Gutiérrez. Aquel simpático humanista rioplatense de fino gusto literario, de vasta y sólida cultura, enamorado de las producciones de la edad colonial, era ya todo un escritor cuya prosa depurada en el crisol de sus lec-

turas clásicas, iba a constituir, en breve, una excepción en su patria y acaso también en la nuestra, donde Bello, Godoy y Las-
tarria escribían con acendrada propiedad, con sobria elegancia
y con más rico y variado léxico. Mitre, que aún no había en-
cauzado su espíritu a los estudios de erudición y cuyas afi-
ciones parecían más bien distanciarlo de tal género de discipli-
nas, pasando por un poeta y novelador de episodios románti-
cos, encontró en Gutiérrez un confidente literario y un compa-
ñero de estudios que abrió en él un horizonte nuevo, vastísimo,
en los trabajos históricos. Así fué como llegara Gutiérrez, tan
atento y escrupuloso en sus trabajos, a confiarle a Mitre, mien-
tras aquél permanecía en el fundo Lo Aguila de doña Emilia
Herrera de Toro, la corrección de las pruebas del *Arauco Doma-*
do, en 1848.

Mitre no contaba todavía un año de residencia en Chile. Ha-
bía llegado a Valparaíso en 1847 y tenía en esa época 26 años.
Ya sus andanzas de proscripto se habían dilatado en casi todo
el medio día de la América: de Argentina a Montevideo, de
allí a Bolivia, luego al Perú y en seguida a Chile. Temperamen-
to siempre en ebullición durante los días juveniles, alma abra-
zada por las ideas igualitarias, fervoroso creyente de las demo-
cracias, y dominado por un vago romanticismo político, en su
patria la corriente revolucionaria le había envuelto en azarosas
aventuras y llevádole muy pronto al destierro. En Montevi-
deo, donde comparte los afanes militares del ejército oriental
con el cultivo de la poesía y del periodismo, se ve de súbito, a
los tres años de residencia en esa ciudad, obligado a abando-
narla en 1840, a consecuencia de la revolución del General Fruc-
tuoso Rivera. Huye a Bolivia. Antes de salir nuevamente emi-
grado, el general boliviano Guilarte lo contrata como instructor
del ejército. Ballivián, presidente de la República, lo recibe ob-
sequiosamente; le entrega la dirección del Colegio Militar, y en
La Epoca, periódico redactado por él, escribe novelas, publica
versos y no cesa en la tarea de combatir a Rosas. Esa situación,
que le permite vivir con relativa holgura, se quebranta luego.
Belzú se levanta contra Ballivián; le derroca, y Mitre, compro-
metido en la revuelta, emigra al Perú ante la amenaza de muer-
te de aquel caudillo, por haber dirigido la artillería en los com-

bates de Lavala y de Bitiche. Alejado de las influencias de Belzú, busca refugio en Puno y después en Tacna; labora allí su sustento en algunas empresas comerciales y ajeno a la política, sin pueriles engreimientos de vanidad personal, se torna ahora en un hombre de negocios. Ciertamente es que esa situación va a ser pasajera. Belzú, en su despecho, se obstina en perseguirle y gana para ello a las autoridades peruanas. Más aún; logra su objeto y obtiene que le nieguen el último derecho, el derecho de asilo.

Viene a Chile. Bajo muchos aspectos su situación se complicaba en el nuevo país a que venía desterrado. Su acción de soldado — era Teniente Coronel — concluía en Chile; quedaba sin fortuna, sin trabajo, abandonado en un país extraño a los hábitos, a las tendencias, al espíritu político, en fin, de aquellos en que había actuado. Unicamente la pluma era su recurso. En efecto, en Montevideo, donde residiera desde 1837 hasta 1840, había redactado *La Nueva Era* y *El Nacional* y escrito muchísimos otros papeles políticos en contra de Rosas, y en Bolivia dirigido *La Epoca*. Pero la misma salud de Mitre, seriamente resentida por una afección pulmonar, parecía no ayudarle en esos instantes tampoco: «era en esa época — escribe Barros Arana, que tan de cerca le conoció, — un jóven débil y enfermizo que dejaba ver en su fisonomía simpática e inteligente las huellas que las fatigas de la inmigración habían dejado en su salud. Necesitaba medicarse casi constantemente para contener sus fuerzas físicas, pero conservaba toda su energía moral, y como era pobre y emigrado en un país extraño, se puso al trabajo con una entereza incontrastable». Así fué, y apenas llega a Valparaíso acude a la protección de sus compatriotas Juan Carlos Gómez, Carlos Tejedor, Juan María Gutiérrez, Alberdi y López, que le ofrecen espontáneamente la redacción de *El Comercio*, diario que fundara Juan N. Espejo y que junto con él redactara el mismo Alberdi. En los editoriales de Mitre no hay nada transcendental. Ciertas acentuadas manifestaciones de intolerancia doctrinaria, muy propias de su temperamento y de las campañas porque había combatido, es lo único que de tarde en tarde comunica animación a sus fríos escritos. Fiel repetidor de las máximas de 1789, visionario del

porvenir de las democracias, el eco de las revoluciones europeas del año 48, ejercen en su espíritu una marcada influencia. Le arrancan expresiones ardientes y apasionadas en favor de la libertad; verdaderos himnos, otras veces, a la redención del proletariado. No es otra cosa todo eso que una ilusión de juventud y que un optimismo romántico. En una ocasión, refiriéndose al progreso político de Chile, sostiene con una encantadora candidez: «En Chile, dice, la falta de progreso político es la consecuencia de la falta de revoluciones. Hace 17 años que no las hay, y como las revoluciones son las manifestaciones del progreso político de los pueblos, en Chile se ha perdido la idea de las transformaciones políticas». ¿Se habría atrevido a sostener él esos principios después del triunfo de Pavón? Pero esta última idea revela el pensamiento ideológico de Mitre, atiborrado por las doctrinas entonces en boga.

En su breve paso por la redacción de *El Comercio* (1), alcanzó Mitre a dejar algunas muestras de su actividad literaria. En Julio de 1848 reunió en un libro los folletines de su novela *Soledad*. Es un episodio corto, vulgar, de mal gusto literario y lo suficientemente cabal para formar idea de su romanticismo artístico. Si, como dice Ricardo Rojas en su *Historia de la Literatura Argentina*, la escuela cuyana en Chile abrió horizontes al arte literario, la tal novelita de Mitre sería revelador documento para probar de una vez por todas la ineficacia de ella. Una comparación basta. Lastarria era un mal novelista y, sin embargo, comparada su novela *Don Guillermo* con *Soledad*, el primero resulta un magnífico novelador. Eso es todo.

A mediados de 1848 se encuentra en Santiago. Ha acentuado su participación en las luchas políticas. Riñe con Sarmiento, y se abanderiza al grupo liberal, legítimo heredero del pasado pipiolismo.

Todas las actitudes rencorosas del liberalismo las hace suyas; sus conquistas, sus persecuciones, su amor a las democracias,

(1) Se ha sostenido que Mitre en 1848 redactó *El Mercurio*, de Valparaíso. El dato nos parece errado. Ello no consta, como ocurre con Sarmiento, en los libros de pago de ese diario. Ni Tornero en sus *Recuerdos de Un Viejo Editor*, ni Molinare en su estudio sobre *El Mercurio*, citan su nombre ni siquiera como allegado a su redactor entonces, Juan Carlos Gómez.

sus declamadores conceptos en pro de la caridad social, lo convierten en un ardoroso jacobino. La palabra del pipiolo Mitre, siempre suave, animada y reflexiva, pesa en los círculos y en los corrillos de oposición. Con Bruno Larraín, con Federico Errázuriz, con Bilbao, Lastarria y Vicuña Mackenna, forma parte de los comités de la Sociedad de la Igualdad.

Después toma bajo su dirección la redacción de *El Progreso*. En sus anhelos liberales Mitre se deja llevar por la pasión. El tono general de la prensa desborda en la injuria. Violencia y acritud la sintetizan. La candidatura presidencial de Montt, apoyada en la intervención gubernativa, suscita el enardecimiento de los grupos liberales. Mitre la combate con tenacidad, con energía. Para hacerle frente, levanta la de Ramón Errázuriz. En el escenario cotidiano de la política, Errázuriz era sólo un nombre. Alejado de ella, de mal carácter, retraído de sus escaramuzas, sin grandes simpatías, solamente podía contentar al círculo santiaguino. Le faltaba nombre, aureola y popularidad desde el momento en que había bajado del Ministerio de lo Interior en el primer gabinete de la administración Prieto, impelido por su desacuerdo con Portales. Aquella candidatura era un fracaso. Mitre opuso entonces la del General Cruz. También estaba condenada a morir de anemia. Toda lucha era imposible ante la coalición de los elementos de gobierno.

El desarrollo de los acontecimientos posteriores precipitó el triunfo de la candidatura Montt. Abortado el motín de Urriola el 20 de Abril de 1851, quedó destruida la oposición. Mitre fué perseguido y encarcelado. Su prisión la compartió con Vicuña Mackenna; después vino la sentencia y salió expatriado al Perú. Fué su compañero de destierro Lastarria, y en Lima se le llamaba «el chileno Mitre». Algunos años más tarde, cuando en su patria ocupaba la primera magistratura. Hermógenes de Irisarri le recordaba la escena de su prisión en Santiago en esta curiosa carta:

«Santiago de Chile, Diciembre 29 de 1858.—Señor don Bartolomé Mitre.—Queridísimo salvaje unitario: Desde que tuvisteis la peregrina ocurrencia de abandonar las márgenes del Mapocho, por iros a habitar las caudalosas del Plata, no he dejado un sólo momento de seguirus con los ojos del entusiasmo

por dondequiera que os habéis hallado. Más de una ocasión os habéis presentado a mi vista acuchillado y lleno de heridas mortales, otras os he visto ensartado como una lagartija en la lanza de uno de esos indios que os hicieran tomar el portante en la fiesta de la vez pasada (traslado a Diego el historiador (1) para que os recuerde las fechas que yo no pongo), y no ha faltado momento en que os haya contemplado en el pináculo del poder, donde ahora os halláis, y de donde no conviene descendáis violentamente, para que no vayáis a caer en algun hediondo calabozo como aquel en que os hallé aquella tarde tenebrosa de obscura memoria (2).

«¿Os acordáis? Pobre Aquino. Presente lo tengo en aquel instante en que yo os saludaba riendo, con mi saludo acostumbrado. ¿No os dije, salvaje unitario, que os habían de pillar? Como se reía el pobre Aquino, y como os reíais vos también, escondiendo el fósforo que debía ayudaros a buscar el gollete de una botella que os servía de candelero. ¿Os acordáis que os llevamos una palmatoria a las nueve de la noche? Cuánta fatiga para tan poca cosa. Un cirio pascual merecáis por confiado. ¿No os dije que os habían de pillar? Allá tenéis a nuestro buen don Dieguito. Ese va allá también por porfiado. También le dije que lo habían de pillar: no lo quiso creer al principio, pero pensando con más cordura ha resuelto pasar a Buenos Aires a tomar otros que los que aquí han querido hacerle probar en un presidio, al que llevan a los enemigos demasiado hostiles de la administración.

Ya conocéis vos esa breva. Refugiado en esta Legación, amparado por mis cuatro banderas (3) lo suelto para que vaya a perturbaros un rato por allá. Sujetadlo tanto tiempo como os parezca prudente, porque me temo que si lo soltáis de alla vuelva otra vez a meterse aquí en alguna otra franjirola que le cueste más caro que la presente, y todavía más que otro tanto de lo que a vos os valieron vuestras gracias en *El Progreso y El Co-*

(1) Diego Barros Arana.

(2) Alude a la prisión del General por su oposición al gobierno.

(3) Hermógenes de Irisarri, hijo de Antonio José, era Ministro de cuatro de las repúblicas centroamericanas en Santiago, y en su Legación se había refugiado Barros Arana perseguido por el gobierno de don Manuel Montt.

mercio. Tenedlo allá, por el amor de Dios. Diego es opositor acérrimo: ya sabéis que esto es lo mismo que anunciaros que está punto menos que loco, o si no, decidme ¿qué os parecen los opositores que allá estan incomodando? ¿No es verdad que están locos? Pues ajustadme esas medidas.

De veras, mi querido Mitre. Tengo muchas ganas de saber como os encontráis para ayudarme con todas vuestras fuerzas en la campaña que tengo emprendida contra los filibusteros de los Estados Unidos del Norte (1). A Diego le encargo ese negocio. Necesito vuestros buques y vuestros soldados para que me cubran la entrada a San Juan del Norte en Nicaragua. ¿Cuántos podréis poner a disposición de los centroamericanos? Contestad a esto con seriedad. Diego os hablará latamente sobre el particular.

Si tenéis la bella ocurrencia de escribirme, haced que vuestra carta me llegue con una letra legible, porque leer la vuestra no es un regalo para nadie cuando escribís de priesa. De todos modos, que no os acobarde, porque me daréis un placer, aunque tenga el trabajo de decifrar vuestros jeroglíficos.

Recibid memorias de todos los de esta casa, que siempre os recuerdan con verdadero cariño. La señora Ana Josefa, mi suegra, Ana Rosa, mi señora esposa, Felicidad y hasta mi pequeño Alfredo, que si no será el grande, por lo menos será el gordo.

Quedad con Dios y con ventura. Vuestro amigo verdadero.—
H. DE IRISARRI.

Sin que las luchas políticas, durante su primera permanencia en Chile absorbieran del todo sus quehaceres, Mitre dedicó largas vigiliias al estudio. Completó su cultura y amplió considerablemente el campo de sus aficiones intelectuales. El mismo ha confesado en uno de sus libros que debió a Barros Arana su dedicación al estudio y compulsas de documentos históricos, y lo ha dicho eso como agradecido de la influencia que sobre él ejerciera su incomparable rival. Al mismo tiempo fué Barros Arana quién lo vinculó con la intelectualidad chilena que era la representante de la aristocracia santiaguina. De esa época data su amistad con Vicuña Mackenna, con los Amunátegui, con

(1) Alude a las últimas piraterías de Walker.

Lastarria, con Ambrosio Montt, con Bilbao, con Santiago Arcos. Amistad inalterable que él mantuvo cariñosamente durante cinco lustros.

Ha quedado aún el recuerdo de las veladas de Mitre en casa de doña Emilia Herrera de Toro, y ha quedado también el recuerdo de una amistad suya, romántica, casta y suave. En 1850, a la vuelta del destierro, conoció a doña Eugenia Vicuña y Toro de Rodríguez Peña. Era una joven hermosa, radiante de finura y elegancia, cuyo esposo era hijo de un prócer de la independencia argentina. En la casa de aquella dama elegante y aristocrática, reuníanse de continuo los emigrados argentinos. Mitre, a quién distinguía un temperamento soñador y afectuoso, cultivó con ella una amistad estrecha, lo que hoy se llamaría una amistad amorosa. El idilio fué corto; pero siempre le persiguió la visión de esa mujer, y en sus versos quedaron muchas veces huellas de su recuerdo con melancólica expresión. En 1852 regresó a su patria, y treinta años después, en 1883, cuando regresó a Chile en busca de materiales para su Historia de San Martín, solicitó de Vicuña Mackenna ser el padrino de una de sus hijas: «Quiero, le dijo, que haya siempre en Chile una Eugenia Vicuña. No tanto por ser hija de uno de mis más viejos e ilustres amigos, como por que lleva el nombre de un sér que conocí en mi juventud y nunca olvido, un sér admirable, todo hecho de belleza, de talento, de virtud».

GUILLERMO FELIÚ CRUZ.

LA ENSEÑANZA DEL CASTELLANO Y LA REFORMA DE LA GRAMÁTICA

(Continuación)

§ 9. Veía luego que debía hacer preceder el estudio de la gramática castellana propiamente tal por una introducción general que explicara a los alumnos las bases generales de todo estudio lingüístico: las relaciones que hay entre el pensamiento y el lenguaje, entre la lengua y la gramática, entre lengua y dialecto; definiciones de las distintas especies de gramática, de la estilística y sus subdivisiones; de la oración y sus partes; clasificaciones de las diferentes especies de proposiciones, de las palabras, de sus formas y sus funciones, etc. A esto debía agregarse el estudio de la fonética general, de la historia de la escritura, de las teorías acerca del origen del lenguaje y de la clasificación genealógica y morfológica de los idiomas y, en general, observaciones sobre la vida y el desarrollo del lenguaje. Este «curso de lingüística general» se hizo obligatorio para los estudiantes de idiomas cuando la cátedra de lingüística castellana se distribuyó en los tres años de estudios.

§ 10. Durante el curso de gramática tomaba siempre como base la obra de don Andrés Bello, no sólo porque era la gramática castellana más completa y más científica (1), sino también porque este libro había sido desde medio siglo la norma de toda la enseñanza del ramo en Chile, con exclusión de la gramática de la Real Academia Española, que en España y en la mayor parte de los países hispano-americanos se consideraba como autoridad única. Pero no era mi ánimo tratar como autoridad absoluta la gramática de Bello; en ciencias no hay autoridades absolutas. Verdad científica es en cada momento la teoría que parece explicar mejor los hechos que representa la naturaleza. Cuando se nota que una explicación no es satisfactoria, se cambia la teoría: en esto consiste el progreso de las ciencias. Pero es precisamente una desgracia singular el que

(1) He expuesto mi opinión sobre la gramática de Bello con mayores detalles en las pájs., 10-18 del folleto *¿Para qué estudiamos Gramática?*

la gramática desde los tiempos del renacimiento casi siempre haya sido considerada, no como una ciencia, sino como un dogma. Bello mismo dice de las malas definiciones (Gram. Nota III, pág. 343 en la edición de Cuervo): «se repiten y se repetirán, Dios sabe hasta cuando, porque la gramática está bajo el yugo de la *venerable* rutina». Cuervo en la introducción a sus Notas, pág. 6, insiste con mayor detenimiento: «Desde que a fines del siglo XVI se declaró en España texto exclusivo para la enseñanza del latín, atribuyéndolo a Nebrija, el arte compuesto por P. Juan Luis de la Cerda, ha sido la gramática objeto de monopolio más o menos exclusivo de los pueblos que hablan castellano, con lo cual nos hemos acostumbrado a ver en esta disciplina no sé qué de fijo y puramente preceptivo, extraño a todo progreso, sea en la investigación de los hechos o en su explicación, sea en la clasificación o en la nomenclatura; y por consiguiente todos, sabios como ignorantes, apegados a lo que de niños aprendieron, con dificultad admiten innovación alguna, y raras veces perciben la diferencia entre una obra de rutina o de caprichosas invenciones y una obra científica. A pocos se les ocurre que el mérito de un libro filológico, ni más ni menos que de uno sobre anatomía o botánica, consiste en la claridad con que represente el estado actual de la ciencia y en que abra horizontes para nuevas investigaciones; y por lo mismo ninguna obra de esta especie tiene valor definitivo. Es esto tan cierto que ya obras monumentales como las de Bopp, Díez, Draeger van cediendo el puesto a otras, que a su vez se oscurecerán cuando aparezcan las que resuman los adelantos subsiguientes. *Ninguna extrañeza pues ha de causar el que, con ser admirable la obra de Bello, requiera ahora en algunas partes rectificación o complemento*».

§ 11. Siendo estas palabras de Cuervo la clara expresión del único punto de vista posible en materia científica, se comprenderá que recomendará siempre a mis alumnos la edición de la gramática de Bello con las notas de Cuervo e insistiera en demostrarles cómo Cuervo puede tantas veces rectificar y completar a Bello porque dispone de un profundo conocimiento de toda la literatura filológica y lingüística que se ha formado desde mediados del siglo pasado principalmente en Alemania, y, además, había hecho numerosos estudios originales de filología castellana, publicados casi todos en revistas científicas francesas.

§ 12. Se comprenderá que en mis lecciones tuviera a menudo que añadir críticas nuevas a la que presentaba Cuervo, para poner las teorías sobre la lengua castellana de acuerdo con las ideas científicas modernas. Sobre todo hallaba yo siempre muy inconveniente la conservación de algunas innovaciones de la terminología gramatical de Bello que no han sido aceptadas por

otros filólogos. El estudiante chileno que quisiera consultar obras o revistas filológicas europeas encontraría a menudo dificultades si no aprendiera la terminología internacional. Se refiere esta observación por ejemplo al nombre *atributo*, con el cual Bello designa lo que se dice del sujeto de una oración, es decir, lo que en lógica se llama en todo el mundo el *predicado*, mientras por atributo se entiende un adjetivo que acompaña (modifica o determina) a un sustantivo. Otro ejemplo sería el denominar conjunciones solamente las palabras que introducen proposiciones coordinadas, dando a las *conjunciones subordinantes* (por ej. *si* condicional) el nombre de *adverbio relativo*, que, según mi opinión, solo corresponde a *donde*, *como*, *cuando* con antecedente adverbial. También los nombres, en sí muy sistemáticos y aceptables, que Bello dió a los tiempos *copretérito*, *ante-copretérito*, etc., tienen el inconveniente de no haber sido registrados por ningún diccionario castellano hasta hoy. En la enseñanza de lenguas extranjeras sobre todo, difícilmente podrán reemplazar a los términos antiguos de *imperfecto* y *pluscuamperfecto*, que también para el castellano guardan su utilidad. Otro inconveniente grave me parece ser el que Bello no reconozca un pronombre personal de tercera persona, llamando a *él*, *ella*, *ello*, etc., formas íntegras del artículo. Tampoco se puede enseñar que haya un *caso* terminal distinto del acusativo (1).

§ 13. Pero el defecto más grave de todas las antiguas gramáticas estaba, según mi opinión, en la falta de un análisis general de la oración simple y compuesta, de los fenómenos de de coordinación y subordinación sintáctica, del significado lógico y de las funciones de todas las diferentes clases de palabras. Definiciones científicamente aceptables de los fenómenos generales de la flexión, de la declinación y sus casos, de la gradación de los adjetivos, la conjugación de los verbos; de la persona gramatical, de las voces, los modos, los tiempos faltaban casi en absoluto. Se daba en general por establecido el conjunto de los fenómenos de «la gramática», es decir, de la gramática latina. A este respecto Bello se adelantó mucho a sus contemporáneos suprimiendo la declinación, completamente imaginaria, de los sustantivos castellanos, lo mismo que mostró a comienzos del siglo XIX el camino por el cual ha de seguir la reforma de la ortografía castellana, iniciada con tanto tino y éxito un siglo antes por la Real Academia. Pero muchas definiciones, p. ej., de las partes de la oración, reducidas a su justo número, quedaban defectuosas. Su análisis de los tiempos cons-

(1) Otras objeciones pueden verse en *¿Para qué estudiamos gramática?*, págs. 33 y 34.

tituye un enorme progreso; pero el de los modos es poco satisfactorio y el de las voces del verbo falta por completo.

Así me quedaba mucho que hacer para amoldar la gramática castellana a las exigencias de la gramática científica moderna. La clasificación de las oraciones de Bello en regulares y anómalas, toca solo un punto secundario gramatical. El carácter lógico diferente de las oraciones en las cuales el elemento principal del «predicado» es el verbo, con sus subdivisión en neutro, transitivo simple (con acusativo complemento directo) y transitivo doble (que además contiene un complemento dativo, indirecto, en el cual termina la acción) y las oraciones, que conviene denominar *atributivas*, porque el elemento principal del predicado es un adjetivo, *atributo predicativo*, no se hacía resaltar de la manera necesaria. La clasificación de las oraciones subordinadas según el elemento que sustituyen en la dominante en sustantivas, adjetivas, y adverbiales, que es de fundamental importancia para la recta comprensión del mecanismo de la oración compuesta, no se tocaba en absoluto.

RODOLFO LENZ.

(Continuará).

NOTAS Y DOCUMENTOS

El 9 de Enero de 1886 y el 7 de Enero de 1891.—Santiago, Mayo 28 de 1921.—Señor Joaquín Rodríguez Bravo.—Mi estimado señor y amigo:

Acabo de concluir la lectura de su interesantísima obra «Balmaceda y el conflicto entre el Congreso y el Ejecutivo», que usted tan bondadosamente me obsequió y puedo ya darle las gracias por el obsequio y felicitarlo muy sinceramente por la obra.

Es un estudio de una época capital de nuestra historia, que a usted le honra, sobre todo por la investigación de los hechos generales, la apreciación de sus efectos y consecuencias y el juicio sobre los hombres y sus actos.

Usted se adelanta al fallo de la posteridad. El retrato que usted diseña de Balmaceda, es, en mi concepto, exacto; puede ser incompleto, pero nada tiene que no sea verdadero.

Está usted también en la verdad al apreciar los móviles y la conducta de los hombres y de los partidos de la revolución. Puedo dar testimonio de la elevación de miras, del desinterés, de la abnegación y del patriotismo de todos ellos. Por eso triunfaron, restablecieron el orden constitucional y dieron al país la libertad electoral.

Porque ésta fué la causa de los sucesos que usted estudia y relata; lo que se debatía y peleaba era el derecho de los chilenos a elegir a sus mandatarios, sobretudo al Presidente de la República. No lo quisieron ver, ni Santa María en 1885, ni Balmaceda en 1890, y la revolución vino. ¡Inexplicable ceguera! El 9 de Enero de 1886 y el 7 de Enero de 1891, son dos fechas gemelas, que ponen de manifiesto la voluntad y las energías del país para la conquista del derecho electoral y la defensa del orden constitucional, y el egoísmo torpe y el ofuscamiento delictuoso de sus gobernantes por mantener «el depósito sagrado» que habían recibido de sus antecesores y que debían transmitir intacto a sus sucesores. Así llamó Balmaceda, «depósito sagrado», a la usurpación del derecho a elegir el Presidente de la República!

Pero yo no quiero comentar, sino felicitarle, pidiéndole, sí, permiso para una pequeña rectificación.

Usted dice que en la lucha que se desenlazó el 9 de Enero, la oposición no estaba dispuesta a ceder. Es un error; y lo mas grave es que el presidente de la Cámara y el Gobierno sabían que las contribuciones habían de aprobarse regularmente pocos días después de fenecida la ley que autorizaba su cobranza.

Al día siguiente o subsiguiente de la noche del 5 al 6 de Enero, fecha en que expiró la autorización para cobrar, la Cámara estaba citada a sesión, y antes de abrirse ésta, el presidente se dirigió a mí y me pidió le manifestase si el propósito de la oposición era prolongar indefinidamente su resistencia al despacho de la ley de contribuciones. Contestéle negativamente y le dije que el 9, el 10 o el 11, en todo caso nunca más allá del 12 de Enero, la ley sería discutida y despachada.

Este dato llegó a conocimiento del Gobierno, como era natural, el cual exigió, sin embargo, el golpe a la araucana del 9 de Enero, para mantener el prestigio y la autoridad del Presidente de la República y del Ministerio. Esta es la verdad de las cosas.

Puede usted tener la satisfacción de haber escrito con imparcialidad, con justicia y con fidelidad en sus rasgos generales una parte de la historia de nuestro desenvolvimiento político, que es gloria del pasado y lección del porvenir.

Con sentimientos de la más alta consideración y aprecio, me suscribo de usted su obsecuente servidor y amigo.

ENRIQUE MAC-IVER.

La Cruz Roja contra el cáncer.—La Cruz Roja empezó alzando su emblema de caridad y piedad por los campos de batalla. Su misión consistía en remediar el mal hecho al hombre por el hombre. En todas las guerras ha venido a recordar la fraternidad olvidada, la mitigación del dolor y los horrores, la esperanza de la humanidad que se destruye en la humanidad que se inmole. Cuando no se respetaba nada, ni la vida, ni el pudor ni los monumentos, que son patrimonio del mundo, era respetada la Cruz Roja. Por todo el bien que ha hecho y por haber sostenido sobre la ira horrenda de los combates un ideal de bondad, hay que venerarla.

La Sociedad de Naciones ha comprendido que para la obra de paz tendría en la Cruz Roja un auxiliar precioso. El pacto solemne que abre los tratados surgidos del gran conflicto, reclama su concurso. «Los miembros de la Sociedad»—dice el artículo 25—«se comprometen a estimular y favorecer el establecimiento y la cooperación de organizaciones voluntarias nacionales de la Cruz Roja, debidamente autorizadas, que tengan

por objeto el mejoramiento de la salud, la defensa preventiva de las enfermedades y el alivio de los sufrimientos del mundo».

Si de la cuna del niño y del hogar desaparecen los contagios eternos, el pueblo comprenderá que una influencia bienhechora reina sobre la tierra. Viéndola combatir con éxito las enfermedades, pondrá su confianza en una organización internacional cuya misión consiste en suprimir el azote más terrible que existe: la guerra que, como las enfermedades, diezma la especie humana.

La Liga de Sociedades de la Cruz Roja emprendió ya una acción eficaz contra el tifus. Su Boletín contiene una documentación práctica, hábilmente preparada para suscitar iniciativas y generosidades. Su organización constituye una inmensa red protectora sólidamente tejida por las agrupaciones nacionales y que será, en un plazo no lejano, una hermosa y benéfica realidad, capaz de despertar una confianza absoluta en la acción coordinada.

Unidas por la creación y la salvación de la vida, las naciones formarán bloque para evitar la guerra, que es un atentado a la vida física y moral.

Por otra parte, no hay lección de solidaridad más grande que el contagio, ni mejor incitación al deber de ayuda mútua. Si las naciones ricas y cultas dejan a otras naciones en la miseria y la ignorancia, tarde o temprano se infiltrarán en las primeras, gérmenes malos, agentes morales de epidemias.

La Liga de Sociedades de la Cruz Roja tiene una vasta empresa de educación y defensa que cumplir. Lo que ha hecho la Cruz Roja en el pasado garantiza la eficacia de su obra de paz.

Permitáseme ahora, pedir a la Liga que concentre su esfuerzo en un punto especial, que emprenda una campaña contra una de las mas alevosas y terribles enfermedades que afligen a la humanidad. Me refiero al cáncer.

Ha llegado la hora de dar el grito de alarma en el mundo entero contra este horrible roedor de organismos. Nada se sabe todavía de su origen, ni de sus causas. La guerra ha favorecido al cáncer, dejando que se desarrolle de un modo amenazador. Ningún país se encuentra al salvo. Para exterminarlo, es necesario coaligarse todos. Un tesoro de guerra es menester para estudios y observaciones. La Liga debía reunir ese tesoro y ordenar su empleo.

No creo que haya nada más terrible que el cáncer. Se complace en alargar la agonía, en la lenta descomposición del ser que tiene en sus garras. Diríase que un instinto le guía. ¿No debe conservar el parásito la vida que lo nutre? Por eso el cáncer evoluciona con prudencia y cuando se declara, está ya sóli-

damente arraigado y prolonga la muerte de su víctima hasta los últimos límites de la caquexia y del agotamiento.

Descubierto a tiempo, el cáncer está considerado como una enfermedad local que puede extirparse o destruirse. El cirujano interviene con éxito, lo mismo que el médico por medio del radio o de los rayos X. Pero si por ignorancia o miedo el enfermo tarda en señalar su estado, en cáncer se generaliza, la víctima queda presa de su verdugo que empezará el suplicio sin tregua ni sosiego.

La opinión general es que deben adoptarse medidas urgentes para enseñar en todos los países los primeros síntomas del cáncer, de un modo sencillo y preciso (1) difundiendo millones de folletos. Descubierto en su estado embrionario, curado cuando todavía no está arraigado, se tienen todas las probabilidades para vencerlo.

Esta enseñanza hecha por la Liga salvaría millares de existencias cada año. Pero también es preciso que la ciencia descubra como nace y se reproduce ese monstruoso enemigo. Nada se sabe de él hasta que se instala. No hay prevención posible. El tiempo para combatirlo resulta escaso, porque cuando se descubre ya ha vencido. ¿Cómo pulula? ¿En qué forma se transmite? Es una lástima ignorarlo y el que descubra este misterio e ilumine tan horrendas tinieblas merecerá el nombre de Bienhechor de la Humanidad.

(1) He aquí como ejemplo, la hoja de propaganda contra el cáncer distribuida por la Liga franco-anglo-americana (residencia social: 2 Avenue Marceau, Paris).

LO QUE DEBE SABERSE

La enfermedad del cáncer aumenta de día en día. El cáncer ataca indistintamente a todas las clases sociales, tanto el rico como el pobre y a la mujer con más frecuencia que al hombre. Es una de las causas más frecuentes de defunción después de los cuarenta años de edad. *En Francia mueren de cáncer más de 32.000 personas.* Resulta incurable la mayor parte de las veces por la ignorancia del público que lo descuida al principio, porque *en el primer período de su desarrollo el cáncer no es doloroso.*

*Operado a tiempo
se cura en la mayoría de los casos
porque en sus comienzos
el cáncer es una enfermedad local*

Enfermos, desconfiad de las durezas indoloras del seno, de todo sudor pegajoso anormal, de úlceras tenaces en la lengua y labios, tumorcillos cutáneos que aumentan o se llagan, trastornos digestivos persistentes, sobre todo cuando van acompañados de enflaquecimiento, principios de constipación en personas que nunca la habían padecido.

En todos estos casos, consultad al médico.

La Liga de Sociedades de la Cruz Roja no puede mirar con indiferencia semejante problema. Es mundial y todavía más grave de lo que indican las estadísticas. El cáncer es tan repugnante que se le oculta como una afrenta. Muchas defunciones debidas al cáncer se atribuyen a otras enfermedades.

Ruego a la Liga de Sociedades de la Cruz Roja que ponga al cáncer entre la plagas que debe combatir, añadiendo una buena obra a las muchas que el mundo debe a la Cruz Roja.

JUSTIN GODART

La Imprenta Nacional de Washington.—Panamá, Marzo de 1921.—Señor Director de la REVISTA CHILENA.—Santiago.

Como una demostración de simpatía por esa Revista tan meritória y en la cual se han reproducido algunos escritos míos, le envío con especial interés una referencia positiva sobre lo que es y lo que puede la Imprenta Nacional de Washington, la cual visité detenidamente el año pasado.

Creo necesario que las empresas tipográficas de la América latina sepan los progresos y la eficiencia que ha venido desarrollando la citada Imprenta y para ello escribo esta información, basada sobre datos estadísticos tomados directamente de la documentación oficial.

Durante el año fiscal de 1920 dicha Imprenta realizó trabajos por valor de \$ 12.589.571,79, incluyendo material y personal, y cuya discriminación es como sigue:

Por composición de cajistas, monotipistas y linotipistas.....	\$ 3.198.093,02
Por corrección de pruebas.....	240.058,30
Por trabajos de estereotipía y electrotipía...	231.265,46
Por trabajos de prensa e impresion	1.237.683,89
Por trabajos de encuadernación de libros y panfletos	2.023.617,30
Por ilustraciones de fotograbado y litografía	277.200,98
Por valor del papel, cartulina y cartones....	4.006.700,18
Por valor de los trabajos recargados de sobretiempo	387.675,17
Por gastos varios	987.277,49
Suma.....	\$ 12.589.571,79

La cuantía del papel gastado en dichos trabajos puede calcularse en un 33% del valor total de lo invertido por personal y material.

Lo gastado por calorífico, luz y energía, durante el lapso apuntado, asciende a la suma de \$ 47.337,73.

Los trabajos de estereotipia y electrotipia, calculados en dimensión superficial, cubren una extensión de 15.692,960 de pulgadas cuadradas.

La Imprenta de Washington fabrica sus tintas. El año de 1920 produjo sesenta clases diferentes y las consumió en una cantidad de 130,314 libras. También fabrica los rodillos para sus prensas y los produjo a razón de 3,281 para cada prensa, invirtiendo 26,930 libras de pasta.

En el taller de metalurgia diariamente se funden y amalgaman 15 toneladas de metal para linotipos y monotipos.

La maquinaria que funciona en la Imprenta de Washington con todos sus accesorios, vale la suma de \$ 3.031.746,65, de acuerdo con el inventario practicado en 31 de Diciembre de 1920.

Por los datos apuntados el lector puede darse una idea del volumen y la cuantía de los trabajos ejecutados. Como dato curioso nos basta decir que la cantidad de tarjetas postales que se imprimieron el año pasado en la Imprenta de Washington, representan la cantidad de 700 millones.

En cuanto al tratamiento que la Imprenta dispensa a sus operarios, no puede ser más correcto y humanitario. El salario que devengan los cajistas, linotipistas, monotipistas, encuadernadores y los obreros de primera clase, es de 75 centavos por hora; se les pagan además las ausencias justificadas, los domingos y los días feriados.

Las horas reglamentarias de trabajo son 8 por día; las horas extras se recargan con un 25% del precio regular.

La Imprenta mantiene un dispensario médico muy bien atendido y suministra las drogas y las medicinas gratuitamente a sus servidores.

En el año fiscal de 1920 el promedio de empleados fué el de 4,066 diariamente, de los cuales sólo uno murió en el desempeño de sus faenas.

Esta Imprenta no trabaja sino para el Gobierno; no es, pues, una empresa de negocio, como no deben serlo jamás las empresas del Estado. La utilidad que reporta no es otra que la de la barata del producto y la oportunidad de su confección. De ahí que sus balances se salden por sí mismos y no por la cuenta de Pérdidas y Ganancias.

FEDERICO CALVO.

La psicología del partido político.—¿Qué es la democracia? La democracia es un organismo social dentro del cual todos deben vivir honestamente del trabajo propio. El feudalismo,

el absolutismo, la monarquía, por el contrario, permiten a unos vivir a costa de otros. En una democracia perfecta, las instituciones deben ser tales que obliguen a cada uno a trabajar, a la vez que a participar en la organización social y en la administración de la sociedad. Además de las instituciones, la democracia ha de contar con hombres infiltrados del ideal democrático: personas que vivan para su propio bien y el de los demás.

En las democracias actuales, solamente algunas instituciones pueden ser calificadas de democráticas. Y son tan imperfectas, en general, que no permiten la administración por el pueblo y el gobierno por el pueblo, sino a lo más la participación indirecta del pueblo en el gobierno. Aparte de esto, mucho del antiguo absolutismo subsiste. Y lo que falta más son hombres con espíritu democrático. Las malas condiciones sociales son, en último término, debidas principalmente a los hombres. Se puede gobernar pasablemente con malas instituciones; pero jamás se puede gobernar bien con malas personas. De aquí que el problema de la democracia sea, ante todo, un problema moral: formar y educar a los hombres para la democracia.

El examen psicológico del carácter del partido político es la mejor prueba de que el problema de la democracia es actualmente un problema moral. El régimen democrático actual, en efecto, aplícase por mediación de los partidos. Estos esfuerzanse en crear leyes e instituciones que permitan a la sociedad vivir y prosperar. Pero como las colectividades no pueden actuar por sí mismas, necesitan escoger hombres que las representen. Estos son los agentes ejecutivos de los partidos y de la sociedad: los jefes y factores decisivos.

Mas ¿qué significa tener influencia y ser jefe de un régimen democrático? ¿De qué manera un jefe y un factor influyente pueden ser demócratas? Un hombre público demócrata debe ser jefe e influir de igual modo que un poeta, un artista, un sabio. Trabaja y lucha como ellos, y como ellos fabrica su experiencia, venciéndose mil veces a sí mismo y sometiendo sus pasiones, sus instintos a su misión, a su ideal, a su deber de permanecer demócrata. Su grandeza está en la acción, dentro la cual toda su vida se halla concentrada.

Las masas gobernadas por un jefe así responden a su elevación. Síguenle, como van tras un artista creador, aquellos que su genio trasporta a otras esferas y otras regiones. Ven en él su propia encarnación. Viven con él y en él, mientras que él vive con ellas y en ellas. De tal manera, sin duda, serían gobernadas las multitudes en una democracia perfecta.

Examinemos ahora la situación actual. En la práctica los partidos políticos son colectividades formadas por dos elementos: una minoría directora, que actúa y gobierna, y una mayo

ría gobernada, que constituye la masa del partido. El conjunto debe laborar en vista de los intereses de ambos grupos, pero la minoría retiene siempre el mayor provecho de este trabajo común. De aquí resulta que el partido se condensa en sus jefes, en esta minoría que amenudo utiliza para sus fines a los demás miembros, esforzándose en retenerlos, concediéndoles, de vez en cuando, ciertas ventajas. En el partido nace entonces una oligarquía: a un lado los jefes que gobiernan; al otro, la masa a ciegas, conducida y gobernada.

¡Cuán lejos está eso de una verdadera democracia! La dirección material lleva entonces al abuso público de la función y a vivir confortablemente a expensas del partido. Y la dirección moral conduce al desenfreno de viles pasiones de egoísmo y orgullo y a un habil empleo de las masas para fines personales. Todo ello se hace gracias al partido, de suerte que el partido sufre las mismas dificultades y afronta los mismos problemas que la democracia.

Una verdadera democracia tiene necesidad de hombres realmente demócratas. Y tiene necesidad de hombres de partido diferentes de los actuales. Hoy, el hombre de partido es un sujeto peligroso para la sociedad. Además es un ser débil. Una convicción científica, religiosa, artística, da fuerza; en cambio, la convicción no fortifica al hombre de partido. Al contrario, le debilita. El partidista político está lleno de aprensiones por su convicción a la cual le liga su interés. Precisamente, una convicción científica, religiosa o artística da fuerza porque no atañe al interés: la del hombre de partido, a la inversa, porque vive afectada por él no es una fuerza. Además, la debilidad del hombre de partido se afirma porque ama demasiado a su partido; porque está falto de objetividad y se muestra intolerante y brutal ante las demás convicciones; porque propende a injusticias, a odios, a falta de tacto y de cultura; porque está esclavizado por el maquiavelismo, pues las finalidades de la colectividad se someten a los medios de realización, porque, finalmente, se inclina a la violencia y al fanatismo, a la corrupción y a la mentira. Tales son las razones por las cuales el tipo corriente del hombre de partido es el de un hombre peligroso.

Ahora bien, las cualidades del espíritu de partido van acompañadas de una serie de consecuencias directas e indirectas que son de gran importancia para la vida de nuestras democracias.

Como primera consecuencia puede señalarse que ellas empujan a la opinión pública hacia la brutalidad, lo cual ocurre con la prensa y con los individuos. Como los partidos políticos no rehuyen ninguna arma de combate por inmoral que sea, cuantos están interesados en los asuntos públicos reciben las salpicaduras de esa desmoralización. De otro lado, los perjudi-

cados intentan el desquite por los mismos procedimientos, y cuantos elementos entran en juego de la política se contaminan del ambiente. La prensa misma, que en la sociedad democrática es el órgano más importante de la vida pública, conviértese de esta manera en agente principal de la desmoralización y depravación de masas y costumbres públicas.

En el medio donde ese espíritu de partido se forma y donde se ha creado la psicología del partido, nacen el egoísmo personal, que se manifiesta tanto en los negocios particulares como en los públicos. El partidista se apoya sobre su partido: sabe que él le protegerá y que está obligado a protegerle en cuanto se proponga. A su vez débele ciertos sacrificios trabajando por su preponderancia con las personas que dependen de él y forzándolas a someterse a las órdenes de aquél. En recompensa, quiere estar seguro de que cada uno de sus actos será protegido por el partido. Con esta seguridad nada le repugna.

Conviene marcar otra consecuencia del espíritu de partido, que es de gran importancia desde el punto de vista social. Es la siguiente: por las manifestaciones y las maneras de proceder de los partidos políticos, se reducen al mutismo, se contrarían y se alejan la acción de los hombres de talento. Las personas que trabajan en cualquier ramo de la actividad, especialmente los intelectuales, necesitan hoy más que nunca la presentación y el apoyo del poder público, y como él rastrea adueñado por el partido, éste se entrega a un verdadero escamoteo, colocando en primer término a los dóciles que forman en sus filas y arrinconando y obscureciendo al sabio, al filósofo, y al artista, que no se avienen a servir sus intereses.

Tal defecto, capital del espíritu de partido, ni puede ocultarse, ni hay siquiera empeño en atenuarlo. Al contrario, casi el partido levanta esa injusticia como banderín de enganche. Pero con ello llegamos a las consecuencias más enervantes de esta situación. La crítica sin piedad, las agitaciones irritantes y engañosas, conducen al pueblo a no ver en toda la obra que se relaciona con el bien público más que una ilusión, un engaño, una hipocresía. El idealismo desaparece de la vida pública. Los partidos se acusan mutuamente de crímenes análogos, y en efecto, por su lógica parcial así como por su dialéctica, todos tienen razón y todos pueden probar la verdad de sus acusaciones. Con ellas las multitudes dejan de creer en el ideal que han visto proclamado, y los partidos mismos pierden toda la confianza de las masas. Aquella época en que los ojos de todos estaban fijos en la victoria de una idea, a la cual iba unida la existencia de un partido, de una de la que se aguardaba una liberación, un milagro, pasó para siempre. El vulgar materialismo económico, el más rudo y basto, espuesto sin disimulo,

aceptado sin escrúpulos, es el santo y seña de toda iniciativa pública y privada.

Otras consecuencias se derivan también de este cuadro político. Las formas de lucha provocadas por el espíritu de partido engendran una mutua antipatía y un odio recíproco entre todos los participantes en ella. El combate de los partidos, en vez de ser lucha de ideas y de opiniones, se transforma en un conflicto puramente personal, en que se hiere para arrebatar el poder del contrario, su posición y su honor. De esta manera se ha creado una situación insoportable. Cuantos en conjunto representan la vida nacional intelectual, resultan enemigos unos de otros. En los Municipios y en los Departamentos se forman pandillas personales, que tienen por misión destruir lo que el enemigo ha creado. Y surge un particularismo nefasto, un hondo separatismo del cuerpo nacional. Por este motivo es imposible que personas estimables de diferentes partidos puedan colaborar por la misma causa y con igual método: las grandes empresas nacionales, las acciones políticas ofensivas o defensivas, los esfuerzos intelectuales, instructivos y económicos del Estado mueren, con frecuencia, por el corrosivo de la disgregación.

Mas estos males no pueden atribuirse a la democracia, que no impera y que apenas conocemos, sino a la semidemocracia que nos gobierna. Vivimos un régimen falaz y engañoso, pero así y todo dentro de lo actual hay más garantías de una vida intensa y avanzada que la que pueden ofrecer todos los gobiernos aristocráticos.

El ideal debe ser convertir las miserables e imperfectas instituciones de hoy en instituciones perfectas y verdaderamente democráticas, y, sobre todo, instruir al pueblo para la democracia. Esto es, por encima de todo, un gran problema moral, y las individualidades fuertes, sanas y firmes y de un gran valor espiritual fueron siempre el resultado de todos los esfuerzos, de todos los fines y de todos los ideales de la inteligencia. Antes que formar los jefes demócratas hay que educar las masas. Al hacerlo desaparecerán las dificultades que presentan la democracia y el espíritu de partido. Y tendremos entonces una verdadera cultura política que será la expresión cierta de la democracia moderna.

EDUARDO BENES.

La ley de aumento de sueldos al personal de la enseñanza secundaria, superior y especial.—(Capítulo de un libro de reciente publicación).

De la existencia del Instituto Pedagógico y del título de Profesores de Estado, se ha derivado cierto desdoro en el público

por los problemas que se refieren a la enseñanza nacional. Se cree que esas son materias de especialistas, técnicas y acerca de las cuales es peligroso opinar. Mientras tanto, todos tienen que ver con este servicio, porque o se pasa por los colegios o se está en contacto con los que en ellos se preparan, y, porque, al cabo de cierto tiempo, Chile entero tiene que ser el fruto del sistema educacional que se haya dado o que consienta.

Todavía, los rumbos generales de la instrucción pública no son siquiera un asunto profesional de los profesores; lo serían más bien de los estadistas, si hubiera tal oficio; pero como en lugar de estos últimos existe el incierto tribunal de la opinión, que se forma con los debates libres y abiertos de la prensa, del libro y de la tribuna, toca más bien dilucidarlos ante ella. Y aún más, para planes de tamañas proporciones, acaso los menos aptos sean los maestros, cuyas vistas generales tienden a limitarse dentro de la esfera modesta y rica en pormenores de la escuela y ante la rutina del hábito profesional, que en ellos, como en cualquiera, un cambio de demasiada transcendencia produce las alarmas de las catástrofes con que se les lanza a lo desconocido.

Por esto, hay motivos para recelarse cuando se nos anuncia en la enseñanza pública una reforma de transcendencia que ha escapado al examen del gran público y que arranca únicamente de empeños y trabajos del profesorado. Resulta, más o menos, como la restauración de un monumento arquitectónico por iniciativa de carpinteros y albañiles, sin intervención alguna de ingenieros, artistas y arquitectos.

Y está, en efecto, al aprobarse en el Senado de la República un gran proyecto que lleva el nombre de LETELIER, por el Ministro que lo prohibió; pero que, desde su comienzo, se proclamó obra de profesores y que, desde aquel tiempo y a través de su áspera marcha, ha disfrutado constantemente del apoyo y sostén del profesorado.

¿Hay en el algo que traduzca aspiraciones nacionales, medidas de las cuales la enseñanza pública resulte más chilena, más constructiva del alma y de la voluntad de la nación? ¿Contiene estímulos para el apóstol consagrado al magisterio y procedimientos de eliminación para el que carece de vocación y de aptitudes para la enseñanza? ¿tiene, en suma, algún mecanismo de selección para el personal? ¿Encierra alguna línea que aclare el programa de ideales de la enseñanza, posee algún resorte que permita aprovechar la influencia de modernas corrientes de aspiraciones o de interpretaciones más adecuadas y oportunas de las nuevas necesidades de la República?

Es lo que trataremos de estudiar; porque, mientras en voz

alta hemos oído clamores muy jubilosos para aplaudirlo en el gremio pedagógico, hemos oído murmurar también que no es más que amarra y remate sólido de todo lo existente, con sus fallas y sin los correctivos que le son más indispensables. No falta quien crea que consulta apenas un aumento de sueldo del grueso del personal y medios de facilitar la fuga de lo que aún subsiste de prestigioso en su seno, haciendo posible esa jubilación que en la enseñanza no es beneficiosa si no se obtiene por ley especial.

Sin duda alguna, el profesorado, como los jueces y como la mayor parte de los servidores públicos, necesita mayor renta. Muy cierto. Pero también lo es, que conviene efectuar la fijación de los sueldos con algún discernimiento, a fin de que sean justos, alentadores de la laboriosidad y del celo de los buenos, castigo para los ineptos, y adecuados para fomentar aquellas corrientes de ideas y de aptitudes que en el momento actual reclamen mayor gasto de energías y un acopio más abundante de animosas voluntades.

Los defensores de la patria no reciben un salario a tanto la hora; se entregan por entero a su país, aceptan las comisiones que se les confían de Tacna a Magallanes y arrostran los rigores y sacrificios de la acción frente al enemigo en la guerra y de las maniobras en la época de la preparación bélica, en la paz. Ahora bien, los formadores del alma nacional ¿deben consagrarse con menos dedicación a su importante tarea? ¿No se deben también, por entero, a su noble apostolado, a fin de estar en condiciones de educar con su ejemplo y de ilustrar con su saber, sin escatimar las horas que deben a su acción directa sobre los educandos o al mejoramiento de sus condiciones personales para el trabajo a que se consagran?

Y si los ascensos en el ejército no son ley fatal e inevitable de los años de empleo, sino producto del trabajo que se ha hecho, del saber que se ha adquirido, de las aptitudes que se revelan, de los requisitos que se cumplen y de la justicia que se hace sobre una hoja de servicios bien formada y mejor examinada, ¿por qué no ha de ocurrir lo propio en la enseñanza y ha de hacerse que la carrera del profesorado sea perfectamente mecánica; que en vez de fundarse sobre una escala de progresión, hija del mérito, sea obra del calendario y obedezca ciegamente los mandatos del tiempo?

La milicia visible contra los enemigos exteriores no vale más que la milicia interna de la educación, que nos fortifica espiritualmente para constituir la patria sobre la base sólida de la virtud y del trabajo, y no tenemos por qué no medir a ambas por análogo cartabón y no procurar cimentar en las

dos, sobre laureles bien ganados, las altas dignidades y la competencia de los rangos superiores.

FRANCISCO ARAYA BENNET.

Obras completas de Verlaine.—La *Editorial Mundo Latino* empezará a publicar dentro de breves días la obra completa del genial poeta francés *Paul Verlaine*, traducida al castellano por los poetas españoles Emilio Carrere, Enrique Díez Canedo, Mauricio Bacarisse, Luis Fernández Ardavin y Heliodoro Puche.

Desde el renacimiento literario de 1898, el nombre de *Verlaine* ha adquirido enorme resonancia en España y América. Constantemente, en extensos trabajos de crítica, en artículos, anécdotas y bibliografías, se cita al grande y pobre Lilián como la bandera de la nueva estética.

Sin embargo, su obra, conocida fragmentariamente, no había sido reunida en una serie de volúmenes y era casi inédita para los lectores hispanoamericanos.

La *Editorial Mundo Latino* ha comprado la propiedad y derechos de traducción, y va a ofrecerla a la admiración de todos los países de habla cervantina. Emilio Carrere, el autor insigne de «El Caballero de la Muerte», era el más adecuado para interpretar el complejo espíritu del poeta de los «Poemas Saturnianos». Nuestro vate, mejor que nadie, podía comprender la honda y desolada tristeza del «Nocturno parisiense» y ha hecho una insuperable traducción, en verso, de este poema y de los demás que componen los «Poemas Saturnianos», primer tomo de la colección que aparecerá en breve.

«Los poetas malditos», obra que había sido considerada como intraducible hasta hoy, se ofrece a los espíritus amantes de la poesía, admirablemente interpretada por Mauricio Bacarisse, el escritor más culto y sutil de la juventud contemporánea.

Luis Fernández Ardavin, el gran poeta de «Miserere», es el traductor de «Fiestas galantes», el libro más encantador de *Paul Verlaine*.

El ilustre y profundo Díez Canedo ha traducido «Sagesse», el más grande poema católico, después del de Dante, según dice Charles Morice en el prólogo de la edición francesa.

La *Editorial Mundo Latino*, más que un negocio de librería, se propone hacer un apostolado de belleza, al difundir la obra inmensa del gran *Verlaine* en lengua castellana.

La empresa de traducir en verso la obra de *Verlaine*, se había considerado inaccesible. La publicación de la obra completa de *Verlaine* constituye un gran acontecimiento literario, según lo ha reconocido ya la prensa madrileña.

De los volúmenes en prosa se ha encargado Heliodoro Puche. Este poeta español ha sabido interpretar la prosa poética y torturada del gran poeta francés.

Los volúmenes están artísticamente decorados e ilustrados por Dehesa de Mena, y nadie mejor que él podía dar plasticidad a las sutiles concepciones del genial *Verlaine*.

X. X.

BIBLIOGRAFIA

W. B. Scott.—*La teoría de la evolución*, traducida del inglés por don Antonio de Zulueta. Madrid, 1920. Un volumen de 210 páginas.

En este libro, de fácil lectura—dedicado no sólo a naturalistas y médicos, sino acaso aun más a ese público educado e inteligente que, sin ser profesionalmente científico, siente la necesidad de una sólida cultura moderna,—se expone el estado actual del tan debatido problema de la evolución de los seres vivos.

El autor, profesor de Princeton (Estados Unidos), ha escrito su obra para combatir el, a su juicio, erróneo concepto, tan extendido hoy en la opinión pública, de creer que la teoría evolucionista está en crisis y que es sólo un artificio gastado, que los naturalistas están empezando a desechar. Error nacido, según Scott, de que el público no se fija en que una cosa es admitir el *hecho* de la evolución, en lo que reina casi unanimidad entre los naturalistas, y otra estar de acuerdo en cuanto a la manera como la evolución obra, y en cuanto a sus causas eficientes, en lo que la discrepancia es grande y ruidosa.

Por otra parte, se observa entre los médicos y algunos naturalistas no muy especializados en estos estudios que, a causa de haberseles dado en su educación por tan completamente probada la verdad de la teoría de la evolución, sólo tienen una vaga idea de los testimonios en que se apoya esta doctrina.

Y esto es lo que constituye la obra de Scott: una exposición sucinta de todas estas pruebas, hecha de un modo completo, huyendo en

lo posible de todo lenguaje técnico, y aportando, al lado de las pruebas antiguas remozadas, las más modernas, las fundadas en las reacciones de la sangre, en el mendelismo, etc. Resultando el mejor y más moderno alegato que pueda hacerse a favor del hecho de la evolución.

La traducción ha sido hecha por el señor Zulueta, profesor en el Museo Nacional de Ciencias Naturales, persona de tan reconocida competencia en estos asuntos.

S. P.

El Conde Lucanor, por el *Infante Don Juan Manuel*. Editorial «Saturnino Calleja». Madrid.—1920.

Llama Menéndez y Pelayo, en su *Orígenes de la Novela*, al libro de Juan Manuel, «la obra maestra de la prosa castellana en el siglo XIV». No nos atrevemos nosotros a decir tanto; la creemos, sí, una de las obras más originales y poderosas de ese siglo, incluyendo las poéticas; y esto ya es mucho decir. tratándose de la época en que floreció el inmortal Arcipreste de Hita, uno de esos genios excepcionales que sintetizan y compendian toda la gloria de un período literario.

Apartémonos del valor histórico de «el libro de los enxiemplos» que se cuenta, con el Decamerón de Boccaccio, como una de las primeras obras novelescas. Puede señalarse su aparición, juntamente con la de algunas otras prosas de Alfonso XI, como el nacimiento de la novela española. Analicemos únicamente su valor literario, y esto nos

basta, y nos sobra, para colocarla en un puesto de honor.

Tratemos de su valor intrínseco: hablemos primero de su *estilo*, y después de su *espontaneidad*, y de su *realismo* y de su *sentido filosófico*.

Para el que conoce la literatura contemporánea, en ese libro, la cosa más sorprendente que aparece en él, es el estilo. Hay ciertamente, estilo en Juan Ruiz, estilo en el autor de las *Cantigas*, pero en ninguna parte como en *El Conde Lucanor*. Y ese es uno de los más grandes méritos de la novela del Infante: fué la primera que reveló en el estilo un verdadero sello personal y original. La prosa de Don Juan Manuel es inconfundible. Es galana, fluida, ligera, flexible. No tiene esas torpezas y esas infantilidades de la prosa contemporánea, aunque huele a la legua a clasicismo medioeval, por la falta absoluta de imágenes y por la ausencia completa de eso que podríamos llamar *virtuosismo* literario que caracteriza a las obras de nuestra época.

Como breve ejemplar del estilo de don Juan Manuel, no puedo resistir al deseo de presentar algunos párrafos de su delicioso cuento «De lo que contesció a un Deán de Santiago con Don Yllán, el gran maestro de Toledo», verdadera obra maestra de otra obra maestra:

«Señor conde—dijo Patronio—, en Sanctiago había un Deán que había muy grand talante de saber el arte de la micromancia, et oyó decir que don Yllán de Toledo sabía ende más que ninguno que fuese en aquella sazón; et por ende vínose para Toledo para aprender de aquella sciencia. Et el día que llegó a Toledo aderezó luego a casa de don Yllán et falló que estaba leyendo en una cámara muy apartada; et luego que llegó a él, recibiólo muy bien et dijol que non quería quel dijese ninguna cosa de lo porqué venía fasta que hobiese comido. Et pensó muy bien dél et fizoldar muy buenas posadas, et todo lo que hobo mester, et diol a entender quel placía mucho con su venida.

«Et después que hobieron comido, apartose con él, et contol la razón porque allí viniera, et rogol muy afincadamente quel mostrase aquella sciencia e que el había muy grant talante de la aprender. Et Don Yllán dijol, que él era Deán et homne de grand guisa et que podía llegar a grand estado—et los homnes que grand estado tienen, de que todo lo suyo han librado a su voluntad, olvidan mucho aína lo que otrie ha fecho por ellos—et que él que se recibía que, de que hobiese aprendido dél aquello que él quería saber, que non le faría tanto bien como él le prometía. Et el deán le prometió et le aseguró que de cualquier bien que él hobiese, que nunca faría sinón lo que él mandase.

«Et en estas fablas estudiaron desque hobieron yantado fasta que fué hora de cena. E de que su pleito fué bien aseogado entre ellos, dijo don Yllán al Deán que aquella sciencia no se podía aprender sinón en lugar muy apartado et que luego esa noche le quería amostar do habían de estar fasta que hobiese aprendido aquello que el quería saber. Et tomol por la mano et llevol a una cámara. Et en apartándose de la otra gente, llamó a una manceba de su casa et dijol que toviese perdices para que cenasen esa noche, mas que non las pusiesen a asar fasta que él se lo mandase».

Dice Menéndez y Pelayo que el infante Don Juan Manuel, hidalgo de regia estirpe, es un escritor aristocrático y refinado. Esa modalidad se revela patentemente en su prosa elegante y galana, antítesis del verso desenfadado del Arcipreste, clérigo follón y cínico.

He hablado de la *espontaneidad* de la prosa de este libro. Efectivamente, uno de los rasgos peculiares de esta novela es la especie de *sinceridad paternal* que la caracteriza, y la hace a veces ingenua, a veces candorosa, a veces grave. Pareciera que al escribirla, el infante Don Juan Manuel no se hubiera preocu-

pado en lo más mínimo de *hacer literatura*, preocupación absorbente de los escritores de hoy, sino sencillamente un honrado libro lleno de máximas, buenos consejos, escrito en prosa amena que brota espontáneamente de la pluma como la palabra de labios de un buen amigo. Nada de rebuscamientos, nada de afeites, nada de *preciosidades* ni cosa parecida. Don Juan Manuel no ha vuelto a leer una sola página de su libro para corregirla. Su alma límpida, de buen cristiano y honrado caballero (que las dos cosas era a la vez, al mismo tiempo que dudosos espadachín perturbador del orden, según se infiere de los interesantes episodios de su vida), se viste por entero en una prosa no menos límpida, no menos cristiana, no menos honrada y no menos caballera...

Realista, he dicho. En verdad, todos, o la mayor parte de los libros españoles de la época, han sido realistas, no tomando esté vocablo en su sentido, diremos, técnico-literario, sino en su acepción llana y común. Realista, porque Don Juan Manuel, como Juan Ruiz, como Lulio, como el Rey Sabio, vertió en el libro lo que él creía la verdad desnuda, relató las cosas tal como aparecían en la vida real, sin artificios ni embellecimientos artísticos, ni romanticismos deformadores. Es cierto que siempre, por más realista que sea una generación de escritores, hay entre ellos infinita diversidad de matices. Así, en esa época, el escritor satírico, y poeta más genialmente, más cabalmente, más brutalmente, si se quiere, realista, ha sido el Arcipreste de Hita. Precisamente (un detalle), Amador de los Ríos, hablando de la forma en que ambos escritores han tratado a la *mujer*, alcanza, con su sagaz sentido crítico, la diferencia profunda que los separa. Repudia, con un criterio que tal vez haya creído *moral*, pero que en realidad resulta profundamente equivocado, a la *mujer* del Arcipreste, a la mujer que este gran satírico pintó tal como era en aquella época, con su

inferioridad, sus debilidades, sus manchas y sus vicios... En cambio, se inclina con respeto ante la mujer de Don Juan Manuel, la mujer cristiana, piadosa, llena de virtud, de temperamento superior, sensible y honrada, pero que no es, en *El Conde Lucanor*, nada más que una mujer quimérica, imposible; el tipo de la mujer ideal, y no el tipo medio de la mujer real; ante esa mujer exquisita que nos pintó Don Juan Manuel en «De lo que confesó a Saladín con una dueña mujer de un su vasallo».

Es *El Conde Lucanor* un libro filosófico. No es decir esto, tal vez afortunadamente, un libro profundo, ni sutil, ni metafísico, ni teológico. Su filosofía es completamente cristalina, cristalina como lo es la filosofía sencilla y práctica del pensamiento popular, *villano*, como se diría entonces. Hasta tuvo el autor el cuidado de llevar a su libro asuntos y temas populares y divulgados. Ninguno, o casi ninguno de sus cuentos es original. Casi todos habían sido tratados, ya por cuentistas orientales (de aquí el carácter a veces marcadamente simbólico del libro), ya por fabulistas griegos o latinos. Y sabido es que los autores orientales y antiguos, sobre todo los cuentistas y apologeticos, bebieron en la leyenda y la imaginación populares la inspiración de sus fábulas y fantasías. Son pues en *El Conde Lucanor*, «*enxiemplos*» vulgares y sencillos, cuya moraleja se desprende por sí sola. *El Conde Lucanor* es un libro lleno de eso que los franceses llaman un «*gros bon sens*». Filosofía práctica y rudimentaria que sabe de las cosas de todos los días, que os habla de la forma de reconocer los buenos amigos, de preservarse de la pérdida de las haciendas, de no dilapidar la fortuna... En fin, una moral en el fondo egoísta y utilitaria. En el prudente Patronio asoma a veces la sensatez bonachona de Sancho Panza, con algo de elemental sabiduría y con mucho caudal de experiencia. Dice Amador de los Ríos: «...la madurez del juicio y sana intención,

la ciencia de las cosas del mundo y el conocimiento del corazón humano que en él manifestó Don Juan Manuel».

HOMERO M. GUGLIELMINI

W. A. Dunning.—*Historia de las Teorías Políticas desde Rousseau hasta Spencer.*—New York.—The Macmillan Company.—1920.—X, 446 págs.

El Profesor Dunning en sus tres volúmenes, el último es el que anunciamos, ha unido, a las condiciones del historiador, las del docto en Ciencias Políticas y manifiesta en forma admirable la manera como los diversos libros que analiza, se relacionan unos con otros y las condiciones políticas e intelectuales de los tiempos de su publicación. Estudia cerca de cincuenta autores en este volumen. El estudio termina en 1880. Los títulos de los capítulos son: «Rousseau», «Aparecimiento de las Ciencias Jurídicas y Económicas», «Las Revoluciones Americana y Francesa», «Los Idealistas Alemanes», «Teorías Conservadoras y Reaccionarias», «Los Utilitaristas Ingleses», «Teorías sobre el Gobierno Constitucional», «La Teoría y Práctica del Nacionalismo», «Teoría Política Sociológica».

A. C.

Edwin Witt Dickinson.—*The Equality of States in International Law.*—Cambridge.—Harvard University Press.—1920.—XIII, 424 págs.

Trabajo que demuestra mucho esfuerzo intelectual y de investigación: la doctrina de la igualdad de los Estados nace de la filosofía de la naturaleza, pero difieren la igualdad legal de la política fundamentalmente. Se establece que la Ciencia y la Organización internacionales no progresarán mientras *de jure* no se reconozca la desigualdad *de facto* de los Estados. El libro analizado es valioso y sugerente y revela el estudio sólido.

A. C.

Jhon H. Latané.—*The United States and Latin America.*—New York.—Doubleday, Page and Company.—1920.—Pp. 346.

Joseph B. Lockey.—*Pan Americanism Its Beginings.*—New York.—The Macmillan Company.—1920.—P. p. 503.

Son dos libros útiles i oportunos sobre las relaciones diplomáticas de los Estados Unidos con las Repúblicas Hispano-Americanas. El libro del Profesor Latané es para alumnos de los College, el de Mr. Lockey, una monografía para especialistas.

El primero contiene un excelente capítulo de introducción sobre las guerras de la independencia hispano americana; seguido de uno sobre la política de los Estados Unidos con respecto a Cuba, el Canal de Panamá, Méjico, Cipriano Castro; Pan Americanismo y la doctrina Monroe con sus últimos desarrollos.

En el libro de Mr. Lockey se define el Pan Americanismo como una doctrina «fundada en la unión moral de los Estados nacida del común esfuerzo por la Independencia y basada en los principios de independencia política, comunidad de principios políticos, integridad territorial, imperio de la ley en vez de la fuerza, no intervención, igualdad y cooperación.»

A. C.

Gramática de la Lengua Castellana, por la Real Academia Española.—Nueva edición reformada.—Madrid.—1920.—1 vol. de 564 págs.

La nueva edición deja vigentes todas las reformas que acometió la del año 1917, y que, por ser todavía, en muchas partes, ignoradas, se enumeran a continuación:

Las partes de la oración son nueve, por haberse incluido el participio como una fórmula del modo infinitivo.

El sustantivo y el adjetivo se llaman nombre sustantivo y nombre adjetivo.

Los modos del verbo son ahora cinco, y la nomenclatura de los tiempos ha cambiado notablemente, según puede verse en la siguiente nota, que indica también el orden nuevo adoptado para la conjugación por la Real Academia Española.

MODO INFINITIVO

(Sin determinación de tiempos).

Formas simples.—Infinitivo, gerundio y participio.

Formas compuestas.—Infinitivo y gerundio.

MODO INDICATIVO

Formas simples.—Presente, pretérito imperfecto, pretérito indefinido (que es la forma simple del pretérito perfecto de la antigua nomenclatura) y futuro imperfecto.

Formas compuestas.—Pretérito perfecto (segunda forma de la antigua conjugación), pretérito pluscuamperfecto, pretérito anterior (que es la tercera forma del pretérito perfecto del sistema antiguo) y el futuro perfecto.

MODO POTENCIAL

Consta de dos tiempos, sin relación de presente, pretérito ni futuro: uno simple, y otro compuesto, que corresponden a la segunda forma del pretérito imperfecto y del pluscuamperfecto del modo subjuntivo en la antigua y clásica conjugación.

MODO SUBJUNTIVO

Fuera de la amputación de la segunda forma de los tiempos indicados en el párrafo anterior, subsiste como estaba.

MODO IMPERATIVO

También subsiste como estaba, sin otro cambio que el de ocupar ahora el último lugar de la conjugación.

En la Sintaxis sigue suprimida toda la teoría del régimen; la de los casos se halla expuesta con bastante extensión, y casi toda la doctrina de la construcción gramatical—denominación igualmente suprimida—gira sobre estos dos conceptos:

Sintaxis de la oración simple, y Sintaxis de la oración compuesta.

La mayor novedad de la última edición es el capítulo dedicado a la «Formación de las palabras» (véanse las páginas 142-165).

Esta materia estaba pobre y fragmentariamente tratada en ediciones anteriores, y aunque el nuevo capítulo admita *addenda*, *expurganda* et *corrigenda*, contiene muchos datos aprovechables y es una iniciación plausible que permitirá en lo futuro más perfectos desarrollos.

El referido capítulo, aunque de materia definidamente lexigráfica, es el IX y último de la parte de Analogía en la nueva edición de la Gramática, y trata de la composición, derivación y parasíntesis de las palabras.

R. BLANCO Y SÁNCHEZ.

INDICE DEL TOMO XII

	PÁG.
Javier Vial Solar.—Los planes de Napoleón I para subyugar primero y luego para independizar la América.....	5
Antonio Gómez Restrepo.—Un poeta humanista: don Julio Vicuña Cifuentes.....	23
Félix Lorenzo.—Fabre y sus recuerdos entomológicos.....	28
Osvaldo Marín.—Estudios criminológicos.....	33
Guillermo Muñoz Medina.—La opereta francesa.....	50
Manuel J. Othon.—El perro	62
B. Vicuña Mackenna.—¿Intentó Lord Cochrane rescatar a Napoleón, arrebatándole de la isla de Santa Elena con la escuadra de Chile?	63
R. Blanco Fombona.—Psicología del conquistador español del siglo XVI. (Conclusión).....	69
Rodolfo Lenz.—La enseñanza del castellano y la reforma de la Gramática.....	88
NOTAS Y DOCUMENTOS.—Julio Bañados Espinosa, Después de Concón y la Placilla (Fragmentos de una carta íntima).—F. H. A., La afición a la moda de las santiaguinas en la primera década del siglo XVII.—Augusto Orrego Luco, Pedro Lira.—Una carta del general San Martín.....	93
BIBLIOGRAFÍA.—Mariano Latorre, Zurzulita.—Gustavo Labatut, Juicio de imprenta seguido a don B. Vicuña Mackenna.—José Salgado, El derecho de huelga.—J. G. Prud'homme La jeunesse de Beethoven.—J. M. Rubio, La infanta Carlota Joaquina y la política de España en América (1808-1812).—Agustín Edwards, Observaciones sobre Suecia.—Andrés Lichtenberger, El reyecito.—Sir Clements R. Markham, The lands of silence.—James Bryce, Modern democracies.—Agustín Marchants S., Recopilación sobre caminos.....	104
Luis Barros Borgoño.—Discurso de incorporación a la Academia Chilena Correspondiente de la Real Academia Española.....	113
Domingo Amunátegui.—Discurso en respuesta al anterior.....	149
C. Silva Vildósola.—El Centenario de la muerte de Napoleón.....	160
Marcial A. Martínez de F.—El maximalismo juzgado por un reformador checo-eslovaco.....	178
Ricardo Donoso.—Una excursión a la sierra.....	188
J. Rafael Maya.—Fatum.....	192
Guillermo Feliú Cruz.—La estancia de Mitre en Chile.....	193
Rodolfo Lenz.—La enseñanza del castellano y la reforma de la Gramática.....	202
NOTAS Y DOCUMENTOS.—Enrique Mac-Iver, El 9 de Enero de 1886 y el 7 de Enero de 1891.—Justin Godart, La Cruz Roja contra el cáncer.—Federico Calvo, La Imprenta Nacional de	

Washington.—Eduardo Benes, La psicología del partido político.—Francisco Araya Bennet, La ley de aumento de sueldos al personal de la enseñanza secundaria, superior y especial.—X. X., Obras completas de Verlaine.....	206
BIBLIOGRAFIA. —W. B. Scott, La teoría de la evolución.—Infante don Juan Manuel, El Conde Lucanor.—W. H. Dunning, Historia de las teorías políticas desde Rousseau hasta Spencer.—E. W. Dickinson, The equality of States in international law. J. H. Latané, The United States and Latin America.—Real Academia Española, Gramática de la Lengua Castellana.....	220
Ricardo Montaner Bello.—La labor diplomática de don Alberto Blest Gana.....	225
Antón Checkoff.—La dormilona.....	235
Francisco A. Encina, Guillermo Subercaseaux, Enrique Zañartu, Alejo Lira y Raimundo Larraín.—La subdivisión de la propiedad rural.....	243
B. Hall.—La entrada del General San Martín a Lima el 10 de Julio de 1821.....	259
R. Martínez V.—Carnaval.....	264
Un precursor del comunismo en Chile.—Carta de Santiago Arcos a Francisco Bilbao.....	267
Rodolfo Lenz.—La enseñanza del Castellano y la Reforma de la Gramática.....	302
NOTAS Y DOCUMENTOS. —Mauricio Arthus, La alimentación insuficiente y sus consecuencias.—Una tentativa para reglamentar las procesiones.—Carlos Silva Vildósola, El Almirante Silva Palma.....	321
BIBLIOGRAFIA —Raymond Poincaré, Les origines de la guerre.—Albert Thibaudet, La vie de Maurice Barrès.—Tomás Thayer Ojeda, La Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional de Chile.—Victor Domingo Silva, La Pampa Trágica.—Miguel Angel Carbonell, Los parias.—Jorge Aldunate E., El problema de la prostitución.—Guillermo Subercaseaux, El sistema monetario y la organización bancaria en Chile.—Rvdo. P. Pablo Pastells, El descubrimiento del Estrecho de Magallanes en conmemoración del cuarto centenario.—Charles Gide, ¿Es deseable la vuelta del franco a la par?—Les démocraties modernes.—Benjamín Orrego Vicuña, Obras literarias.....	328
Guillermo Pérez de Arce.—Una gloria de la ciencia y la caridad: Concepción Arenal.....	337
Juan R. Salas Errázuriz.—El primer canto de la Divina Comedia...	345
Luis Araquistáin.—El niño gigante.....	359
Monna Lissa.—No Campito.....	366
Juan de Hinojosa.—Pablo Verlaine.....	370
José María de la Cruz y Antonio Varas.—Cartas inéditas del General don José María de la Cruz y don Antonio Varas sobre la lucha presidencial de 1851.....	387
J. Marchena.—Vuelo Supremo.....	401
L. Dugas.—Las ideas de Alfredo Fouillée sobre la educación.....	402
Rodolfo Lenz.—La enseñanza del Castellano y la Reforma de la Gramática.....	415
NOTAS Y DOCUMENTOS. —Carlos Silva Vildósola, Don Juan Salas Errázuriz.—Gustavo Le Bon, Nuestras ilusiones financieras.—N. N., Un libro chileno en Estados Unidos.—Pedro Henríquez	

	Pág.
Ureña, La cultura y los peligros de la especialidad.—Una carta de Bolívar.....	420
BIBLIOGRAFIA.—Luis Araquistain, El peligro yanqui.—Jorge Solís de Ovando, Los derechos de la mujer.—J. E. Rodó, Epistolario.—Steinach, El rejuvenecimiento biológico y las funciones glandulares.—Sara Wanbaugh, A monography of plebiscites with a collection of official documents.—Edmond Laskine, Le socialisme suivant les peuples.....	440
Emilio Rodríguez Mendoza.—José Miguel Carrera.....	249
Yates.—Los últimos días del General Carrera.....	453
Robinson Hermansen.—Concepto moderno del socialismo.....	468
Horacio Quiroga.—La gallina degollada.....	480
Carlos Ledgard.—Caracteres de la crisis económica actual del Perú.....	488
Pompeyo Gener.—Carta en trovas de arte mayor a la usanza del siglo XV.....	499
Domingo Santa María.—La política en 1850 y 1851.....	501
L. Dugas.—Las ideas de Alfredo Fouillée sobre la educación.....	508
Julio Vicuña Cifuentes.—Joaquín Díaz Garcés.....	514
André Fontainas.—Paul Fort, príncipe de los poetas.....	518
Joaquín Díaz Garcés.—La Trilla.....	520
Fernando Márquez de la Plata y Echenique, Los fueguinos, estudiados por antiguos navegantes españoles.....	531
B. Sanin Cano.—El descubrimiento de América.....	536
NOTAS Y DOCUMENTOS.—Augusto Orrego Luco, El Dieciocho de Septiembre a bordo.—Beltrán Mathieu, Discurso pronunciado en la inauguración del monumento a Bolívar en Nueva York.—Rafael Font de Mora, La huerta-jardín del obrero.—Alberto Edwards, El Censo de 1920.—W. H. Koevel, Nueva luz sobre el Inca Garcilaso. A propósito del reciente libro de Julia Fitz Maurice Kelly.....	538
BIBLIOGRAFIA.—Santiago Ramón y Cajal, Charlas de Café.—Isidro Fabela, Los Estados Unidos contra la libertad.—Victoria Gucovsky, Tierra adentro.—Rodolfo Rivarola, Mitre. Una década de su vida política.—Chile y la Independencia del Perú..	552
Índice del Tomo XII.....	558

